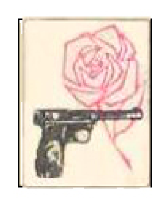


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Conversaciones de paz, vol. 1 y 2

Brigitte está dispuesta a todo con tal de facilitar unas inesperadas pero muy elogiables conversaciones de paz que van a llevar a cabo tres presidentes. Leonides Breznev, por la URSS; Ronald Reagan, por los Estados Unidos; y el viejo amigo de la agente Baby, Nathaniel, de San Nataniel, que es el anfitrión de la reunión. El asunto ya empieza mal cuando los tres presidentes son secuestrados por un extraño sujeto que asegura que él es «el único hombre en este mundo que está haciendo algo realmente positivo para la paz», y que con tal fin ha redactado una Declaración de Ocho Principios para la Paz, y que exige que esos principios sean acatados.



Lou Carrigan

Conversaciones de paz, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 380
Brigitte en acción - 381

ePub r1.1
Titivillus 27.11.2017

Lou Carrigan, 1985
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—Pues yo —dijo de pronto Frank Minello—, no estoy nada de acuerdo con los insecticidas.

Nadie le hizo caso.

La pequeña reunión se celebraba en el apartamento de Brigitte Montfort, y habían acudido además de Frank Minello, diez o doce compañeros más del Morning News, el director de éste, Miky Grogan, y, como invitado especial del que todos se preguntaban qué hacía allí, un tal Charles Alan Pitzer, del que se sabía que era el propietario de la floristería en la que se surtía Brigitte. Y… ¿qué hacía allí, entre periodistas, un florista?

Pues, simplemente, escuchar. El señor Pitzer escuchaba al que tomaba la palabra, y eso era todo. De lo que no cabía duda era de que Brigitte lo tenía en alta estima. El hombre había llegado cuando la reunión estaba ya «caliente», y había hecho intención de marcharse sin más, pero Brigitte no se lo había permitido.

Como fuese, lo cierto era que en aquella reunión el señor Pitzer ni pinchaba ni cortaba. Bebía su champán, miraba a uno y a otro, y dejaba pasar el rato plácidamente.

¿Motivo de la reunión? Ninguno especial. Como hacía de cuando en cuando, Brigitte había invitado a algunos amigos a tomar unas copas en su apartamento, y allí, relajados, fuera del bullicio y la eterna prisa del periodista, hablaban de sus cosas, intercambiaban información sobre sus problemas personales, es decir, que humanizaban sus vidas…, lo que no era poco.

La única persona que pareció escuchar el inesperado e improcedente comentario de Minello fue el señor Pitzer. Peggy, el ama de llaves de Brigitte, estaba muy atareada ocupándose de que a nadie le faltase nada, y la propia Brigitte, como solía suceder, se había convertido en directora y moderadora de las conversaciones, pues había momentos en que todos querían hablar a la vez, y eso no

podía ser.

Sin embargo, cuando Minello hizo su comentario, Brigitte le miró, y apareció en sus labios una cierta sonrisa, en sus ojos una cierta expectación. Parecía imposible que hubiera oído a Minello, pero éste y Pitzer supieron que sí le había oído.

—¿Qué ha dicho, Frankie? —preguntó Pitzer.

—¡Digo —gritó Minello— que yo no estoy nada de acuerdo con los insecticidas!

Su vozarrón se impuso a las restantes voces. Todas las miradas convergieron en él, y se hizo el silencio.

—¿Qué dices, Frankie? —se interesó Brigitte.

—¡Zambomba, digo que no estoy de acuerdo con los insecticidas!

El estupor cundió en los presentes. Por fin, Warner, el crítico teatral del Morning, preguntó:

—¿Y eso a qué viene ahora, Frankie?

—Viene a que me estáis recordando un nido de hormigas. Sólo que las hormigas no hablan. ¿O sí hablan? A ver quién me resuelve esta pequeña duda: ¿las hormigas hablan o no hablan?

—Oye, estamos hablando de cosas serias, ¿sabes?, de modo que no empieces con tus tonterías.

—¿Tonterías? —Se mosqueó Minello—. Todos sabemos que los micos, los elefantes y los pájaros hablan entre sí, ¿no es cierto? Entonces ¿por qué no pueden hablar las hormigas?

—¿Cuántas copas de champán has bebido, Frankie? —preguntó riendo Eve St. Cyr, la directora de la Sección Social.

—Más que tú, pero yo aguanto lo que sea. ¿Verdad, Brigitte?

—Verdad —asintió Brigitte; y como era quien mejor conocía a Frankie, preguntó acto seguido—: ¿Por qué no estás de acuerdo con los insecticidas?

—Porque matan.

—Anda éste —masculló otro de los presentes—… ¡Claro que matan! ¡Para eso fueron inventados!

—Pues no debieron ser inventados —dijo Minello.

—Si no se hubieran inventado los insecticidas seguramente no podríamos estar bebiendo este estupendo champán, porque los bichitos se habrían comido las vides —dijo otro.

—Bueno, pero habrían quedado más. No se iban a comer todas

las vides, digo yo. Siempre nos dejarían las suficientes para nosotros. Y de todos modos, no se perdería gran cosa si en el mundo no hubiera vino, ni cualquier bebida alcohólica.

—Pero… ¿de qué demonios estás hablando? —farfulló Miky Grogan.

—Tal parece —dijo Brigitte— que Frankie está acusando a los insecticidas de ser los causantes del alcoholismo.

—¡Exacto! —exclamó Frankie, ante el pasmo de todos los presentes—. ¡No sé cómo demonios nos las arreglamos, pero cada vez que inventamos algo la cosa empeora! Incluso cuando inventamos el vino. ¿Qué tenía de malo quedarnos sólo con las uvas tal y como nos las ofrece la Naturaleza? ¿Eh? ¿Alguien puede contestarme a esto? Precisamente, si necesitamos tantas uvas, tantas vides, es para hacer vino. Si sólo comiéramos uvas, quedarían las suficientes vides para los bichitos. Pero no señor, nosotros lo queremos todo… ¡Todo! Y entonces, ¿qué les dejamos a las hormigas?

—Juraría que sólo he bebido dos copas —dijo alguien—, pero deben de haber sido más, porque no entiendo nada de nada.

—Yo diría —tradujo de nuevo Brigitte— que Frankie se está refiriendo al reparto de las cosas.

—¡Exacto! —exclamó de nuevo Frankie—. Sí, yo creo que las hormigas hablan, y se deben preguntar unas a otras por qué y con qué derecho nosotros queremos acapararlo todo. Porque a fin de cuentas, por más que nosotros pretendamos negar esto, ellas también son propietarias del planeta Tierra, ¿no es así? Pero vamos nosotros y las matamos.

—¿Tú también? —rió una hermosa muchacha.

—Ah, yo no, desde luego. ¡Zambomba, claro que no!

—¡No me lo creo! —Volvió a reír la muchacha—. ¡Tú también debes de aplastar hormigas, Frankie!

—Pues no. Os diré una cosa: tengo varias hormigas en mi apartamento, y nunca se me ha ocurrido aplastarlas y ni mucho menos echarles insecticida. Son amiguitas mías.

—Menuda tontería.

—Que no, mujer. Cada mañana, cuando me estoy afeitando, las veo paseándose por el espejo arriba y abajo, dale que dale, con una vitalidad extraordinaria, impacientes. Y yo les digo…

—¿Impacientes? ¿Por qué?

—Porque esperan que les sirva la comida del día. Pero esto no es sorprendente. A mí, lo que más me sorprende, es que todavía queden hormigas en Nueva York, pero en fin, ahí están, en mi apartamento, tan ricamente. Cada día les pongo comida, se la llevan a sus escondrijos, y no vuelven a molestarme. Estoy seguro de que si algún día llevo invitados allá no aparecerán, porque se dirán unas otras: chicas, no salgamos ahora, que Frankie tiene invitados, y a lo peor les molestamos, y Frankie no se merece eso. O sea, que son unas buenas amigas. Por eso las estimo. Por eso, no estoy de acuerdo con los insecticidas. Y ellas tampoco. De modo que convivimos en paz: yo les doy de comer, ellas viven, me dejan vivir, y aquí no pasa nada. Cada día les digo «buenos días, amiguitas, ¿qué tal habéis pasado la noche? Espero que la calefacción esté a vuestro gusto. Hoy vais a tener para comer un trozo de jamón de York, huevo, carne y algo de arroz. Espero que os aproveche». Y luego, les pongo la comida. Y supongo que ellas me dan las gracias, pero no las oigo. Aunque tal vez sea mejor.

—¿Por qué, Frankie? —preguntó Brigitte.

—Porque si hablasen, quizá querrían hacerlo todas a la vez, y entonces no me enteraría de nada. De modo que prefiero el silencio. Aunque tal vez las hormigas fuesen generosas y esperasen su turno para hablar.

Las cuatro mujeres invitadas enrojecieron súbitamente. Los hombres se quedaron como petrificados. Pitzer miró al suelo. Peggy se apresuró a salir del salón, para que nadie la viese reír. Brigitte carraspeó.

—De modo —prosiguió Frankie— que aquí estaba yo tranquilo, pensando en pensar, cuando se me ha ocurrido eso del insecticida. ¿Alguno de vosotros sabe lo que es pensar en pensar?

—Yo —sonrió Brigitte.

—Tú no cuentas, porque fuiste quien me lo enseñó[1]. Tiene que ser cualquier otro. ¿Alguien sabe pensar en pensar? Yo creo que no. Se piensa en hablar, y entonces todos quieren hablar a la vez, y así, nadie se entiende nunca con nadie. Cada cual quiere hablar de sí mismo y de sus cosas, y luego se queja de que nadie le hace caso. Lógico, puesto que todos hacen lo mismo. ¿Cómo vamos a escuchar los problemas del prójimo si al prójimo le estamos contando los

nuestros, que a su vez él no oye porque nos está contando los suyos? Apuesto a que las hormigas tienen sus turnos para contarse sus cosas. Y apuesto a que se escuchan unas a otras. Pues bueno, a esos bichitos vamos y los matamos. Y me pregunto: ¿con qué derecho? Porque las hormigas forman parte de la Vida, ¿no? Exactamente igual que nosotros. La diferencia entre las hormigas y nosotros está en que ellas hablan y escuchan, Nosotros, sólo hablamos. Y todos a la vez.

—Caray, Frankie… ¡Menudo rapapolvo nos estás echando!

—Es que me teníais sordo y tonto de tanto hablar todos a la vez. Y yo pregunto: si todos habíais a la vez, ¿cómo vais a saber cuál de vosotros tiene el problema más gordo y merece por tanto una atención especial por parte de los demás? Y es por eso que no estoy de acuerdo con los insecticidas.

—Bueno, bueno —dijo amablemente Brigitte—, no le hagáis demasiado caso a Frankie, ya sabéis que a veces le da por decir tonterías…

—Claro que no —gruñó Orwells, de Redacción—. Lo que pasa es que me ha hecho un lío en la cabeza, pero me parece que no ha dicho ninguna tontería. Estábamos hablando todos a la vez intentando imponerte cada cual nuestro problema o punto de vista. Oye, Frankie, ¿cómo es eso de pensar en pensar?

—Pues te pones a pensar.

—¿En qué?

—En pensar. Tú te dices a ti mismo: voy a pensar en mis pensamientos. Y ya verás cómo encuentras soluciones a todos tus pensamientos.

—Caracoles, Frankie —dijo la muchacha preciosa—, ¡no sabía que fueses un filósofo!

—Pues ya ves, encanto. Es como eso de la vida de las hormigas. Mira, te pondré otro ejemplo para que veas lo injusto que es matar hormigas. Si tú ves un pajarito que entra por tu ventana, ¿qué harás? ¿Lo matarás?

—¡Claro que no!

—¿Y a la hormiga sí? ¿Por qué?

—Oh, bueno, las hormigas… las hormigas… Bueno…

—O las chinches. O los escarabajos. Dime, cariño: ¿por qué ley concedes más derecho a la Vida al pajarito que a las hormigas o a

los escarabajos?

—Pu-pues… Bueno…

—Yo te diré por qué: porque no piensas. Si pensaras…

—¡Señorita! —Apareció Peggy agitadísima en el salón—. ¡Señorita, la televisión, la televisión…! ¡Ponga la televisión! ¡Oh, Dios mío, los han secuestrado!

—¿A quiénes? —saltó Pitzer.

—¡A los Presidentes de Rusia y Estados Unidos! Bueno, al señor Breznev, ese de Rusia…

—Pero ¿qué dices? —exclamó Brigitte.

—¡Lo he oído en la cocina! Tengo puesta la televisión allí, y cuando he ido a buscar más champán… ¡lo estaban diciendo!

Brigitte estaba lívida. Se volvió para encender el televisor, pero ya Minello se le había adelantado. La pantalla se iluminó, destelló la imagen de un locutor que también estaba pálido.

—… conversaciones de paz que han sido de este modo cercenadas apenas iniciadas. Junto al Premier Soviético y a nuestro Presidente, el señor Reagan, ha sido secuestrado también el anfitrión y organizador de la reunión secreta, el Presidente Nathan de San Nataniel, en cuyo pequeño estado insular se había realizado la supersecreta reunión de los dos hombres más poderosos del mundo. En estos momentos, los teletipos de todo el mundo están difundiendo una noticia que parece increíble, pero que no puede ser más cierta. A falta de noticias concretas y completas, vamos a resumirles a ustedes lo que ha ocurrido… Desde hace algunas semanas, el Presidente Nathan de San Nataniel estaba organizando la reunión en su pequeño país de los dos líderes mundiales, el señor Breznev y el señor Reagan. Finalmente, ambos jefes de Estado se reunieron en cierto lugar de la isla de San Nataniel, en una quinta adecuadamente preparada para recibir a tan importantes personajes. Es evidente, aunque todavía no se ha comentado esto, que los dos llevaron allá personal de su escolta, y que, por otro lado, el Presidente Nathan, había dispuesto los más sofisticados y tranquilizadores sistemas de seguridad, que fueron aprobados por el personal de escolta privada de ambos jefes de Estado. Finalmente, se llevó a cabo la reunión secreta con el fin de sostener unas conversaciones de paz. Y en esto se hallaban los señores Breznev y Reagan cuando han sido secuestrados. No ha habido víctimas, y lo

más sorprendente del caso es que, salvo que todo sean fantasías, la operación ha sido llevada a cabo por un zepelín enorme. Esto es todo cuanto sabemos hasta el momento. Seguiremos informando a ustedes en cuanto obtengamos más noticias dignas de consideración.

La imagen del joven y crispado locutor desapareció, y el programa habitual prosiguió. Era una película de vaqueros. Brigitte apagó el televisor. El silencio era de muerte. Pitzer se puso en pie.

—Tengo que marcharme —murmuró—. Gracias por la invitación, señorita Montfort.

—Le acompaño a la puerta —murmuró también Brigitte.

Abandonaron el salón, donde, de pronto, todos comenzaron a hablar a la vez. Brigitte cerró la doble puerta, y preguntó, mirando fijamente a Pitzer:

—¿Qué es todo eso de las conversaciones de paz supersecretas?

—No tengo ni idea. ¡Creí que usted lo sabría!

—¿Yo? ¡Claro que no! ¿De dónde saca usted eso?

Pitzer frunció el ceño.

—Bueno, Brigitte, yo soy una de las personas que saben perfectamente la buena amistad que les une a usted y a Nathan de San Nataniel.[2] Y se me ha ocurrido, incluso, que tal vez pudo ser usted quien instigó a Nathan para que promoviese esa reunión en su pequeño Estado isleño del Caribe.

—Le aseguro que no he tenido nada que ver en eso, tío Charlie. ¡No tenía la menor idea respecto a esa reunión supersecreta!

—Me sorprende que su amigo Nathan no sólo haya dejado de informarla, sino que no haya recurrido a su consejo y ayuda para organizarla.

—Nathan no está obligado a contarme todo lo que hace, del mismo modo que yo no se lo cuento todo a él.

—Pero siguen siendo buenos amigos.

—Naturalmente. Es uno de mis más queridos amigos, lo sabe usted perfectamente.

—Esto parece cosa de locos. —Pitzer se pasó una mano por la frente—… Y la noticia es sencillamente increíble.

—¿Por qué?

—¡Cómo, por qué! ¡Han secuestrado al Premier soviético y al Presidente de los Estados Unidos de América!

—Bueno, no olvide que no hace mucho le metieron un balazo al señor Reagan, y también se suponía que estaba debidamente custodiado.

—¡Pero llevárselo…! ¡Y en un zepelín!

Brigitte entornó un instante los párpados, recordando otra de sus aventuras en la que también intervino un dirigible, cuando el asunto del Dios Dólar[3]. Sonrió, apretados los labios.

—Esos vehículos son muy prácticos —murmuró.

—¡No puede usted tomarse esto a broma!

—Claro que no. Era un comentario. Además, todavía no sabemos exactamente lo que ha ocurrido, y quizá todo eso del zepelín sean fantasías. Lo mejor será que llame usted a la Central, para obtener la información correcta.

—Por supuesto. En cuanto a usted, ¡no se mueva de aquí! Es más que posible que Grogan quiera enviarla a San Nataniel como representante del Morning News para escribir un reportaje sobre el asunto, pero supongo que estará de acuerdo conmigo en que será usted mucho más útil como la agente Baby que como la periodista *Miss* Montfort.

—No me moveré de aquí —aseguró Brigitte.

Pitzer hizo un gesto para dirigirse a la puerta, pero se volvió de pronto, para mirar fijamente a Brigitte.

—¿Seguro que usted no sabe nada de esto? —insistió.

—No entiendo por qué insiste usted en suponer tal cosa.

—¿No lo entiende? Bueno, pues me estoy refiriendo a la Love Organization Unite, la L. O. U., el organismo que usted dirige… ¡Tal vez se le haya ocurrido alguna idea especial sobre esos dos hombres! Además, para planear una cosa así hace falta tener una mente… poco corriente.

—Gracias por el cumplido —sonrió Brigitte—, pero de verdad, tío Charlie, esto no es cosa mía. ¡Qué barbaridad!

—De acuerdo. La tendré informada. Y sería conveniente que se preparase para ir a San Nataniel, porque con seguridad la CIA querrá enviarla a usted allá.

—Es de suponer.

* * *

Seis horas más tarde, es decir, hacia las dos de la madrugada, Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, llamaba por teléfono a la señorita Montfort, desde la Central de la CIA en Langley. En efecto, la Dirección de la CIA requería con la máxima urgencia su presencia en la Central.

La respuesta de la señorita Montfort, es decir, de la agente N. Y. 7117, mundialmente conocida como Baby, dejó sin habla a Charles Alan Pitzer, el cual, pálido como un muerto, se dirigió hacia la sala donde se había convocado, con carácter de emergencia urgentísima, el más alto personal directivo de la CIA.

Capítulo II

El informe de Pitzer cayó como una bomba de helado silencio en la sala. Durante algunos segundos el pasmo fue total. Ocupando uno de los sillones de preferencia estaba *Mr.* Cavanagh, jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, jefe directo de Baby y muy querido amigo personal de la infalible espía. También se sorprendió, pero menos que los demás directivos. Tras la sorpresa inicial, frunció el ceño y quedó pensativo. Eso fue todo.

Por fin, el propio director de la CIA musitó:

—¿Cómo que no quiere venir? ¡Cómo que no quiere venir!

—Eso ha dicho, señor —murmuró Pitzer.

—Pero… ¡cómo que no quiere venir! —El director pegó un puñetazo sobre la rutilante y enorme mesa—. ¡Dígale que es una orden de la Dirección!

—Ya se lo he dicho, naturalmente.

La estupefacción no cedía. Todos miraban a Pitzer, menos Cavanagh, que se miraba las grandes manos nervudas, colocadas sobre la mesa.

—Escuche, Pitzer —dijo el director—, todos sabemos que la agente Baby es muy peculiar, y que tiene unas grandes prerrogativas y privilegios en la Casa. Hablando pronto y claro, ella hace siempre lo que le da la gana. ¡Pero éste no es momento de mostrarse caprichosa!

—No es ningún capricho —dijo Cavanagh, sin dejar de mirarse las manos.

Todas las miradas parecieron saltar hacia él.

—¿Qué quiere decir con eso? —bramó el director.

Cavanagh lo miró apaciblemente.

—Después de Pitzer, soy posiblemente quien mejor conoce a Baby. Basándome en ello, me atrevo a sugerir que la olvidemos en lo que respecta a este asunto y busquemos soluciones por otro lado.

—¡Nada de eso! ¡Hay momentos en que todos los privilegios quedan anulados, y éste es uno de esos momentos! ¡La CIA dispone de la mejor agente secreto del mundo, y ahora la necesitamos! ¡De modo que ella vendrá aquí!

—No, no vendrá —casi sonrió Cavanagh.

—¡La obligaremos!

Pitzer y Cavanagh se lo quedaron mirando incrédulamente. El segundo casi sonrió al preguntar:

—¿De qué modo?

—¡Enviaremos a Nueva York a unos cuantos hombres para que la traigan!

—¿A la fuerza?

—¡Si es necesario, sí!

—¿Está usted diciendo, señor, que va a enviar a unos cuantos Simones para que obliguen a Baby a hacer algo que ella no quiere hacer?

—¡Eso estoy diciendo!

—No lo harán. Presentarán la dimisión, eso será todo.

El director de la CIA enrojeció violentamente. Pitzer alzó una mano, atrayendo la atención hacia él.

—Yo acepto cualquier responsabilidad respecto a la actitud de Baby —dijo sosegadamente—. Y ello, porque sé que sea como sea ella siempre hace lo más acertado. Mi sugerencia es que la informemos de lo ocurrido…

—¿Informarla? ¿Para qué? ¡Si no va a intervenir…!

—Ella no ha dicho exactamente eso. Ha dicho que no quiere venir aquí. Por lo demás, y guiándome por mis muchos años de experiencia con ella, ésta es mi sugerencia: la informamos y nos olvidamos de ella.

—Yo estoy completamente de acuerdo con Pitzer —dijo Cavanagh.

El director estuvo unos segundos mirando de uno a otro. Por fin, suspiró profundamente, y dijo:

—Debemos de estar todos locos.

* * *

Hacia las cinco de la mañana, Charles Alan Pitzer emprendió el

regreso a Nueva York, en un helicóptero que poco después de las siete se posaba en la terraza del Crystal Building, en cuyo piso veintisiete tenía su apartamento la señorita Montfort.

Ésta en persona abrió la puerta del apartamento a los pocos segundos de haber llamado Pitzer. Brigitte llevaba un salto de cama precioso, de color malva, que daba un extraño tono a sus azules ojos. Apareció completamente despejada, fresca y tranquila.

Rechazó la ayuda de Peggy, que apareció soñolienta en el salón, y ella misma preparó café.

—Supongo —dijo cuando se sentó en el sofá, frente a Pitzer— que los señores de la Central se enfadaron mucho.

—Cavanagh y yo les hicimos comprender que debían aceptar la decisión de usted.

—Gracias. Bien… ¿qué le trae por aquí tan temprano?

—He venido a informarla.

—Oh. ¿Y eso por qué? Puesto que no he aceptado ir a…

—Vamos, Brigitte —sonrió Pitzer—, soy yo, tío Charlie, no un calientasillas de la Central. Además, sé perfectamente que me estaba esperando para enterarse de cómo ocurrió todo.

—De acuerdo. ¿Cómo ocurrió?

—De un modo muy simple. Pero empecemos por el principio… Nathan de San Nataniel llevó a Breznev y a Reagan a una quinta sita a unos treinta kilómetros de la capital. La quinta, por supuesto, reunía todo el confort y los sistemas de seguridad adecuados, que fueron revisados previamente por los servicios de escolta rusos y nuestros. En los jardines se montó una guardia mixta: agentes nuestros, agentes rusos, y soldados de San Nataniel. En total debía de haber unos sesenta hombres: veinte rusos, veinte norteamericanos, y veinte soldados. A las seis de la tarde de ayer se produjo el relevo de la guardia nacional de San Nataniel. Cuando los veinte soldados salientes hubieron desalojado la quinta, los veinte soldados entrantes comenzaron a disparar contra nuestros hombres y los rusos…

—¡Pero…!

—Granadas de gas. No murió nadie. Simplemente, los durmieron a todos y tomaron la quinta, reduciendo también o durmiendo a los criados. En menos de un minuto la operación se había realizado. Acto seguido, el oficial que mandaba el grupo de veinte soldados

entró en la casa y se fue directo a hablar con Nathan, al que expuso la situación: él, y los hombres que le acompañaban, no eran soldados de San Nataniel, sino aventureros que recibían órdenes de cierta persona que lo había organizado todo…

—¿Qué persona?

—No lo dijeron. Pero sí dijeron que habían estado en el cuartel que proveía de soldados la guardia de la quinta, y que se habían puesto al habla con el comandante del cuartel, al que pusieron entre la espada y la pared: habían sido colocadas cincuenta bombas en la capital, y si él no obedecía sus instrucciones esas bombas harían explosión en distintos puntos. El cálculo de muertes se aproximaba a las diez mil. Además, alrededor de la quinta donde se estaba celebrando la supersecreta reunión, habían sido instalados veinte morteros de gran calibre debidamente camuflados y bien aprovisionados de granadas incendiarias. Todas esas granadas serían disparadas simultáneamente contra la quinta si él no colaboraba. Así que el desdichado comandante hizo sus cuentas: diez mil muertos, y posiblemente la masacre de los tres presidentes que había en la quinta, más los criados y los servicios de seguridad, si él no colaboraba. De modo que colaboró.

—Es decir, que permitió que veinte hombres fueran equipados como soldados y enviados a la quinta, donde efectuaron el relevo y se hicieron dueños de la situación en un minuto.

—Exactamente. Y en cuanto Nathan, Reagan y Breznev comprendieron la situación, y se vieron bajo la amenaza de veinte hombres armados, no tuvieron más remedio que aceptarlo todo. Salieron a los jardines, y a los dos minutos llegó el zepelín. Un zepelín que hacía un par de días estaba volando por allí, despertando la curiosidad y la simpatía de todos. Según parece, es enorme, de unos cien metros. En la cubierta lleva pintado el nombre, que parecer ser Zetacero. Bien, ese zepelín o dirigible descendió sobre los jardines, los tres jefes de estado se metieron en la barquilla, la puerta se cerró, y el zepelín se marchó.

—¿Y los hombres que se hicieron pasar por soldados?

—También abandonaron la isla, pero no a bordo del zepelín, sino de un avión de pasajeros que fue requisado. Ellos mismos lo pilotaron. Y naturalmente, nadie opuso la menor resistencia a nada, ya que desde el zepelín llegó la información, por radio, respecto al

secuestro de los señores Breznev, Reagan y Nathan, cuyas vidas respondían de cualquier dificultad que tanto el zepelín como los falsos soldados tuvieran.

—Formidable —sonrió Brigitte—. ¿Y dónde está ahora el zepelín? ¡No me diga que no lo sabemos, un trasto tan grande!

—Sí, sí. Está volando por el Caribe, tranquilamente, sin alejarse demasiado de San Nataniel. Aquí, en el Centro de Emisiones de la Guardia Nacional, están esperando el próximo comunicado por radio procedente del zepelín.

—Es decir, que todavía no sabemos quiénes son ni qué es lo que pretenden.

—Todavía no.

—¿Y el avión de pasajeros requisado?

—Ha desaparecido. Parece ser que emprendió ruta hacia el Golfo de Méjico, pero los servicios de detección que comenzaron a funcionar no lo han localizado. Tampoco ha sido detectado por ninguna torre de control, ni por ningún otro sistema, no sólo del Golfo de Méjico, sino de las islas del Caribe y de los aeropuertos suramericanos más septentrionales. Simplemente, ha desaparecido.

—O sea, que amerizaron, pasaron a una embarcación, y hundieron el avión.

—Podría ser eso. Y también podría ser que en alguna parte tuvieran dispuesto un aeródromo particular no conocido. Aunque en este caso, de un modo u otro, debemos suponer que el paso de ese aparato habría sido detectado.

—Como sea, se nos han llevado a tres presidentes, que están en un zepelín, bien a la vista, sobrevolando el Caribe. Mientras tanto, salvo que queramos provocar la muerte de esos tres hombres, todo lo que podemos hacer es esperar que desde el zepelín den instrucciones por radio al Centro de Emisiones de la Guardia Nacional de San Nataniel.

—Así están las cosas —movió la cabeza Pitzer.

—¿Hay mucho movimiento en tierra? Quiero decir agentes secretos y demás, ya sabe.

—Imagínese. La isla de San Nataniel se ha convertido de la noche a la mañana en el centro del mundo. Estar allá debe de ser lo mismo que meterse en el cráter de un volcán en erupción.

—Sin duda.

—Y supongo que es por eso que usted no quiere ir a San Nataniel.

—No, no es por eso —sonrió Brigitte—. Es que me encuentro muy a gusto en casa, tío Charlie.

—Ya.

—¿No me cree?

—No. Es evidente que usted sabe o espera algo. ¿Puedo esperar yo también aquí?

—Si cree que vale la pena…

—Ojalá estuviera tan seguro de que iré al cielo.

—¡No sabía que usted creyera en el cielo! —rió Brigitte.

—¿Por qué no? Está bien a la vista que el cielo existe… ¿Por qué no podría ser un lugar al que van todos los que nos portamos bien en la Tierra?

—Sería hermoso, desde luego… Pero me parece que si sólo fuesen al cielo los que se portan bien en la Tierra, iban a encontrarse muy solitarios allá arriba. ¿Qué tal si desayunamos?

—Me parece estupendo. Y hasta divertido.

—¿Divertido? —se sorprendió Brigitte.

—Bueno, quiero decir que mientras en todo el mundo deben de estar locos de preocupación, aquí estamos nosotros conversando tan tranquilamente, como si nada estuviera pasando. Y además, estoy seguro de que almorzaremos opíparamente.

—¿Por qué no? —rió Brigitte—. Los grandes problemas hay que afrontarlos con el ánimo bien dispuesto. Y dígame, tío Charlie: ¿conoce algún modo mejor para tener el ánimo bien dispuesto que sentirse sano y bien alimentado?

Hacia las nueve y media de la mañana las noticias comenzaban a ser verdaderamente alarmantes. En el Caribe habían aparecido, «milagrosamente», varios submarinos rusos, y se aseguraba que, desde el Mediterráneo, una Flota soviética había puesto rumbo al Estrecho de Gibraltar. Pitzer se llevó las manos a la cabeza, aterrado.

Brigitte Baby Montfort siguió fumando, como si nada grave estuviera ocurriendo.

A las diez y unos pocos minutos, la noticia se extendió por todo el mundo con toda la rapidez que los grandes medios de comunicación permitían: los secuestradores se habían puesto de

nuevo en contacto con el Centro de Emisiones de la Guardia Nacional de San Nataniel, indicando que para negociar el asunto aceptarían el contacto directo con una sola persona. Esa persona era la señorita Brigitte Montfort, la periodista norteamericana residente en Nueva York.

A Pitzer se le cayó la pipa de entre los dientes. Brigitte se puso en pie, fue a su dormitorio, se vistió, metió algunas cosas en una maleta, observada por la aterrada Peggy, que la había seguido, y por último recogió su maletín rojo con florecillas estampadas de color azul.

La radio seguía informando. Al parecer, el contacto entre el zepelín Zetacero y el Centro de Emisiones había sido captado por varios radioaficionados de la zona, que eran los que habían difundido la noticia al público.

Brigitte se reunió de nuevo con Pitzer en el salón.

—¿Nos vamos, tío Charlie? Dentro de un minuto van a venir aquí todos los periodistas de Nueva York. Supongo que el helicóptero está todavía en la terraza.

—Sí… Sí, sí.

—Pues en marcha.

El teléfono sonó en aquel instante, y Peggy lo miró con ojos saltones.

—Desconéctalo —dijo Brigitte—. Y será mejor que tú también te marches de aquí, Peggy. Si te atrapan mis colegas vas a pasar unos días de pesadilla. Busca a Frankie, o mejor, espéralo abajo, pues debe de estar a punto de llegar, y esperad noticias en mi escondrijo… Hasta la vista.

—Oh, Dios mío —gimió Peggy.

Dos minutos más tarde, el helicóptero despegaba de la terraza helipuerto del Crystal Building. Una hora más tarde, se establecía comunicación directa con la Central de la CIA, desde la cual el director de ésta informó personalmente a Brigitte de que la estaban esperando en la Casa Blanca.

—No —rechazó la señorita Montfort—. Estoy volando directamente hacia el aeropuerto Foster Dulles, señor. Que tengan dispuesto un caza a reacción para trasladarme a San Nataniel…

—Pero sería mejor que partiese desde una base que…

—No. Nadie pensará que voy a salir desde Foster Dulles. Y que

pasen aviso a las autoridades militares de San Nataniel de mi llegada. Y otra cosa: que no se le vaya a ocurrir a nadie dar instrucciones «especiales» a nuestros hombres en el Caribe, pues eso podría hacer sospechar a algunas personas de mi relación con Baby. Todo normal, como si Baby no estuviese interviniendo.

—Sí, sí, entiendo. Bien… No sé… ¿Qué más?

—Nada más —sonrió la espía.

En el aeropuerto Foster Dulles la señorita Brigitte Montfort pasó rápidamente del helicóptero al caza, que despegó inmediatamente, disponibles para él todos los pasillos aéreos. Y desde tierra firme, Charles Alan Pitzer observó el despegue y la rápida desaparición del caza en el azul del cielo.

¿Cómo había sabido Brigitte que sería llamada para entablar las negociaciones?

Hacia las cinco de la tarde, ya muy próximo a San Nataniel el caza a reacción, llegó a éste el mensaje radiado desde el Centro de Emisiones: enterados de la llegada de la señorita Montfort, rogaban que el avión que la transportaba aterrizara en la pequeña base costera de Cabo Mil Aguas, donde la estaban esperando.

A las cinco y cuarto, la señorita Montfort saltaba a tierra, era recogida por un automóvil, y sacada de allí a toda velocidad. Detrás de este automóvil partió otro, con varios hombres destinados a la escolta de Brigitte.

Dentro del coche en el que viajaba la espía internacional había tres hombres. Uno al volante, otro a su lado, y otro en el asiento de atrás, junto a Brigitte, que escuchó sonriendo amablemente los tartamudeos de agradecimiento de su compañero de asiento.

—¿Ha terminado usted? —preguntó.

—Bueno, sí… Nosotros… Oh, perdone, soy Héctor Nogales, vicepresidente de San…

—Sé quién es usted, aunque hace poco que está en el cargo. Hace mucho tiempo que estoy al corriente de todos los acontecimientos políticos y sociales de San Nataniel. Y ahora, señor Nogales, dígame: ¿qué más han dicho los señores del zepelín?

—Tiene usted que ir en una lancha siguiendo el paralelo quince hacia el oeste. El Zetacero la recogerá. Tenemos la lancha preparada en Bahía de Dios. Sólo… sólo la podrá acompañar un hombre, que pilotará la lancha.

—Suficiente.

—¿No está usted… asustada?

—Un poco —mintió Brigitte—. Pero haré lo que sea con tal de remediar esta situación. Es lo que haría cualquier persona consciente, ¿no le parece?

—Sí… Claro.

A las cinco y media, la señorita Montfort zarpaba en una hermosa y veloz lancha hacia el oeste. A los mandos, un viejo y barbudo lobo de mar, quemado por el sol, que llevaba entre los oscurecidos dientes una enorme pipa de espuma.

—De modo que usted es esa señorita yanqui… Es muy bonita.

—Gracias —sonrió Brigitte—… ¿Cómo se llama usted?

—Se va a reír —gruñó el marino.

—¿Y qué tiene de malo reír?

—Pues es verdad —reflexionó el hombre—… Me llamo Guadalupe.

Brigitte soltó la carcajada, y el hombre, tras mirarla torvamente un instante, acabó por reír a su vez.

—¿Le gustaría echar un trago? —ofreció.

—¿De qué?

—¡Vaya una pregunta! ¡De ron, naturalmente!

—Mejor que no. Y no es por despreciar, Guadalupe. Es que si voy a hablar con los secuestradores no quiero que me huelan el aliento perfumado de ese modo. No resultaría serio, me parece.

—Eso también es verdad. Mírelo… ¿No es hermoso?

—Sí, lo es. Muchísimo.

—No he dicho a qué me refería.

—Pero se refería al mar. ¿A qué otra cosa? Me gustaría saber cuántos años tiene usted, Guadalupe.

—Setenta y dos.

—¡Zambomba!

El marino se echó a reír.

—¿Le parezco demasiado viejo para navegar? —inquirió.

—Claro que no. Usted debe de ser de esos marinos a los que les vendan los ojos, los dejan en una balsa, y tan sólo oliendo el aire sabe hacia dónde debe navegar. Y apuesto cualquier cosa a que estamos navegando exactamente sobre el paralelo quince.

—En la mismísima raya estaríamos si esto fuera un mapa. ¿Le

gusta el mar?

—Más que a usted.

El viejo la miró hoscamente, pero tuvo que reír de nuevo.

—Usted sabe tratar a la gente, ¿eh? De modo que espero que sabrá cómo arreglárselas con esos tipejos. Oiga, ¿qué le parece? ¿Hace falta o no hace falta tener los dientes bien puestos para hacer una cosa así?

—Desde luego. Esto se cuenta en una novela y no se lo cree nadie.

—¡Justamente eso pensaba yo! Oiga: ¿y por qué la han elegido a usted para esto?

—No tengo ni idea —mintió Brigitte—… Ahí está.

—¿El qué?

—El zepelín.

Guadalupe miró hacia donde indicaba Brigitte, hacia el oeste. Movió la cabeza.

—Mi olfato marino es bueno, pero mi vista es un desastre. Bueno, con lo grande que dicen que es seguro que acabaré por verlo tarde o temprano. Habla usted muy bien el español.

—Gracias. ¿Lo ve ahora?

Guadalupe achicó los ojos. Allá lejos le pareció ver algo por encima del horizonte. Encogió los hombros.

—Acabaré por verlo, se lo aseguro.

Esto sucedió muy poco después.

Entonces, Guadalupe paró los dos motores, y la lancha se deslizó una corta distancia por el impulso antes de detenerse. El zepelín era ya bien visible. En menos de dos minutos lo tuvieron encima de ellos, proyectando su enorme sombra sobre el mar. Guadalupe lo miraba con la boca abierta. Sencillamente enorme, como el más gigantesco melón que pudiera imaginarse, llevaba colgando del flotador lo que se había dado en llamar la cesta, que estaba pintada de color azul oscuro, como todo el enorme dirigible.

«—Muy adecuado para volar de noche sin ser visto», pensó Brigitte.

El artefacto fue descendiendo lentamente sobre la lancha, que era zarandeada suavemente por el oleaje. A un lado de la cesta se abrió una puerta y apareció una escalerilla, que quedó a menos de un metro de la señorita Montfort. Ésta tendió la mano al marino.

—Gracias por el viaje, Guadalupe. Hasta la vista.

—Así lo espero —murmuró el hombre.

No estaba asustado, pero sí impresionado. Aunque no tanto que dejase de admirar la agilidad de su pasajera, que tras lanzar la maleta hacia el hueco de la puerta, se asió a la escalerilla y subió sin dificultad alguna, pese a que de su muñeca izquierda pendía aquel gracioso maletín.

Brigitte se encontró en la barquilla del dirigible, que estaba dividida en dos secciones, dejando entre ambas, bien cerradas, lo que podía denominarse como vestíbulo. La escalerilla fue recogida, la puerta cerrada. Todo con automatismo eléctrico. Una luz se encendió en el techo.

Una voz brotó de alguna parte, en inglés.

—Bien venida a bordo, señorita Montfort. Por favor, suba por la escalerilla metálica. Gracias.

Brigitte se acercó a la escalerilla, y miró hacia arriba. La escalerilla, simplemente, terminaba en el techo, pero en éste se desplazó un panel rectangular cuando ella estuvo cerca. Como quien sale de una piscina utilizando una de las escalerillas, Brigitte terminó la ascensión, mirando ya, con incontenible pasmo, al hombre que la estaba esperando, sonriente, tendiéndole la mano.

—Encantado de conocerla —dijo—. Y lo digo de verdad, porque soy un gran admirador de usted. Yo soy «Biggest». Es un apodo, claro.

Brigitte tendió la diestra, que desapareció, y nunca mejor dicho en la manaza del llamado Biggest, apodo que no podía estar más acertado, pues el hombre era enorme[4]. Absolutamente enorme. Debía de medir más de dos metros, y su volumen impresionaba. Pero no era sorprendente por su volumen, sino por su atuendo. Salvo que la espía internacional estuviera viendo visiones, aquel hombre vestía como un vaquero. Sombrero Stetson, camisa a cuadros, pañuelo al cuello, pantalones de denim azul, esto es, los clásicos tejanos, y, encima de éstos, unas formidables chaparreras de piel de vaca. Calzaba botas de tacón medio.

—¿Cómo está, señor Biggest? —consiguió murmurar, mientras recuperaba su mano, milagrosamente ilesa del apretón.

—Oh, vamos, nada de «señor». Puede llamarme Biggest, simplemente.

—Bueno, en ese caso —sonrió Brigitte—, creo que debo rogarle que me llame usted Brigitte a secas.

—*Okay*, Brigitte, encantado. ¡Caramba, no sabe cuánto me satisface conocerla personalmente, de veras!

—Es usted muy amable.

—Siempre que puedo —soltó una risotada Biggest—. Bueno, espero que haya tenido buen viaje y todo eso.

Brigitte asintió. Estaba mirando aquel rostro grandote, en el que destacaban los grandes mostachos de viejo pistolero clásico del Lejano Oeste, y los ojos, grandes, claros, diáfanos. La nariz de Biggest también era enorme, y toda ella, y los pómulos, estaban salpicados de pecas. Por los lados del sombrero asomaban unos lacios y largos mechones de rubio cabello algo agrisado. Biggest debía de tener unos cuarenta y cinco años, pero parecía monstruosamente fuerte y rebosante de vitalidad.

De pronto, se quitó el sombrero, farfullando una disculpa.

—Estoy tan acostumbrado a él que a veces me acuesto sin quitármelo, perdóneme.

—No tiene importancia —sonrió Brigitte.

—¿Le gustaría tomar un martini?

Brigitte parpadeó.

—SÍ, estupendo. Muchas gracias.

—Venga por aquí.

La tomó amablemente del brazo. Brigitte le llegaba apenas al hombro. Era un hombre descomunalmente grande.

Desde la zona de recepción, delimitada por paneles de aleación ligera de aluminio, la condujo por un amplio pasillo bien iluminado, una de cuyas puertas abrió.

Entraron en una salita muy agradable y confortable, en uno de cuyos rincones había un bar.

—Como ve —dijo Biggest—, lo que sobra aquí es espacio. Me gustan los grandes espacios. ¿Y a usted?

—También, desde luego. De todos modos, debe de sentirse usted muy a gusto en este… alojamiento.

Biggest se echó a reír.

—¡Por supuesto que sí! Fue diseñado por mí mismo, pensando siempre en dimensiones adecuadas a mi tamaño. Y hay de todo en él: dormitorios, sala de cine, sauna y gimnasio, cocina, comedor,

servicios higiénicos, naturalmente… Y aparte, claro está, los servicios técnicos, que están abajo, en la barquilla. Digamos que esto es un pequeño palacio volador. ¿Con aceituna? —Alzó la copa.

—Sí, está bien. ¿Hacia dónde nos dirigimos ahora?

—No se preocupe por eso —Biggest se acercó, con una copa en cada mano—. En realidad, no debe preocuparse por nada, ya que no es mi intención perjudicarla a usted en absoluto. Pero por favor, siéntese. Estará más cómoda. Algunas personas hacen chistes diciendo que cuando están conmigo de pie acaba por dolerles el cuello de tanto mirar hacia arriba. Bien —Biggest se sentó también, frente a Brigitte—, ¿le parece que hagamos un brindis?

—¿Los brindis… no se hacen con champán?

—Ah, perdón —se consternó Biggest—… ¿Prefiere usted champán?

—Por esta vez —sonrió Brigitte—, haremos el brindis con martini. ¿Por qué brindamos?

—Por la paz del mundo.

Capítulo III

Brigitte se quedó mirando fijamente a Biggest, que la contemplaba a su vez por encima de la copa alzada.

Por fin, ella asintió y murmuró:

—Por la paz del mundo…, y que dure eternamente.

—Excelente brindis —aprobó Biggest, tras beber un sorbo de martini—… Tengo la impresión de que usted y yo vamos a entendernos muy bien, Brigitte.

—Ojalá acierte. Dígame, Biggest: ¿por qué me eligió a mí?

—No la elegí yo —frunció el ceño el gigante—, aunque la idea me pareció magnífica en el acto. Tan magnífica, que debió ocurrírseme a mí, no a él.

—¿A quién?

—Al Presidente de San Nataniel. Apenas iniciadas las conversaciones entre ellos y yo surgió la necesidad de alguien que hiciera de intermediario entre nuestras conversaciones y la ONU, y entonces, sin pensárselo, ese hombre la nombró a usted. Supongo que está sorprendida.

—Mucho —mintió como nunca Brigitte, que en todo momento había sabido que Nathan encontraría el modo de introducir a Baby en el peliagudo problema.

—Pues no debería estarlo. ¿Quién más adecuado que usted? Famosa en todo el mundo, bien conocida por sus reportajes de tendencia manifiestamente pacifista, inteligente, nominada para la presidencia de los Estados Unidos…[5] ¿Sabe que yo habría votado por usted?

—Espero que lo haga si vuelvo a ser nominada —sonrió la espía.

—¡Por supuesto que sí! ¿Otro martini?

—No, gracias, iré alargando éste mientras le escucho… No he visto a nadie a bordo, salvo a usted. ¿Cuántos hombres hay en la tripulación?

—Le aseguro que hay a bordo el suficiente personal para atenderlo todo.

—Claro. Perdone la pregunta: ¿es usted el jefe de todo esto o está a las órdenes de alguien?

—¡Yo no estoy a las órdenes de nadie! Ni lo he estado nunca. Todo es obra mía, soy mi único jefe, el único que puede tomar las decisiones.

—¿Y qué decisiones piensa tomar?

—Ya veremos.

—Espero que se esté dando cuenta de la situación en que ha puesto al mundo con este triple secuestro, Biggest.

—¿Qué situación?

—Cuando menos, incómoda.

—Bah, no se preocupe. No harán nada importante mientras yo tenga aquí a esos tres sujetos. Y menos, ahora, que esperarán a que usted vuelva a tierra y les informe de mis condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Ya lo he dicho con mi brindis: quiero la paz en el mundo.

—Me encantará colaborar en eso…, si es todo lo que pretende usted.

—¿Qué otra cosa podría pretender? Soy inmensamente rico, y el poder no me interesa, prefiero cabalgar por los espacios abiertos. Le aseguro que no tengo la menor pretensión política ni económica.

—Muy bien. ¿Cuál es su pretensión, entonces?

—Bueno, no es tan fácil de explicar. Tengo mis puntos básicos bien estudiados, pero así, en una conversación informal… Por otra parte, me gustaría que los oyera usted al mismo tiempo que ellos. Precisamente, los hice traer aquí para leerles mi Declaración de Ocho Puntos. Le daré a usted una copia después que la hayamos leído y comentado… ¿Qué opina usted de los señores Reagan y Breznev?

—No comprendo bien su pregunta. Además, tiene usted tres prisioneros, no dos.

—Oh, pero el de San Nataniel no importa, no es nadie en el mundo, ¿comprende? En realidad debí dejarlo en tierra, pero a última hora pensé que podría seguir con sus invitados. Y me alegro de esa decisión, porque gracias a ella está usted aquí. Bien, ¿qué opina de esos dos caballeros? Digamos, en el sentido personal.

—Supongo que son personas como otras cualquiera.

Biggest fruncido el ceño, meditó unos segundos, y por fin movió negativamente la cabeza.

—Se equivoca usted, Brigitte. No son personas como otras cualquiera. Y no lo digo por el hecho de que estén ocupando cargos decisorios en el mundo, sino por ellos mismos. Tal vez fuesen personas… normales, como cualquier otra, antes de ocupar los cargos que ocupan. Luego, esos cargos moldearon sus mentes, y ahora son… seres no humanos.

—¿Le parecen a usted inhumanos?

—No, no. Inhumanos, no: he dicho no humanos. Y eso en el sentido de que se han deshumanizado. No sienten nada.

—Vamos, no sea absurdo. Por lo menos, en estos momentos deben de sentir miedo por su destino, ¿no?

—No, no sienten miedo. Están preocupados, pero no sienten miedo. Y no están preocupados por sus vidas, o por las vidas que se perderían si este asunto desembocase en una guerra nuclear mundial: están preocupados por la incertidumbre de si podrán o no podrán volver a sus poltronas de amos del mundo. Sólo piensan en eso.

—¿Le han dicho ellos lo que piensan?

—No, pero yo lo sé. ¿Le gustaría a usted verlos?

—Naturalmente.

Biggest se puso en pie, le hizo una seña a Brigitte, y se dirigió hacia la pared de la derecha, colocándose ante un cuadro que representaba un paisaje montañoso. Apretó un resorte, y el cuadro se desplazó, dejando visible una amplia ventana cerrada por un cristal. Brigitte comprendió que al otro lado de éste era un espejo lo que se vería.

Pero para ella y Biggest, era un simple cristal, al otro lado del cual pudo ver una sala parecida a la en que se hallaban.

Al primero que vio fue a Nathan, y contuvo una sonrisa al comprender en el acto que él estaba tranquilo de verdad. Luego, vio a Leonides Breznev y a Ronald Reagan, ambos sentados en butacas, con un libro en las manos, pero sin mirarlo. Sus miradas se perdían como persiguiendo pensamientos que debían ser sombríos, pues tenían los ceños fruncidos, los labios apretados. Ciertamente, si de algo no podrían quejarse los prisioneros sería de falta de confort.

Pero, mientras el aspecto y la actitud del apuesto Nathan reflejaban un estado de ánimo tranquilo, no era así en los otros dos. Estaban tensos.

Y de pronto, Brigitte los vio por el lado estrictamente humano: eran dos simples personas de edad avanzada, casi ancianos, y estaban en una situación que justificaba su tensión…

Durante unos minutos, los estuvo observando, en silencio. Ninguno de los tres hablaba. Breznev y Reagan seguían con la mirada perdida. Nathan, ante la librería, parecía estar seleccionando su próxima lectura. Por fin, tomó un libro, fue a sentarse, y encendió un cigarrillo. Luego, miró su reloj, y dijo:

—Supongo que nos servirán la cena pronto.

Breznev y Reagan lo miraron, y eso fue todo. La mirada de Brigitte iba de uno a otro jefe de estado, hasta que se dio cuenta de que Biggest la estaba mirando a ella, y lo miró.

—Sobrecogedor, ¿no es cierto? —murmuró Biggest.

Brigitte se pasó la lengua por los labios, y no contestó. ¿Sobrecogedor? Sí, esa parecía la palabra exacta. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué estaban pensando los señores Reagan y Breznev. ¿Tenía razón Biggest respecto a sus pensamientos? Lo seguro era que la simple idea de tratar con ellos la sobrecogía. Sí, exacto: la sobrecogía.

—Usted —murmuró Brigitte— está martirizando a dos pobres hombres, Biggest.

—¿Dos pobres hombres? —exclamó él—. ¡No bromee! Esos dos pobres hombres iniciarían una guerra nuclear sin vacilar si ello les conviniera a ellos o a los grandes intereses a cuyo servicio se hallan sometidos.

—No diga barbaridades: usted los secuestró precisamente cuando estaban sosteniendo unas conversaciones de paz.

—¿Realmente cree usted eso?

—Por supuesto.

—¿Lo cree o quiere creerlo? Porque sin duda sabe que con anterioridad se han sostenido conversaciones «de paz» que nunca han dado buenos frutos. ¿Por qué ahora?

—Siempre hay una primera vez. Y el hecho de que los señores Breznev y Reagan hayan aceptado reunirse en San Nataniel es muy significativo al respecto.

—¿Significativo? ¿En qué sentido?

—Está claro que ellos dos han querido conversar sin estar sometidos a las presiones de los respectivos cuerpos diplomáticos y otra clase de observadores y testigos, para tomar más libremente sus decisiones.

—Ésa es la cuestión —exclamó triunfalmente Biggest—: sin testigos, para repartirse mejor el mundo.

—¡No sea vulgar!

—¡Ah! ¿Piensa de mí que soy vulgar? Está bien… Posiblemente, yo no esté a su nivel intelectual, ni tenga la preparación universitaria y mundana adecuada, pero no soy ningún tonto. Esos dos hombres de ahí —señaló el cristal— sólo pretenden llegar a un acuerdo privado no para beneficiar al mundo, sino para beneficiarse ellos, es decir, lo que cada uno de ellos representa. Y todo cuanto se oponga a sus deseos, conveniencias y disposiciones, será barrido de la faz de la Tierra. ¿Quiere que se lo demuestre?

—¡Demostrarlo! ¡Jamás podrá demostrar eso!

—La convenceré pronto de lo contrario. Ahora, permítame que la acompañe a su habitación, en la que espero se instale confortablemente. La cena, a las siete y media. ¿Necesita alguna cosa?

—Sólo mi maleta, que quedó abajo, en la barquilla.

—Me ocuparé de ello.

El cuadro fue colocado en su sitio, y Biggest y Brigitte salieron de la sala. Biggest abrió una de las puertas, y Brigitte entró en el dormitorio, amplio, confortable y sin complicaciones, con baño privado.

Todavía estaba sentada en el borde de la cama cuando sonó la llamada a la puerta. Autorizó la entrada. La puerta se abrió, y apareció Biggest, que tras dejar la maleta en el suelo dentro de la habitación, salió, diciendo:

—Pasaré a recogerla para ir al comedor.

La señorita Montfort quedó sola. No sentía la sensación de navegación aérea, no se notaba nada.

¿Realmente estaban volando?

¿O el Zetacero se había detenido en alguna parte?

Durante unos minutos se dedicó a buscar por la habitación la vigilancia electrónica a la que sin duda estaba sometida, pero no

encontró nada. Ni había visto a bordo a persona alguna salvo a los prisioneros y a Biggest. Era como si estuvieran solos en el enorme aparato volador. Pero no podía ser, claro… ¿Cuántos hombres debía haber a bordo?

La idea de iniciar una acción de ataque pasó por su mente. Disponía de recursos suficientes para ello, desde la pistolita colocada en el doble fondo del maletín, hasta las ampollas de gas, el tubo-fusil; las ampollas de gas podían ser narcóticas o mortales… Lo tenía todo. Pero ignoraba el número de enemigos que tendría que afrontar, ni qué armas tenían, y ni siquiera conocía bien cómo estaba distribuido aquel pequeño palacio volante. Y luego… ¿qué pensaría el señor Breznev más adelante, ya más sereno, cuando recordase lo que la periodista americana señorita Montfort habría hecho ella solita?

A las siete y media en punto sonó la llamada a la puerta, y Brigitte fue a abrir, ya vestida para la cena. Un sencillo vestido de cóctel, que Biggest contempló con aprobación.

—No he traído más que esto —explicó Brigitte—. No pensé que cenaría con tan importantes personalidades.

—No se preocupe. Además, no son importantes.

—Vamos, Biggest: ¡son tres presidentes!

—Sólo son hombres. Y no de los mejores.

Cuando entraron en el comedor los tres secuestrados ya estaban allí, de pie, conversando aburridamente.

Se quedaron mirando a Brigitte, con cierta expresión amable Ronald Reagan, sonriente Nathan de San Nataniel; expectante, curioso, inquisitivo, perspicaz Leonides Breznev.

—Creo que sobran las presentaciones —dijo Biggest—. Ustedes tres por lo que son, la señorita Montfort porque, aunque en otro… plano, es mundialmente conocida.

—Por mi parte —dijo Reagan— conozco personalmente a la señorita Montfort. Tuve ese placer.

—¿Cómo está, señor Presidente? —murmuró Brigitte.

—Físicamente, bien. El señor Breznev me decía hace unos minutos que tenía grandes deseos de conocerla personalmente.

El Premier soviético tendió la mano, metidos sus perspicaces ojos cansados bajo sus pobladas cejas.

—He tenido ocasión de leer algunos de sus artículos, señorita

Montfort —dijo en inglés—. Fascinantes.

—Es un honor, señor —estrechó Brigitte la seca mano—… ¿Ha dicho usted fascinantes?

—Por su contenido, naturalmente, no por su forma. Aunque la forma literaria tengo entendido que también es… es…

—¿Fascinante? —sonrió Brigitte.

Leonides Breznev sonrió, siempre fija su mirada en los azules ojos de la espía que más quebraderos de cabeza y serios disgustos había ocasionado a la Unión Soviética. ¿Se habría mostrado tan sumamente cortés y encantado de haber sabido que acababa de estrechar la mano de Baby?

A quien parecía divertir este pensamiento era a Nathan, que se colocó en turno, tendiendo su diestra.

—También nos conocemos personalmente la señorita Montfort y yo —dijo—. Ella ha sido tan amable de visitar con alguna frecuencia mi país. Me complace muchísimo encontrarnos de nuevo, señorita Montfort.

—Usted siempre tan amable, señor Presidente —contuvo Brigitte la sonrisa de diversión—. Espero que muy pronto podré volver a disfrutar del clima de su país…, y de las atenciones personales de usted, que no he olvidado.

—Bien, bien, bien —se frotó las manos Biggest—, parece que ésta va a ser una reunión de lo más cordial y simpática. Si me perdonan un minuto iré a ocuparme de la cena.

—¿Se va usted? —se sorprendió Brigitte.

—Siempre lo hace —dijo Nathan—. Nos sirve personalmente, no ha permitido hasta el momento que nadie de la tripulación se acerque a nosotros. En realidad, no hemos visto a nadie más que a él.

—¿Acaso les trato mal? —preguntó irónicamente Biggest.

—Todo lo contrario, hay que admitirlo. Incluso he pensado que prefiere atendernos personalmente a fin de evitar posibles… contratiempos. Tal vez no les resultemos simpáticos a su tripulación.

—Tal vez —dijo Biggest—. Vuelvo en unos minutos.

La puerta se cerró tras él, y los cuatro «invitados» quedaron silenciosos, hasta que, de pronto, empezaron a hablar a la vez.

Brigitte rió, y alzó una mano.

—Supongo lo que todos querían decir. No se preocupen: por el momento no está ocurriendo nada que se deba lamentar. Todo el mundo está a la expectativa, simplemente. Lo único preocupante, hasta cierto punto, es que una flota rusa está navegando quizá ya por el Atlántico rumbo al Caribe. ¿Nos sentamos?

—Permítame —reaccionó Breznev, apartando una silla para Brigitte.

Ésta se sentó, y lo hicieron los demás; frente a ella Nathan y Reagan y a su derecha Breznev.

—Es de suponer —murmuró éste— que si el señor Reagan hubiera sido secuestrado en el Mar Egeo, por ejemplo, la Flota americana del Mediterráneo también habría puesto proa al Egeo.

—Es de suponer —dijo Reagan.

—Creo que no debemos preocuparnos —dijo Nathan—. La señorita Montfort lo arreglará todo… Quiero decir, que su mediación será muy satisfactoria, estoy seguro de ello.

Brigitte le sonrió.

Captó la mirada un tanto maliciosa de Ronald Reagan, quien, por supuesto, sabía que la señorita Montfort era la gente N. Y. 7117 de la CIA, es decir, Baby.

—De todos modos, Nathan —dijo Brigitte—, tal vez debió indicar usted a Biggest otra persona más… adecuada, más acostumbrada a la diplomacia.

—Tal vez —admitió Nathan—, pero el hecho cierto es que él se mostró encantado en cuanto la mencioné a usted. Al señor Reagan también le pareció una elección interesante.

—¿Y al señor Breznev? —Miró Brigitte a éste.

—Yo decidí confiar en el buen juicio de quienes la elegían, señorita Montfort. Pero si he de ser sincero, no creo que esto sirva de nada. Ese hombre es un demente.

—¿Un demente?

—Todo esto es demencial. Las consecuencias son impensables, si a alguno de nosotros le ocurre algo… irremediable. Pienso que la salud del señor presidente de San Nataniel es envidiable, pero no diría lo mismo de la mía. En cuanto al señor Reagan creo que, como yo, preferiría una situación menos… preocupante. ¿Le ha dicho algo ese hombre respecto a lo que está tramando?

—Nada que yo pueda repetir de modo coherente. ¡Cielos, qué

situación tan extraordinaria para mí!

—¿Está asustada? —preguntó Nathan.

—¡Por supuesto!

—Claro… Es lógico.

—Lo que no me parece tan lógico, Nathan, es que Biggest se enterase de una reunión que estaba considerada como supersecreta. Tan secreta, que cuando se extendió la noticia de su secuestro nadie podía creerlo. Para todo el mundo, el señor Breznev estaba en Moscú, y el señor Reagan en Washington. Sin embargo, es evidente que Biggest sabía lo de la reunión con tiempo más que suficiente para preparar la operación del secuestro. ¿Cómo pudo saberlo?

—Interesante pregunta —dijo Nathan—, pero debo decirle que también nosotros nos la hemos estado formulando.

—¿Y han encontrado respuesta?

—No. Aunque, volviendo a la lógica, se podría admitir que todo esto fuese cosa mía. A fin de cuentas, yo soy quien apeló a mis invitados para que se reunieran y conversaran. Hablando en términos… cinegéticos, se podría decir que los atraje a una trampa.

—¿Eso es lo que piensan ustedes? —Miró Brigitte a Breznev y a Reagan.

—Cabe pensar —dijo muy diplomáticamente Breznev— que esto se solucionará de un modo consecuente y razonable y que llegaremos entonces a conocer la verdad. Mientras tanto, no me parece correcto hacer acusaciones de ninguna clase.

—No, no es muy correcto —admitió Brigitte—, pero alguien informó a Biggest, eso es indiscutible.

—No creo que saber eso resuelva nuestra actual situación —dijo Reagan—. Yo también creo que ese hombre está chiflado.

—¿De qué han hablado con él?

—De nada. Nos dijo que en el momento oportuno sostendríamos la conversación adecuada. ¡Adecuada! ¡No se me ocurre qué puedo tener que ver con ese tejano loco!

—Ah, ¿también usted ha notado que es tejano? —sonrió Brigitte —. Y considerando los medios de que dispone se diría que es muy rico. Un petrolero, tal vez…, aunque vista como un vaquero. Es un hombre… pintoresco, eso no se puede negar. ¿Alguno de ustedes conoce su nombre? Porque lo de Biggest, claro, es un apodo.

—Nuestro anfitrión debe de estar como una cabra —dijo Nathan

—. Dice que él es el más grande, y de ahí no lo hemos sacado. En cuanto a tamaño es indiscutible…, a tamaño corporal, claro. Me pregunto cuál será el tamaño de su cerebro.

—Planear una cosa como ésta no es de tonto, Nathan.

—Ha tenido suerte, eso es todo. Lo mismo podría haberle salido mal.

La puerta se abrió, y apareció Biggest empujando un gran carrito en cuya superficie había varias bandejas, botellas, vasos y copas, cubiertos, servilletas… Él mismo cerró la puerta, puso la mesa-carrito junto a la mesa grande, y dijo, festivamente.

—Les ruego que se consideren en un bufé libre. Pueden ir sirviéndose lo que gusten. Y no se preocupen si se termina el champán: tengo mucho más.

—Espero que sea francés —dijo Brigitte.

—Pues no, lo siento. Es nacional.

—Muy patriótico —dijo Nathan, alzándose de su asiento—. Nos estábamos preguntando cómo consiguió usted la información de la visita a mi país de los señores Breznev y Reagan.

—Me lo dijo un pajarito —sonrió el tejano.

—Muy ocurrente. ¿Me permite que le sirva, señorita Montfort?

—Claro que no —se puso también en pie Brigitte—. Estamos en una reunión de amigos, nadie debe servir a nadie. ¿No es así, Biggest?

—Así es. Lo que no quita que ésta sea una cena agradable y cordial.

—Pero no demasiado apetitosa —deslizó suavemente Brigitte—… Estos platos son preparados, de los que se venden listos para meter en el horno.

—¿Y eso qué tiene de malo? Es lo que comen millones de norteamericanos, y supongo que rusos, ¿no? Y si lo comen millones de americanos y de rusos, ¿por qué no hemos de comerlo nosotros?

—Es una reflexión irrefutable —dijo Ronald Reagan, alzándose casi al mismo tiempo que Breznev—, así que, como primer americano que soy…

—¿Qué ha dicho usted? —gritó Biggest—. ¿Primer qué? ¿De dónde ha sacado eso, con qué derecho se atribuye esa prioridad nacional o patriótica? ¡Usted no es nadie, es un americano cualquiera! ¡Y de los peores!

Todos habían quedado inmóviles mirando a Biggest, cuyo enojo era por demás evidente; sus ojos relucían, su rostro había enrojecido intensamente, su recia mandíbula se había adelantado agresivamente.

—Lo que he querido decir…

—¡No necesito sus explicaciones!

—Vamos, Biggest —dijo suavemente Brigitte—, no esperaba de usted una cosa así.

—¿A qué se refiere?

—Sería una lástima estropear una velada que hasta podría resultar simpática. Usted y yo somos en estos momentos unas personas de excepción: estamos prestos a cenar nada menos que con tres presidentes. Por mi parte lo considero una situación insólita, y me gustaría disfrutarla. Aunque ahora que pienso…, el personaje más insólito aquí es usted.

—¿Yo? —Parpadeó Biggest.

—Usted. Tanto desde el punto de vista humano como periodístico, usted es el más interesante personaje en este aparato volador. Porque conseguir una entrevista con cualquiera de estos tres señores, o verlos en televisión, o escucharlos por la radio, no es nada especial, ¿verdad? En cambio, si yo hablase de usted a mi regreso todo el mundo sentiría interés. ¿Qué le gustaría que dijera de usted? Supongo que desea que el mundo le conozca, ¿no es así?

Biggest aspiró profundamente, y sonrió. Los tres jefes de Estado miraban a Brigitte procurando no mostrar su aprobación y su admiración. Leonides Breznev ni siquiera parpadeaba.

—Bueno —acabó por sonreír Biggest—, usted tiene razón. Lo mejor será que cenemos agradablemente. Y después, mientras tomamos café en una de las salas le diré a usted qué es lo que quiero que diga de mí.

Capítulo IV

—Lo que quiero que diga de mí, Brigitte, es que soy el único hombre en este mundo que está haciendo algo realmente positivo por la paz.

—Publicaré eso en mi periódico con mucho gusto —dijo la divina espía—. ¿Qué más?

—En principio, con eso será suficiente, porque su artículo contendrá, además, mi Declaración de Ocho Puntos para la Paz.

—Un reportaje como ése podría valerme por segunda vez el Premio Pulitzer de Periodismo. Le aseguro que no tengo ningún inconveniente en ello. ¿Cuáles son esos ocho puntos?

Biggest sacó un papel doblado del bolsillo, lo desdobló, y paseó la mirada por su reducido y selecto auditorio. Ronald Reagan y Leonides Breznev ocupaban sendos sillones, Brigitte y Nathan estaban sentados juntos en un sofá, y eran los únicos que tomaban café.

Todas las miradas estaban fijas en Biggest cuando éste comenzó a leer:

1.º: Exijo un diálogo personal, directo y abierto entre los señores Reagan y Breznev en la Asamblea de la ONU, con asistencia de representantes de todos los países adscritos a ésta y del resto de países del mundo aunque no pertenezcan a la ONU.

2.º: Cese inmediato de todas las guerras y «guerritas» más o menos encubiertas vigentes hoy en la Tierra, planeadas y dirigidas todas ellas por la URSS y los USA, y solución inmediata en toda la Tierra al problema del hambre y la desasistencia médica.

3.º: Inmediato desmontaje de todas las fábricas de toda clase de armamento.

4.º: Inversión inmediata de las cantidades asignadas a las industrias

bélicas en industrias sociales, explotaciones agrícolas y sistemas de culturización del pueblo.

5.º: Desmilitarización progresiva y acelerada y creación de puestos de trabajo creativo y que implique la elevación del nivel de vida física, mental y espiritual de la población humana.

6.º: No injerencia futura en los asuntos de ningún país del mundo, salvo la económica, y no como inversión de compra y desarrollo de multinacionales, sino como inversión de préstamos de ayuda, a ser devueltos en cómodos plazos.

7.º: Aprovechamiento de todos los recursos técnicos para la mejor habitabilidad del planeta: aeropuertos, canales de regadío en las grandes zonas desérticas, puertos de mar, carreteras, centros médicos y hospitalarios, etcétera.

8.º: Investigaciones científicas en todos los campos para un mejor conocimiento de la Naturaleza, el Hombre y la Tierra, para que ésta última sea por fin y realmente un lugar dignamente habitable.

La voz de Biggest dejó de oírse.

El silencio era ahora completo, la inmovilidad de todos los presentes, absoluta. Por fin, la señorita Montfort dijo:

—Me prometió usted una copia de esa Declaración, Biggest.

—La tendrá. Ellos también, para que la vayan estudiando. Bien, caballeros… ¿no tienen nada que decir?

Nadie contestó.

Biggest sonrió irónicamente, se sirvió una copa de coñac, y tras beber un sorbo, preguntó:

—¿Acaso mi Declaración contiene Puntos que no estuviesen intentando ya resolver ustedes en sus conversaciones… de paz?

Silencio absoluto.

—Biggest —preguntó Brigitte—: ¿qué piensa ganar usted en todo esto? Me gustaría que me dijera la verdad.

—Le voy a decir la verdad. Yo dispongo de medios para fabricar bombas atómicas y organizar una guerra nuclear por mi cuenta…

—Usted está loco —exclamó Reagan.

—¿Por qué?

—¡No sabe lo que está diciendo! ¡Un hombre como usted no puede tener en su mano la decisión sobre una guerra nuclear!

—¿Y un hombre como usted sí?

Ronald Reagan palideció, pareció recibir un golpe en la cara. Breznev mantenía la mirada fija en sus manos.

—Siga, por favor, Biggest —murmuró Brigitte.

—Le decía que dispongo de medios para fabricar bombas atómicas suficientes para iniciar una contienda nuclear. Pero realmente, en ese sentido, mi potencial sería muy reducido. En contra de la opinión del señor Reagan, no estoy loco, y sé muy bien que en cuanto a potencial mortífero se refiere, sería una hormiga comparada con un elefante. Así que por ese lado, ciertamente, ni podría vencer ni conseguir prestigio personal alguno. No podría nada contra Rusia y los Estados Unidos. Sin embargo, por el otro lado, sí puedo vencerlos. Por el lado de la Paz sí estoy en condiciones de ofrecer al mundo algo que ellos no quieren ofrecer. Así pues, éste es mi modo de superarlos. ¿Quién seré yo en el futuro?: el hombre que derrotó a Estados Unidos y Rusia en un combate en verdad singular: la consecución de la Paz. ¿Me he explicado lo bastante bien para usted, Brigitte?

—Desde luego.

—¿Quizá tiene usted algo que sugerirme?

—No.

—Entonces, vamos a pasar a la segunda fase. ¿Sería tan amable de ayudarme? Quisiera tomar una película ahora.

—Con mucho gusto.

Se dirigieron ambos hacia la librería, que tenía armarios en la parte inferior, y sacaron de allí una cámara y algunos focos, que fueron instalando, apuntados éstos hacia el sofá, en el cual, finalmente, se sentaron junto a Nathan los señores Reagan y Breznev, a petición de Biggest. Éste colocó también la cámara preparada para tomar película, y dijo:

—Aunque confío en la señorita Montfort, y tengo la certeza de que ella traspasará fielmente mis condiciones y publicará en su periódico lo que yo le diga, no me fío tanto de las personas que puedan manipular mi Declaración, personas que, por otra parte, disponen del control de los medios de comunicación tanto en Rusia como en Estados Unidos. Sin embargo, vamos a filmar una película en la que ustedes leerán los Puntos de mi Declaración, obtendré algunas copias, y la señorita Montfort las entregará en Washington para que sean distribuidas no ya sólo en USA y URSS, sino en todo

el mundo. Además de esto, ustedes dos —miró a Breznev y Reagan — ordenarán que bajo ningún concepto sean interceptados y mucho menos derribados mis zepelines Z-1, Z-2, Z-3 y Z-4. Los dos primeros se dirigirán a Rusia, y los otros dos, a Estados Unidos, cuyos territorios sobrevolarán ampliamente, dejando caer en los lugares más densamente poblados hojas impresas con mi Declaración de Ocho Puntos, para que sean leídas directamente por el pueblo, sin manipulaciones de los textos. ¿Está esto bien entendido?

Silencio.

—¿Alguna objeción, tal vez? —sonrió Biggest.

—Sólo una —alzó un dedo Nathan—. ¿Qué tengo que hacer yo? Porque si no tengo que hacer nada, dígame qué hago aquí. Y no es que desee abandonar a mis invitados, es sólo que me gustaría hacer también algo útil.

—Usted esperará su turno. Pero siga sentado ahí.

—De acuerdo. Supongo que desea usted que todo el mundo vea que los tres estamos bien.

—Exacto. Bien… ¿alguna pregunta?

—Yo quisiera hacer una —dijo Brigitte—: ¿cuántos zepelines como éste tiene usted en total y dónde están?

—Tengo los que he mencionado, es decir, cuatro más. Y están en un lugar seguro. Esta noche emprenderán el vuelo los dos que han de volar sobre Rusia, después de que yo informe al Centro de emisiones de la Guardia Nacional de San Nataniel de que avise a todo el mundo que cualquier agresión contra mis zepelines resultaría… catastrófico.

—Si usted lo desea, yo puedo encargarme de eso —se ofreció Nathan.

—¿Por qué no? Luego nos ocuparemos de ello. Ahora, vamos a filmar la película.

—Mi memoria es buena —dijo Breznev—, pero no recuerdo textualmente su Declaración. Y no quisiera que usted pensara que trato de tergiversarla.

Biggest sonrió, fue de nuevo a la librería, y de un cajón sacó varias copias de su Declaración, algunas de las cuales entregó a Brigitte, y una a cada uno de sus prisioneros.

—Vayan leyendo un párrafo cada uno. Luego, adviertan lo de

mis zepelines en ruta hacia Rusia y Estados Unidos. Y acaben diciendo que están perfectamente en todos los aspectos. Cuando usted guste, señor Breznev.

El Premier soviético se aclaró la voz.

—¿No sería mejor que usted explicara antes de qué se trata, Biggest? —sugirió Brigitte.

El tejano la miró irónicamente.

—No siento deseos de salir en película alguna. Empiece, por favor, señor Breznev.

En menos de cinco minutos, parsimoniosamente, la Declaración fue leída. Luego, fue explicado el asunto de los zepelines que muy pronto serían detectados, y que bajo ningún concepto debían ser molestados.

Biggest detuvo la filmación, y murmuró unas palabras al oído de Brigitte, que asintió y fue a colocarse ante la cámara, detrás del sofá que ocupaban los tres hombres.

—Soy Brigitte Montfort, a bordo del Zetacero. He estado presente en la lectura efectuada por los señores presidentes, y garantizo que éstos se encuentran en perfecto estado de salud en todos los órdenes. Gracias por su atención.

Definitivamente, Biggest detuvo la filmación, y comenzó desmontarlo todo.

—Por la mañana tendrá usted varias copias, Brigitte. Espero que no la moleste o disguste pasar la noche en el Zetacero.

—En absoluto, se lo aseguro.

—Magnífico. Gracias por su colaboración.

Minutos más tarde, Biggest abandonaba la sala con todo el material. Nathan se puso en pie, y sirvió dos copas de coñac, una de las cuales ofreció a Brigitte.

—Ese hombre está loco —insistió Ronald Reagan.

—O es bastante ingenuo, ¿verdad? —sonrió Nathan—. Parece que no ha pensado que todas sus condiciones pueden ser aceptadas mientras nosotros estemos aquí, y luego, naturalmente, no llevar a cabo esa asamblea extraordinaria en la ONU. Sería lo más simple del mundo: decirle que sí a todo, y luego, cuando nosotros estuviésemos a salvo, destruir sus zepelines… y a él mismo, claro está.

—Lo que usted quiere decir —murmuró Breznev— es que tiene

previsto eso.

—A menos que realmente esté loco o sea un pobre imbécil. Y yo diría que no se da ninguna de esas circunstancias.

—¿Qué puede tener previsto? —Frunció el ceño Reagan—. Si nos deja marchar, la cosa será simple.

—Sí —sonrió de nuevo Nathan—. Pero me permito recordarle, señor, que todavía estamos aquí. Y si he de ser sincero creo que debemos acostumbrarnos a la idea de considerar este artefacto como nuestro hogar durante bastante tiempo. A menos, claro está, que alguien encuentre el modo de desbaratar muy inteligentemente los planes de nuestro anfitrión. ¿No está de acuerdo, Brigitte?

—Creo que sí.

—Pues yo no —dijo Reagan—. Si seguimos aquí no podremos estar presentes en la ONU para ese… diálogo directo personal y abierto que ese hombre exige. De modo que tendrá que dejarnos marchar.

—Seguramente, lo hará —dijo Breznev—, pero yo estoy de acuerdo con el presidente Nathan: lo tiene todo previsto.

—¿Se le ocurre a usted alguna solución, señorita Montfort? —preguntó Reagan, mirando a Brigitte.

—¿A mí? ¡Claro que no! Yo sólo soy una intermediaria, señor Presidente.

—Sí… Claro, es verdad.

Breznev miró interesado a uno y a otra. Nathan pasó detrás del sofá, quedando de frente a Brigitte y a espaldas de Breznev y Reagan, que no podían verlo. Pero Brigitte sí lo veía perfectamente, al menos de mitad del torso hacia arriba. Y no miró el rostro de Nathan, sino, de pronto, su boca, al darse cuenta de que Nathan movía los labios sin que se oyera su voz.

Los labios de Nathan quedaron inmóviles. Brigitte miró entonces sus ojos, y parpadeó lentamente. Luego, volvió a mirar los labios del Presidente de San Nataniel, que comenzaron a moverse de nuevo en silencio. La mirada de Brigitte permaneció fija en los labios de Nathan hasta que éste dejó de moverlos. Entonces volvió a mirarlo a los ojos, y otra vez parpadeó lentamente: mensaje recibido.

Se dio cuenta de que Breznev la miraba con creciente curiosidad, sonrió, y bebió otro sorbito de coñac. Luego, miró su relojito de pulsera.

—Me parece que esta va a ser una larga velada, a menos que encontremos una ocupación o distracción adecuada.

—¿Juega usted al ajedrez? —preguntó el señor Breznev.

—Cielos, no —gimió simpáticamente Brigitte—... ¡No contra un ruso, por favor!

—Le aseguro que soy un mediocre jugador. Pero nuestro anfitrión parece que incluso ha previsto nuestras relativas distracciones, y hay un par de tableros en la otra sala. Si realmente teme usted tanto mi supuesta superioridad, no tengo inconveniente en darle la reina de ventaja. Dé mi reina por muerta.

Brigitte Montfort se quedó mirando sonriente al ruso, que a su vez la contemplaba inescrutable. Todo un viejo zorro. Pero ella no era precisamente una niña ingenua.

—Oh, bueno, siendo así, acepto encantada, señor.

Casi estuvo a punto de soltar la carcajada cuando vio claramente expresada la decepción en las facciones del Premier soviético.

Hacia las once de la noche, los dos contendientes tuvieron que aceptar la realidad: la partida no tenía vencedor ni vencido.

—Considerando la hora que es —dijo amablemente Brigitte— creo que deberíamos retirarnos todos a descansar. Salvo alguna treta especial por su parte, señor, yo diría que hemos hecho tablas.

—Sí, eso parece.

—Lo cual, teniendo en cuenta que yo le llevaba de ventaja la reina desde el principio, significa que ha ganado usted.

—Las batallas, señorita Montfort, no se ganan por la abundancia de tropas, ni se pierden por la escasez de ellas. Siempre es la inteligencia la que dice la última palabra.

—Vistas así las cosas —rió Brigitte— se diría que nuestras inteligencias están a un nivel aproximado. ¿Se trata de eso?

Leonides Breznev sonrió, y eso fue todo. Se puso en pie cuando lo hizo Brigitte, que se despidió de todos y abandonó la sala.

—Una partida interesante, señor —comentó Nathan.

—Más de lo que usted supone.

—No comprendo.

—En tres ocasiones me he equivocado deliberadamente al mover una pieza, a fin de que la señorita Montfort ganase la partida. Y ella no ha aprovechado ninguna de esas ocasiones.

—Ah. Bueno, supongo que no se dio cuenta de sus errores,

señor.

—Imposible. Simplemente, como no me conoce jugando al ajedrez, y ella, realmente, no es excepcional en esto, prefirió no ganar a correr el riesgo de caer en una trampa. La señorita Montfort es sin duda una joven muy interesante. Hasta mañana.

* * *

A las once de la mañana siguiente el Zetacero fue avistado por el viejo Guadalupe, que detuvo los motores de su lancha y se quedó mirando el artefacto que se iba agrandando ante sus ojos.

En la barquilla del zepelín, frente al visor lateral, Brigitte pudo divisar la lancha, y frunció el ceño. Junto a sus pies tenía la maleta, el maletín, y otro maletín que contenía el material que Biggest le había entregado hacía poco, antes de meterse en la cabina de mandos de la barquilla, cuya puerta se había abierto y cerrado automáticamente en total silencio.

Nada, ni una sola voz, ni el menor sonido y signo de la presencia de los hombres de Biggest. Por la mañana temprano Biggest ya estaba en la cocina preparando los desayunos cuando Brigitte fue allí, pero no el cocinero. En un ambiente simpático y de buen humor, Brigitte y Biggest habían preparado el desayuno para todos. Luego, cuando estaban desayunando los cinco en el comedor, sonó por un altavoz una voz susurrante requiriendo la presencia de Biggest en la cabina de mandos, y el gigantesco tejano se disculpó y abandonó el comedor. Lo mismo sucedió cuando, poco más tarde, Biggest apareció en la sala a la que se habían trasladado los tres presidentes y Brigitte para decirle a ésta que debía prepararse para desembarcar. Sólo que en esta ocasión, la ausencia de Biggest quedó mejor explicada, ya que la susurrante voz explicó que había un mensaje radiado para él. Susurrante voz que no parecía la misma de la otra vez…

En aquel momento, Biggest salió de la cabina de mandos, a cuyo interior intentó Brigitte echar un vistazo, sin conseguirlo. El zepelín estaba perdiendo velocidad visiblemente.

—La velocidad será la mínima, si es que se puede llamar velocidad a esta marcha —dijo amablemente Biggest—. Aunque no será tan fácil bajar como subir, espero que no tenga usted excesivas

dificultades.

—Me las arreglaré —sonrió Brigitte.

—Estoy seguro de que sí. Quisiera estar igualmente seguro de que no guarda usted mal recuerdo de su estancia aquí.

—Ninguno en absoluto, quede tranquilo.

Se oyó un chasquido, y la puerta se abrió ante Brigitte; la escalerilla apareció automáticamente. Biggest tendió su manaza.

—Espero que volveremos a vernos, Brigitte.

—Yo también lo espero. Adiós, Biggest.

—Hasta la vista, ¿no?

—Es cierto: hasta la vista.

Biggest la ayudó a tirar sus cosas a la lancha, y acto seguido Brigitte saltó con facilidad a ésta, mientras el Zetacero pasaba a una velocidad que casi era simple suspensión. La escalerilla fue recogida rápidamente, la puerta se cerró. Brigitte miró a Guadalupe, que la contemplaba expectante.

—Bueno, ¿qué tal? —sonrió la espía—. ¿Cómo van las cosas por el mundo, amigo Guadalupe?

—La están esperando en un yate, hacia el sur.

Capítulo V

El yate era grande, hermoso, flamante, propiedad de un millonario suramericano que había aceptado cederlo para la ocasión. A bordo había no menos de veinte hombres, entre agentes de la MVD, la CIA, y representantes diplomáticos de San Nataniel, Rusia y los Estados Unidos.

Solamente los representantes diplomáticos fueron presentados a Brigitte por Héctor Nogales, y acto seguido, éste, Brigitte y los diplomáticos se metieron en el interior del yate. Durante quince minutos, Brigitte estuvo explicando la situación y todo lo sucedido, aseguró que los secuestrados estaban perfectamente, y procedió a la distribución del material facilitado por Biggest.

—De acuerdo —dijo el jefe del grupo norteamericano—… ¿Qué se supone que debemos hacer ahora?

—Proyectar esa película en todos los canales de televisión del mundo, evidentemente —replicó Brigitte.

—Sí, sí, pero… ¿qué más?

—Nada más, por ahora. Es de suponer que cuando lo considere oportuno Biggest pedirá un nuevo contacto.

—Pero… ¿qué pretende?

—La Paz en el mundo, según parece.

—Todo esto es absurdo —dijo el jefe del grupo ruso—. Y no estoy seguro, ni mucho menos, de que en Moscú acepten televisar esa película, ni radiar esa Declaración de Ocho Puntos.

—Lo mismo pienso respecto a Washington —dijo el yanqui.

—¿Por qué no? —Los miró amablemente Brigitte—. Todo el mundo sabe ahora que los señores Breznev y Reagan se habían reunido en San Nataniel para sostener unas conversaciones de paz, ¿no es así? En tal caso, una Declaración como ésta no va a perjudicar en nada la base o la intención de esas conversaciones.

—La cosa no es tan fácil —insistió el ruso—… Quiero decir que

una cosa es lo que decidieran Breznev y el señor Reagan y otra cosa muy diferente es lo que ese hombre trata de imponer.

—Pero no hay nada que atente contra la Paz en esas exigencias de Biggest, ¿verdad?

—No se trata de eso —farfulló el ruso—: se trata de saber si esto es lo que querrían el señor Reagan y Breznev.

—Tal vez no quisieran esto exactamente, pero de lo que no cabe duda es de que esa Declaración de Ocho Puntos merece ser incluida en cualquier acuerdo que se origine en unas conversaciones de paz, ¿no le parece? Así que… ¿qué tiene de malo que sean divulgados esos Puntos?

—No sabemos si ellos lo desean. No sabemos si esto es lo que ellos convendrían en sus conversaciones.

—Le estamos dando vueltas al asunto sin necesidad —dijo un tanto acremente Brigitte—. Miren, yo he hecho lo que se me pidió, y lo demás ya no es cuenta mía, ¿verdad?

—Ni nuestra —recordó el ruso.

Brigitte movió la cabeza.

—Caballeros, ustedes ya tienen sus instrucciones, y yo he cumplido. Así que, si no hay inconveniente, regreso a casa…

—Claro que no —dijo el ruso.

—¿Qué?

—Bueno —casi tartamudeó el norteamericano—, lo cierto es que hemos… hecho un acuerdo, señorita Montfort.

—¿Qué clase de acuerdo? ¿Es respecto a mí?

—Sí. Bueno, verá usted, el… el propietario de este yate es un amigo nuestro. Es una persona muy amable y generosa. No ha tenido inconveniente en ceder el yate para que usted… disfrute de unas bonitas vacaciones haciendo un crucero que…

—¿Voy a tener que quedarme prisionera en este yate?

El ruso desvió la mirada. El norteamericano tragó saliva. Héctor Nogales carraspeó, y dijo:

—En realidad es un crucero de placer que…

—Pero no podré tocar puerto, ¿verdad? Ni llamar por teléfono a nadie, ni comunicarme en modo alguno con ninguna persona. Simplemente, estaré navegando por estos hermosos mares.

—No le faltará a usted de nada, y…

—¿Cuál es mi camarote? —cortó fríamente Brigitte.

—Tiene usted que comprenderlo —dijo el norteamericano—. No se trata de que pensemos que usted vaya a… meter la pata, como vulgarmente se dice. Francamente, se trata de… de evitarle a usted molestias. Si volviera a Nueva York, toda la prensa, la radio y la televisión querrían conseguir declaraciones de usted. Sería una situación complicada, comprometida… Creemos que lo mejor es que usted permanezca unos días… fuera de circulación.

—Es decir, que yo también estaré prisionera.

—No, no. Ya le digo…

—Lo que usted o ustedes digan es una cosa, y la realidad será otra. Por favor, indíquenme mi camarote.

Minutos más tarde, Brigitte ocupaba el camarote más lujoso del yate, acompañada por una preciosa muchacha de San Nataniel, llamada Maruja, que aseguró estar por completo a disposición suya. Naturalmente, Maruja no tenía culpa de nada cuanto estaba sucediendo, de modo que Brigitte la trató con su natural amabilidad, pero rechazando su ayuda para poner sus cosas en el armario.

Cerca de la una, aparecieron dos grandes lanchas acercándose al yate, y poco después, los diplomáticos de los tres países abandonaban aquél. Desde la portilla del camarote Brigitte los vio alejarse. Sabía pues que en el yate, además de Maruja, un cocinero y un camarero, habían quedado los agentes de la CIA y de la MVD, y, por supuesto, un par de agentes del Servicio Secreto de San Nataniel.

No se podía dudar que estaba bien protegida.

A la una almorzó, y después durmió una breve siesta, tras la cual subió a cubierta dispuesta a tomar el sol. A falta de bikini, que esta vez no había incluido en su equipaje, Brigitte apareció en braguitas y sujetador. Al verla aparecer de esta guisa los espías que había en cubierta se quedaron estupefactos.

—Buenas tardes —saludó siempre amable la señorita Montfort—… Supongo que no hay inconveniente en que tome el sol.

Uno de los hombres de la CIA se le acercó, sonriente.

—Señorita Montfort, por favor, entiéndalo usted: nosotros no tenemos culpa de nada, estamos obedeciendo órdenes. Y por otra parte, quien manda aquí es usted. Todos estamos a su servicio.

—¡Qué estupendo! Oiga —bajó el tono de voz—, ¿por

casualidad no se llamará usted Simón?

Los ojos del agente de la CIA se desorbitaron.

—Dios mío —jadeó.

—Compórtese con naturalidad —siguió hablando Brigitte en voz baja—. Y cinco minutos después de que yo me retire arrégleselas para venir a mi camarote con cualquier pretexto. Aunque lo mejor sería que nadie le viese hacerlo.

Se tumbó al sol. El agente de la CIA, que hasta entonces jamás había conocido a Baby ni trabajado con ella aunque sólo fuese en misión de cobertura, reaccionó, y regresó a su sitio.

El yate navegaba airosamente. El cielo aparecía límpido, refulgente. El mar parecía talmente pintado de azul.

Hacia las cinco de la tarde, ahíta de sol, la señorita Montfort regresó a su camarote, y se dio una rápida ducha fría. Estaba envolviéndose con una gran toalla blanca cuando sonó la llamada cauta a la puerta del camarote. Terminó de envolverse con la toalla, abrió, y cerró rápidamente en cuanto el agente de la CIA hubo entrado.

—¿Le han visto entrar aquí? —susurró.

—No. Como usted dijo… Escuche, esto no será una broma, ¿verdad?

—Soy quien usted ha comprendido enseguida, Simón. Y tengo que escapar de este yate cuanto antes. Por supuesto, sé que les voy a poner en un compromiso, así que si no quiere ayudarme, dígalo, y ya me las arreglaría sola.

—Ahora sí que estoy seguro de que usted es usted —sonrió Simón—. Haré todo cuanto me pida, naturalmente. Pero no olvide que tenemos a bordo a cuatro rusos. Si ellos sospechan…

—No olvido nada. Y si usted hace las cosas bien todo saldrá a la perfección. Veamos: ¿podría usted manipular en la radio del yate sin despertar las sospechas de los rusos y de los otros dos?

—Desde luego. Cada tres horas debemos llamar por la radio, precisamente para informar de que todo va bien.

—Estupendo. No diga nada a los demás Simones, esto tiene que quedar entre nosotros dos. Y ahora, escuche atentamente: cuando llegue la hora de llamar por la radio hágalo usted, y…

* * *

Hacía pocos minutos que había anochecido cuando uno de los agentes de la MVD que estaba tomando el fresco en cubierta, fumando apaciblemente, ladeó la cabeza, y murmuró algo. Otro de los rusos se puso a escuchar con atención. Uno de los norteamericanos, dijo:

—Me parece que oigo un helicóptero.

—Eso estábamos diciendo —asintió uno de los rusos.

—Tal vez vienen a ver si todo está bien por aquí —dijo Simón.

Unos segundos más tarde, otro hombre de la CIA dijo:

—No es un helicóptero: son varios helicópteros.

—Pues no se ve ninguna luz —dijo uno de los rusos.

En efecto, no se veía luz alguna procedente de los helicópteros, es decir, que estaban volando antirreglamentariamente. Y estaban ya muy cerca. Tan cerca que, de pronto, las luces del yate se reflejaron apagadamente en el fuselaje de uno de ellos. El rumor de los helicópteros parecía envolver ahora el yate.

La señorita Montfort apareció en cubierta.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Nos visitan?

—Será mejor que vuelva adentro, señorita —dijo uno de los rusos—… No me gusta nada esto. Vuelva adentro, se lo ruego.

Brigitte dio la vuelta, y regresó al interior del yate. En aquel momento los tres helicópteros aparecieron plenamente a la vista del grupo de espías, acercándose rápidamente a muy baja altura y en perfecta formación de ángulo, uno en cabeza, dos detrás y a los lados.

—¡Esto no es normal! —exclamó uno de los rusos, sacando una pistola—. ¡Esos aparatos…!

De los helicópteros brotaron pequeños puntos de luz roja, como diminutas llamaradas. El ruso oyó algo impactando en la cubierta, cerca de ellos, y extendió el brazo armado… Eso fue todo lo que pudo hacer; un instante más tarde caía como fulminado, rodando por la cubierta.

Los demás le siguieron inmediatamente. En tres segundos no quedaba en pie un solo hombre en la cubierta.

En la cabina de mandos, el capitán del yate, cedido con éste para el crucero de placer de la señorita Montfort, se dio cuenta de lo que sucedía cuando dejó de mirar boquiabierto los helicópteros. Al ver a los hombres tendidos en cubierta lanzó una exclamación,

puso el piloto automático, y salió de la cabina, saltando de ella ágilmente.

La brisa del mar y la marcha del propio yate habían esparcido ya el gas narcótico, por lo que el capitán no sufrió sus efectos…, de momento. En el momento en que se inclinaba sobre uno de los caídos, aparecían en cubierta los demás espías encargados de la custodia de la señorita Montfort, y corrieron hacia él.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —exclamó uno.

—No lo sé, no tengo ni idea. Estaba mirando los helicópteros… ¡Ahí vuelven!

Todo sucedió exactamente igual. Los helicópteros, en efecto, regresaban, y de nuevo brotaron las pequeñas llamaradas. Las granadas de gas narcótico reventaron en cubierta, y su fulminante efecto se cumplió en dos segundos. El piloto y los otros hombres rodaron dormidos por la cubierta.

Los helicópteros se alejaron, volvieron, y uno de ellos bajó todavía más, y mantuvo el vuelo por encima del yate. La portezuela se abrió, y tres hombres saltaron ágiles como gatos a la cubierta; armados de rifles lanzagranadas.

—Disparad adentro —dijo uno de ellos, corriendo hacia la cabina de mandos.

Los dos hombres dispararon más granadas en el interior del yate, mientras de otro helicóptero, que sustituyó al primero volando justo sobre el yate, saltaban tres hombres más, igualmente armados.

—Buscadla a ella —dijo uno de los recién llegados—. Cuidado, no sea que todavía quede despierto alguien.

Se dirigió a la cabina de mandos, donde el anterior asaltante se había hecho cargo de ellos, prescindiendo del piloto automático.

—Tenemos tierra a unas veinte millas al sudeste —dijo el recién llegado—. Navega hacia allí, Stanley.

—*Okay*, Al.

Éste entró en último lugar dentro del yate. Los cuatro compañeros que le habían precedido estaban en el salón, contemplando a la señorita Montfort, cómodamente instalada en el diván y dormida profundamente, con una leve sonrisa en los labios.

El llamado Al sonrió.

—Venga, venga, a ver si todos los demás están dormidos. Tú, Archie, ve a recoger el material: deben de estar a punto de

descolgarlo.

—¿Por qué tanta prisa? —sonrió también Archie—. ¡Tenemos dos horas de tiempo para montar todo el teatro! Me encanta verla dormida.

—Menos tonterías. ¡Hay muchas cosas por hacer aquí! Dile a Joey que dentro de diez minutos haga descender la cesta. Mientras tanto, que vuelen a nuestro alrededor.

Diez minutos más tarde, la señorita Montfort, dormida como un angelito, era colocada en la cesta especial que pendía de uno de los helicópteros, y recogida por éste, junto con su equipaje.

Poco después, el helicóptero desaparecía en la oscuridad de la noche.

* * *

Dos horas más tarde, el capitán del yate, Maruja, el cocinero, el camarero, y los diez espías despertaban de su sueño, reunidos todos en uno de los camarotes, tendidos en el suelo de éste. Todos los espías habían sido desarmados, y la puerta del camarote estaba cerrada. El yate navegaba normalmente, pero al poco se detenía. Se oyó la caída de las anclas de popa y proa.

Cuando uno de los norteamericanos se disponía a intentar abrir la puerta del camarote fuese como fuese, ésta se abrió, y aparecieron dos hombres, encapuchados, con aberturas solamente para los ojos en la oscura tela que cubría completamente sus cabezas. Ambos empuñaban pistolas de gruesos cañones.

—Retrocedan —dijo uno de ellos, en mal inglés—. No queremos matar a nadie, pero lo haremos si es necesario. Colóquense todos en el fondo del camarote.

La leve vacilación cedió completamente cuando otros dos hombres igualmente armados y encapuchados aparecieron detrás de los primeros.

—Y ahora, escuchen esto —dijo el que llevaba la voz cantante, en mal inglés—: son ustedes nuestros prisioneros, y van a hacer todo cuanto les digamos, o mataremos a la señorita Montfort. ¿Lo han entendido?

—¿Quiénes son ustedes y qué pretenden? —Gruñó Simón, perfecto en su papel.

—Somos un comando cuya procedencia no les interesa. Y lo que pretendemos es saber qué habló la señorita Montfort en el Zetacero y por qué ha quedado retenida en este yate.

—Ustedes son suramericanos —gruñó de nuevo Simón.

—No se las dé de listo, amigo —amenazó el otro—. Todo lo que tienen que hacer es comportarse dócilmente, y cuando la señorita Montfort nos haya dicho lo que queremos saber, nos iremos. Mientras tanto, quiero saber con qué consignas viaja este yate. ¿Deben rendir informes periódicos? ¿Cada cuánto tiempo? Porque si es así, cada cual hará su trabajo como si aquí no estuviese sucediendo nada… ¿Qué hay? —Se volvió de pronto hacia otro encapuchado que acababa de entrar en el camarote.

—La señorita Montfort acaba de despertar, Ricardo.

—Bien. Iré a ocuparme de ella enseguida. Nada de violencias con esa mujer, ¿de acuerdo? A menos, claro está —sus ojos oscuros se desplazaron hacia los prisioneros—, que nos veamos obligados a mostrarnos desagradables. ¿Alguien tiene alguna duda?

Un hosco silencio fue toda la respuesta que obtuvo el llamado Ricardo.

—Muy bien —asintió éste—. Y les diré otra cosa. Si ustedes, o sus amigos, intentan complicarnos esta operación, volveremos a dormirlos con gas, y nos llevaremos de aquí a la señorita Montfort. De modo que ya lo saben. Y ahora, hablemos de esas consignas…

* * *

La señorita Montfort terminó de hablar, dentro del helicóptero detenido en una solitaria playa, y detuvo la marcha del pequeño dictáfono a transistores, de altísima calidad.

—Es usted toda una artista —rió el piloto—… ¡Toda una comedianta!

—Espero que dé resultado —sonrió Brigitte—. Bien, ya pueden llevar la grabación al yate. Y úsenla con cuidado, no exageren. Si queremos pasarnos de listos se darán cuenta de que todo es una grabación para que oigan mi voz como de lejos, gritando y suplicando… No olviden que sus prisioneros son también espías, como nosotros.

—¿Cuánto tiempo tendremos que sostener la situación? —

preguntó el piloto.
—No lo sé, pero intentaré hacer las cosas rápidamente. De todos modos, quizá pasen días, así que si la situación se hiciera insostenible o peligrosa, pasen a la segunda fase: el secuestro de la señorita Montfort. Pero sería mejor que para todo el mundo yo hubiera permanecido en ese yate todo el tiempo.
—De acuerdo.
—¿Todo entendido? ¿Alguna duda especial?
—Claro que no.
—Entonces, hasta la vista, Simón —Brigitte besó el agente de la CIA en ambas mejillas—… ¡Y no se descuiden!
Agarró su maleta y el maletín, y saltó a tierra, desde donde estuvo contemplando alejarse el helicóptero que portaba la grabación con su propia voz para toda la comedia.
Cuando el helicóptero desapareció, Brigitte quedó a solas con el rumor del mar, que parecía bruñido a la luz de la luna. Agarró la maleta y el maletín de nuevo, y se dirigió tierra adentro, hasta encontrar la estrecha carretera. El silencio era increíble. Uno más de los incentivos turísticos de la isla y estado de San Nataniel.
Brigitte se sentó en un peñasco junto a la carretera, abrió el maletín, y sacó la peluca rubia, que se puso cuidadosamente tras recoger sus cabellos con el casquete de nylon. Luego, no menos cuidadosamente, se colocó las lentillas de color verde, y por fin los pequeños rellenos en las mejillas y los diminutos aros casi invisibles en las fosas nasales.
Ya no era, en apariencia al menos, la señorita Montfort. Y la metamorfosis terminó cuando se puso un vestido que sacó de la maleta, la cual ocultó luego entre los arbustos. Agarró el maletín, y echó a andar carretera adelante, en dirección a la capital, San Nataniel.
La camioneta en dirección a la capital apareció apenas diez minutos más tarde, y su conductor, un muchacho joven de grandes ojos y revueltos rizos, lanzó una exclamación al ver a la luz de los faros la silueta femenina parada a un lado de la carretera haciéndole señas.
Medio minuto más tarde, el muchacho proseguía su camino hacia San Nataniel, sonriendo ante las explicaciones de aquella turista británica. Simpática, eso sí, pero tan torpe que no sólo se

había quedado sin gasolina, sino que ni siquiera recordaba dónde había dejado su automóvil…

Capítulo VI

El sargento Armando Garrido detuvo su automóvil frente al edificio sito en la Avenida del Sur, apagó el motor, se apeó, y lo cerró. Entró en el edificio, y subió a pie, pues el edificio no tenía ascensor, a su apartamento, ubicado en el tercer piso. Entró, cerró la puerta, y se fue directo a la pequeña salita, cuya luz encendió. Se frotó alegremente las manos, fue al vetusto mueble-bar, y se sirvió un trago de ron.

Con el vaso en la mano, se dejó caer en uno de los sillones, bebió un trago, y miró con asco a su alrededor. Muy bien, aquello se había terminado. Aquella mierda de vida ya no…

Garrido miró de pronto hacia la puerta de la salita, y se quedó petrificado por el asombro. Había notado algo allí. Y, en efecto, había «algo»: una hermosa muchacha rubia, alta, esbelta, de cuerpo precioso, que sostenía en la mano izquierda un maletín forrado de raso negro, y en la derecha una pequeña pistola.

—Buenas noches, sargento Garrido —saludó la visión, en nítido español.

—Pero… ¿Quién es usted? —exclamó Armando.

—Llámeme Margarita, si le parece bien. Y le voy a ahorrar la siguiente pregunta: lo que hago aquí es esperarle para conversar con usted. ¿Lleva armas?

—No… Ya ve que voy de paisano…

—Sí, lo veo. Pero yo también voy de paisano, y llevo armas. ¿Las lleva? Piénselo bien.

—Ya le he dicho que no.

—Entonces, siga bebiendo tranquilamente mientras conversamos.

—¿De qué hemos de conversar?

Margarita fue a sentarse en otro sillón, sin perder de vista a Garrido, que estaba tenso. Ella le estuvo mirando largamente antes

de murmurar:

—Usted no parece tener ni siquiera treinta años, es apuesto, supongo que inteligente, y cabe suponer que debía de tener una carrera aceptablemente interesante en el Ejército de San Nataniel. Su futuro no era malo, éste es un país hermoso y tranquilo, la gente es amable… No le entiendo, sargento. ¿Por qué lo ha hecho?

—¿Por qué he hecho… qué?

—Traicionar a su país y a su presidente.

Armando Garrido palideció intensamente.

—¿Qué? —jadeó—. ¡Usted está loca!

—Yo no le conocía hasta ahora, sargento. Pero alguien me lo indicó como pista para esto. Le diré una cosa que usted ya sabe perfectamente: sólo unas pocas personas en San Nataniel sabían quiénes eran los invitados que tenía el presidente. En cuanto a los soldados que se iban relevando en las sucesivas guardias, no tenían ni idea. Pero digo los soldados. Algunos oficiales y suboficiales sí lo sabían. Entre ellos, usted. Y también, naturalmente, algunos paisanos Pongamos, un total de doce personas. ¿Correcto?

—Bueno, no sé… No lo sé. ¡Pero si lo sabían tantas personas…!

—De entre esas doce personas, me fue indicado el nombre de usted, y su dirección aquí, en Avenida del Sur.

—¿Quién le dijo mi nombre?

—Bueno —sonrió Margarita—, no se puede decir propiamente que me lo dijo, sino que me lo dibujó. ¿Lo entiende usted?

—No… No.

—Usted sabe, sin duda, que los sordos pueden entender lo que dicen los demás viendo el movimiento de sus labios, ¿verdad? Pues bien, yo, aunque no soy sorda, tengo esa habilidad de leer en los movimientos de los labios. Y en ciertos labios leí lo siguiente: «ve a ver al sargento Armando Garrido, Avenida del Sur, 114, que es mi candidato traidor; si no es él, pídele disculpas y que te ayude a localizarlo, pues está enterado de toda la operación»… ¿Lo entiende ahora, sargento?

—¿Quién… quién le dijo todo eso?

—Una persona en la que confío tanto en lo personal como en sus habilidades para trabajos de altísimo nivel. Una persona que, indudablemente, sabe que usted no es persona de fiar, y, evidentemente, ya lo tenía entre ojos. ¿Fue usted quien informó a

los del Zetacero de la reunión, de esas conversaciones para la paz?

—No… ¡No!

—Sin embargo, cuando entró aquí se frotó las manos con mucha alegría y satisfacción. ¿A qué era debido eso? Yo diría que no es momento para estar alegre y satisfecho, ¿verdad? En cualquier momento puede sobrevenir un caos mundial, que alcanzaría de lleno a San Nataniel. Se me ocurre que la flota rusa que está acercándose a San Nataniel podría… expresar su disgusto hacia este pequeño país por no haber sabido salvaguardar al señor Breznev. ¿Se lo imagina? Sin embargo, usted está contento y satisfecho. ¿Por qué?

—Bueno, yo no… No. Es que…

—En cuanto a este lugar, tampoco es precisamente agradable. Al menos, comparado con lo que podría tener usted con mucho dinero. ¿Se trata de eso? ¿Le dieron dinero?

Armando Garrido tragó saliva y se pasó la lengua por los labios.

—Usted… se está equivocando. ¡Yo no he tenido nada que ver con eso!

—Ya. Bueno, dígame quién le parece a usted que pudo haber vendido esa información sobre las conversaciones de paz. ¿Quién pudo informar a Zetacero, según usted?

—No lo sé… ¡No puedo pensar, me está poniendo nervioso apuntándome con esa pistola!

Margarita ladeó la cabeza, sonrió, y de pronto guardó la pistola en el escote.

—Espero que esto le tranquilice. Ahora, dígame un nombre. Sólo le pido eso.

—Se me ocurre… ¡No puedo asegurarlo!

—Dígame ese nombre.

—El coronel Maluenda.

—¿Sabe dónde vive?

—Claro. Tiene un chalé fuera de la ciudad, en Residencia Los Copos. Bueno, no es fácil de explicar…

—¿Cree que él estará allí ahora?

—Sin duda.

—Y usted tiene coche, ¿verdad?

—SÍ. Acabo de dejarlo abajo… ¡Oiga! ¡Yo no quiero saber nada de esto!

—¿Le gustaría ascender a capitán sin más trámites? Puedo garantizarle eso si me ayuda.

—¡No la creo!

—Le aseguro que es cierto. Y por otra parte, ¿por qué no colaborar en el descubrimiento del traidor? Aunque sólo fuese por eso usted ya tendría que estar ofreciéndome su ayuda.

—Tiene razón —titubeó Armando—… Sí, tiene razón. Bueno, es un poco tarde, el coronel Maluenda ya estará durmiendo…

—Pues lo despertaremos. Vamos, no sea infantil.

—Está bien… De acuerdo, la llevaré allá.

—Estupendo. Y muy razonable. No perdamos tiempo.

Armando Garrido se terminó el ron, se puso en pie, y fue hacia la puerta. Margarita le siguió. Un minuto más tarde ambos entraban en el coche de Armando, que lo puso en marcha y partió.

—¿Está muy lejos de la capital? —preguntó Margarita.

—Unos seis kilómetros. Pero hay buena carretera. Los Copos es una zona de lujo.

Margarita asintió. En menos de tres minutos salían de la ciudad, bastante animada pese a la hora. Armando conducía muy atento, mirando de cuando en cuando de reojo a su pasajera, que miraba como abstraída hacia el frente. Comenzaron a circular por una carretera amplia, despejada. Pero a los tres minutos Garrido sacó el coche de ésta, enfilando otra menos concurrida y flanqueada por altísimos árboles, por encima de los cuales parecía flotar la luna. El mar iba quedando atrás, estaban circulando hacia el interior de la isla, más montañoso. Dejaron de ver luces dispersas, pero medio minuto más tarde apareció a lo lejos el resplandor de un núcleo bien iluminado. Garrido señaló hacia allí.

—Los Copos —dijo escuetamente.

—Muy bien.

—Tengo que decirle algo: el coronel tiene siempre un par de soldados en su quinta. Supongo que me conocerán, desde luego, pero quizá sería mejor que nos viesen llegar a pie, y no en coche. Podrían ponerse nerviosos, dadas las circunstancias.

—Lo comprendo. Pare cuando quiera, y seguiremos a pie.

Garrido detuvo el coche casi enseguida. Apagó el motor…, y de pronto se volvió hacia Margarita, velozmente, y mientras con la mano derecha la agarraba de lado por el cuello, con la izquierda le

quitó la pistolita del escote. Margarita lanzó una exclamación, y acto seguido se quedó mirando con ojos desorbitados la pistola que le apuntaba al centro del rostro, apenas a diez centímetros.

—Quieta, gatita —jadeó Garrido—… ¡Mueve sólo una pestaña y te mato!

Margarita tragó saliva como pudo, y eso fue todo. Garrido retiró la mano de su cuello, se pasó la pistola a la derecha, y con la izquierda buscó hacia atrás la manilla interior de la portezuela, que abrió.

—Sígueme despacito por este asiento —ordenó—… ¡Y ten mucho cuidado con lo que haces!

Salió del coche, y Margarita le siguió. Ya fuera ambos, Margarita aspiró profundamente, y dijo:

—De modo que me ha engañado… ¡Es usted el traidor!

—¿Quién te habló de mí?

—Teófilo, del servicio secreto.

—No le conozco.

—Pues él a usted, sí. Teófilo le conoce bien, desde luego.

—Teófilo… ¿qué más?

—Vallejo. Él… ¡Oh, Dios mío!

—Ya no tiene remedio —rió Garrido—: lo has dicho. Ahora, sólo tengo que ir en busca de ese Vallejo y eliminarlo. Lo encontraré, tengo acceso al fichero del servicio secreto.

—¿Me va a matar?

—¿Se te ocurre alguna otra solución, gatita?

—Podríamos hacer un trato. Usted me dice qué es exactamente lo que hizo, a quién le vendió la información, y yo le pagaría por ello doscientos cincuenta mil dólares.

Armando Garrido lanzó una fuerte exclamación incontenible.

—¡¿Cuánto has dicho?!

—Ya lo ha oído. ¿Cuánto le pagaron los otros?

—Cien mil… ¡Maldita sea!

—Con doscientos cincuenta mil puede hacer muchas más cosas, ¿no le parece? Dígame sólo el nombre de una persona, sargento, y tendrá ese dinero.

—¿Dónde lo tienes?

—Muy cerca de aquí. Podríamos recogerlo en veinte minutos.

—Me estás mintiendo.

—No. Estimo demasiado mi vida. Y puedo aumentar la oferta. Le daré quinientos mil dólares si me dice el nombre y dónde está ese hombre.

—¿Sabes conducir?

—Claro.

—Muy bien, ponte al volante: iremos a por ese dinero.

—No haré tal cosa hasta que me diga quién es ese hombre y dónde está.

—De acuerdo. Se llama Myron Culverson, y sólo sé de él que vive en alguna parte de Texas.

—¿Cómo se puso en contacto con usted?

—Vino aquí, sencillamente. Todo lo que me dijo era que tenía una información de la que quería asegurarse, y me preguntó si era cierto que estaban en San Nataniel Breznev y Reagan. Me ofreció cien mil dólares, los puso ante mis ojos. Así que se lo dije todo. Eso es lo único que hice.

—Suficiente para ser considerado un traidor.

—Muy bien, soy un traidor. Ahora, puesto que yo ya he cumplido mi parte, vamos a por ese dinero tuyo.

—¿Para matarme en cuanto lo tenga?

—No, mujer… ¡Claro que no! ¡Un trato es un trato!

—Los hombres como usted me dan náuseas, Garrido. Y sé perfectamente que en cuanto tuviera el dinero me mataría. Por eso no ha tenido inconveniente en decirme quién es la persona que busco… Pero no es usted el único listo aquí. ¿Por qué cree que me he «distraído» tanto que usted ha podido quitarme la pistola? Todo lo que quería era darle esa oportunidad, y si usted la aprovechaba quedaría definitivamente convencida de que era el traidor, para que no me quedasen remordimientos por las dudas después de matarlo. Pero no debí dudar de la información de Nathan: no habría sido propio de él hacer una acusación como ésta sin tener una sólida base.

—¿Nathan? ¿Se refiere a nuestro presidente?

—Sí. Él me lo indicó a usted.

—Maldita seas… ¡Vamos a por el dinero!

—No existe tal dinero, ¿no puede comprenderlo? Todo ha sido una sencilla treta en la que usted no ha reparado. Está ciego de codicia. Es un miserable.

—De modo que me has engañado —masculló Garrido—… ¡Pues a ver cómo arreglas esto, gatita!

Armando Garrido colocó la boca de la pistolita sobre el seno izquierdo de Margarita, y apretó el gatillo. Se oyó un leve impacto metálico, clic, y eso fue todo. Garrido se tensó, y volvió a apretar el gatillo. Clic. Demudado el rostro, el traidor alzó la mirada hacia los ojos de Margarita.

Entonces vio llegar la mano derecha de ella, por un lado, velozmente.

No tuvo tiempo de nada.

Sintió el impacto en la sien izquierda, tuvo la brevísima sensación de que dentro estallaba un fortísimo trueno, y enseguida toda sensación cesó en su cuerpo.

Cuando cayó de lado, girando por el fuerte golpe, ya estaba muerto.

Margarita recogió la pistola, y volvió a meterla entre sus senos. Luego, arrastró a Garrido hasta dejarlo oculto entre unos arbustos, y volvió al coche, ante cuyo volante se sentó. Tomó el maletín, que había dejado en el asiento contiguo, y de él sacó el cargador de la pistolita, que encajó en la culata. Ciertamente, no sentía el menor remordimiento.

Recurrió a la radio de bolsillo, cuya onda no era la del Caribe, por supuesto, sino la convenida especialmente con los Simones que esperaban instrucciones en la isla.

—¿Simón?

—Sí, adelante. Estamos muy cerca, les hemos seguido.

—Necesito salir ahora hacia Texas, y llegar allá antes del amanecer. ¿Puede arreglarlo?

—Lo que no puedo es decirle que no. Lo arreglaremos. Esté en el aeropuerto dentro de una hora.

—De acuerdo. Nos veremos allí, y le daré otras instrucciones. Pero cuidado, Simón, mucho cuidado en todo momento: recuerden que incluso para la Central yo estoy confinada en un yate.

—Si le fallo en algo me hago el harakiri.

—Esperemos que no sea necesario —sonrió Margarita—. Dentro de una hora, en el aeropuerto de San Nataniel.

* * *

El viaje no fue fácil, y, mucho menos, tan rápido como había deseado Baby. Tras diversas peripecias y combinaciones prolijas de explicar la espía internacional cumplió su penúltima etapa saltando en paracaídas desde una avioneta, y cayendo al mar, cerca del yate que la estaba esperando a unas cien millas de la costa tejana, a la altura de Galveston.

Para entonces, eran las once de la mañana. Baby fue recogida del mar, y el yate puso rumbo a Galveston, donde la estaban esperando con un helicóptero, para transportarla finalmente a Dallas.

¿Por qué a Dallas?

Esto no lo supo Baby hasta que, tras ser recogida directamente del yate por el helicóptero, antes de que aquél llegase a Galveston, Simón-Texas comenzó a pasarle la información recogida mientras la divina espía viajaba incansablemente.

En los asientos delanteros del helicóptero iban dos Simones, uno de ellos a los mandos. En los asientos de atrás, Baby y Simón-Texas, el cual fue explicando la operación: desde Washington le había llamado por teléfono *Mr.* Cavanagh, el jefe del Grupo de Acción, dándole instrucciones, actuando Cavanagh como secreto intermediario en la acción de Baby.

El nombre de Myron Culverson constaba en los ficheros del FBI, no en los de la CIA. Y no por nada punible, sino por pura y simple rutina, como constaban tantos y tantos nombres de ciudadanos norteamericanos que ni siquiera lo sabían.

¿Quién era Myron Culverson? Pues, un importantísimo directivo de la H. H. Oil, propiedad de un tal Harold Hereford. Myron Culverson vivía, claro está, en Dallas, y no se sabía de él que jamás se hubiera visto envuelto en ninguna clase de complicaciones. La H. H. Oil estaba a unos cuarenta kilómetros el sur de Dallas, cerca de la pequeña localidad de Palmer, pero las oficinas principales estaban en la ciudad, donde Myron Culverson tenía un lujoso apartamento en un modernísimo edificio sito en Singleton Boulevard, cerca del cruce con Wesmoreland Road.

Incluso, de algunas revistas atrasadas dedicadas a las finanzas del petróleo, Simón-Texas había recortado un par de fotografías de Myron Culverson. El desencanto de Baby fue grande. Myron Culverson parecía tener unos cuarenta años, era muy atractivo,

frente despejada, expresión muy inteligente, ojos grandes de mirada directa Un magnífico ejemplar masculino, pero… no era Biggest.

—Habría sido demasiado fácil —murmuró Brigitte—. Y de todos modos, aunque lleguemos a saber quién es Biggest, él sigue teniendo en su poder a los tres presidentes. ¿Qué se sabe de los cuatro zepelines?

—Al parecer, dos de ellos están cruzando el Atlántico hacia Europa, y los otros dos viajan sobrevolando Estados Unidos hacia el nordeste.

—¿Hacia Washington?

—Podría ser, naturalmente.

—¿Y el Zetacero?

—Ha sido avistado con regularidad por el Caribe. Todo está en calma. Pero la flota rusa va a llegar de un momento a otro al Caribe. Y por supuesto, también nosotros hemos enviado allá una flota…, naturalmente.

—Sí, naturalmente —susurró Brigitte—… ¿Cuánto calcula que tardaremos en llegar a Dallas?

—Un par de horas.

—Despiérteme entonces.

Se acomodó mejor en el asiento, cerró los ojos, y se durmió a los pocos segundos. Pocos, pero suficientes para pensar qué podía ocurrir si ella no conseguía nada de Myron Culverson.

Capítulo VII

Las oficinas de la H. H. Oil se hallaban situadas en el vigésimo primer piso de uno de los rascacielos del centro de Dallas, en Commerce Street. Uno de los ascensores conducía directa y exclusivamente a este piso, en el que no había más oficinas ni instalaciones que las pertenecientes a la H. H. Oil.

El ascensor era manejado por un empleado con uniforme de corte y tono muy discreto, un sujeto alto y apuesto que parecía impermeable a cualquier emoción. Su trabajo consistía en subir y bajar personal, y eso era todo. Por lo demás, parecía vivir en otro planeta.

Sin embargo, descendió a la Tierra cuando, entre las varias personas que entraron en el ascensor aquella vez, cerca de las tres de la tarde, para subir a la H. H. Oil, vio a la muchacha rubia de ojos verdes. El pasmo lo paralizó el tiempo suficiente para que una mujer lo mirara interrogante.

—¿Esperas a alguien más, Perry?

—No… No, no.

Cerró las puertas y pulsó el botón de subida, mirando de reojo a la muchacha rubia.

Sensacional. Fantástica.

Por supuesto, no era el único en pensar así.

Había en el ascensor tres hombres, que también miraban discretamente a la rubia.

Ésta fue la última en salir del ascensor cuando se detuvo.

Y nada más poner los pies en el enorme vestíbulo ocupado solamente por una mesita frente al ascensor, la rubia quedó como clavada al suelo. Sentada ante la mesita había una secretaria-telefonista que atendía la centralita. Detrás de ella, en la pared, una gran fotografía de un hombre, un primer plano de un rostro grandote, en el que destacaban los grandes mostachos de viejo

pistolero clásico del Far West; grandes ojos claros, diáfanos; enorme nariz salpicada de pecas, al igual que los pómulos. Un gran sombrero Stetson blanco dejaba escapar por los lados largos mechones de rubio cabello. En definitiva: Biggest.

La telefonista estaba atendiendo a dos personas, mientras las demás, sin duda empleadas de la firma, se distribuían por los distintos departamentos. Finalmente, el vestíbulo quedó desalojado, y la muchacha de la mesita miró amablemente a la rubia.

—¿Puedo servirla en algo? —se ofreció.

Baby parpadeó, centró su mirada en la muchacha, y se acercó, sonriente, señalando hacia la enorme fotografía.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Que quién es? —Se pasmó la muchacha—. ¡El señor Hereford, naturalmente! El propietario de la H. H. Oil y Presidente del Consejo de Administración…, de todo. El Gran Jefe, ¿comprende? —terminó por sonreír.

—Ah, sí, claro… Bueno, precisamente venía a hablar con el señor Hereford, pero no sabía… ¿Puede anunciarme al señor Hereford?

—El señor Hereford no está.

—¿Está fuera de la ciudad?

—Lo ignoro. Sólo sé que no está. Y si estuviera, antes de llegar hasta él debería usted pasar por una criba que la haría desistir de su empeño.

—Sí, comprendo. En ese caso, quisiera ver al señor Culverson. Myron Culverson.

—Sé quién es el señor Culverson. —La muchacha parecía empezar a encontrar divertida la situación—. ¿Tiene usted cita con él?

—Me temo que no.

—Pues yo me temo que no podrá verlo, lo siento. Pero si quiere dejarme su nombre y teléfono, así como el objeto de su visita, la pondré en la lista. Tal vez dentro de un mes la llamemos para concertar la cita con el señor Culverson.

—Tengo la impresión —sonrió la rubia— de que aquí todos son muy importantes.

—Menos yo —dijo la muchacha—. Entiéndalo, me pagan para que haga esto. ¿Quiere rellenar el formulario de espera?

—No. Solamente dígale al señor Culverson que vengo a verle de parte de Armando Garrido.

—Todo lo que puedo hacer es informar de eso a su secretaria. Y le aconsejo que se arme usted de paciencia.

—Tengo mucha paciencia —aseguró la rubia.

La muchacha llamó por el intercomunicador para personal, y pasó el recado. Una voz femenina decididamente altanera contestó que el señor Culverson estaba muy ocupado, y que no se le podían pasar en aquel momento ninguna clase de recados, pero que tomaba nota del actual. La muchacha miró a la rubia como diciendo «¿no se lo dije?», y cerró el intercomunicador.

—Quizá mañana tenga usted más suerte —dijo.

—Quizá. Supongo que tienen ustedes servicios para el público.

—Naturalmente. La primera puerta a la izquierda de ese pasillo.

—Gracias.

La rubia enfiló el amplio pasillo, entró en los servicios, esperó allá un par de minutos, y luego se asomó cautelosamente. Volvió adentro. Otros dos minutos más tarde, se asomó de nuevo. Ahora sí, otro grupo de personas acababan de llegar en el ascensor, y la muchacha recepcionista estaba ocupada atendiéndolas. Salió de los servicios y se fue hacia el fondo del pasillo. Oyó teclear de máquinas tras una de las puertas, la empujó, y entró en la oficina. Un hombre sentado a una amplia mesa la miró, y sonrió.

—Estoy buscando a la secretaria del señor Culverson —dijo la rubia—. Ella me está esperando, pero me he perdido.

El hombre se puso en pie, salió de la oficina, y señaló hacia el fondo del pasillo. Doblaron a la derecha, y al poco se detenían ante otra puerta.

—Si vuelve a perderse, avíseme —sonrió de nuevo el hombre.

—Lo haré. Es usted muy amable, señor. Gracias.

El hombre se alejó. La rubia empujó la puerta, entró, y enseguida se convirtió en el centro de tres miradas, de otras tantas mujeres. Dos de ellas eran jóvenes y bonitas. La tercera no era tan joven ni tan bonita, pero indudablemente tenía clase. Se hallaba sentada ante una gran mesa llena de documentos, teléfonos, el intercomunicador, un ordenador de pantalla…

—¿Busca usted a alguien? —preguntó.

—Creo que a usted. ¿Le ha pasado ya mi recado al señor

Culverson? Soy la amiga del señor Armando Garrido.

—Haga el favor de salir de aquí.

Lo que hizo la rubia fue cerrar la puerta y acercarse a la altiva secretaria, que frunció el ceño. Las otras dos miraban estupefactas a la rubia.

—Si usted no me anuncia al señor Culverson, yo voy a entrar de todas maneras —dijo amablemente, señalando la gruesa puerta situada a la derecha—. A fin de cuentas no le estoy pidiendo que vuele, sólo que me anuncie.

Una de las chicas soltó una risita. La secretaria de Culverson se puso en pie, rodeó la mesa, y agarró a la rubia por un brazo.

—Le enseñaré el camino fuera de…

Se calló de pronto, y palideció. La rubia, simplemente, había tomado con dos dedos su mano, justo por la articulación de la muñeca, efectuando una presión que no requería esfuerzo alguno, que no evidenciaba violencia de ninguna clase. Sin embargo, la secretaria sintió como una dolorosísima descarga eléctrica que, desde su mano, recorrió todo el cuerpo y terminó en los talones. Quiso retirar la mano, pero la rubia apretó un poquito más, y se sintió como paralizada.

—¿Será tan amable de cambiar de opinión? —Sugirió la rubia—. Dicen que es de sabios. Mi amigo se llama, y ésta es la tercera vez que lo digo, Armando Garrido. Dígaselo así al señor Culverson, ¿quiere?

—Sí… Sí, se lo diré ahora mismo…

—Muchísimas gracias.

La rubia soltó a la secretaria, que se tambaleó un instante. Volvió a su sitio, recurrió al intercomunicador, y anunció la visita. La voz de hombre que había contestado a la llamada dejó de oírse durante unos segundos, los suficientes para que la secretaria se extrañase. Y cuando iba a insistir, se oyó de nuevo la voz:

—Que pase esa señorita, Ethel.

—Sí, señor Culverson.

La secretaria cerró el intercomunicador, y fue a ponerse en pie, pero se quedó a medias, mirando a la rubia, que se dirigía ya hacia la puerta del despacho privado de Myron Culverson. La abrió, entró, y cerró a sus espaldas.

Frente a ella, al fondo del lujoso despacho y de espaldas al

ventanal, el apuesto Myron Culverson se puso lentamente en pie.

—¿Quién es usted? —murmuró.

—Me llamo Margarita, y, como ya he dicho varias veces, soy amiga de Armando… El sargento Garrido, señor Culverson, usted ya sabe.

—No… No sé.

—Sin embargo, se ha apresurado a recibirme, lo que en un personaje de su importancia resulta sorprendente, ¿no cree? Mire, señor Culverson, yo no tengo prisa, pero tampoco me gusta perder el tiempo. ¿A usted sí?

Culverson señaló uno de los sillones colocados ante su mesa, esperó a que se sentara su visitante, y lo hizo él.

—¿Qué es lo que quiere usted? —murmuró.

—Novecientos mil dólares.

Culverson pegó un brinco en el sillón.

—¿Qué? —exclamó.

—Novecientos mil dólares, es decir, lo que falta para completar un millón. Armando estuvo dándole vueltas al asunto, y finalmente decidió que cien mil dólares era muy poco por sus servicios. Y si va a decirme que no sabe de qué le estoy hablando, anticiparé mi respuesta: no diga estupideces.

Myron Culverson puso las manos sobre la mesa, y se pasó la lengua por los labios.

—¿Dónde está el sargento Garrido?

—En lugar seguro, esperando los novecientos mil dólares. Me parece innecesario decirle que si a mí me ocurre algo Armando irá a ver a algunas personas que sentirán mucho interés por lo que tiene que decir. ¿Me comprende, señor Culverson?

Myron Culverson comprendía, pero no dijo nada. Por sus ojos pasó una expresión que la rubia descifró sin problema alguno. Sonrió divertida.

—Eso debió pensarlo antes —dijo.

—¿El qué?

—Eliminar a Armando después de que le prestó el servicio. ¿Cómo no se le ocurrió que él podía extorsionarle más adelante? Era incluso lógico, no sólo previsible. Pero ahora, aunque enviase una docena de hombres, no encontrarían a Armando…, y él me está esperando con el dinero.

—¿Usted sabe dónde está?

—Por supuesto.

—¿Dónde?

La rubia ladeó la cabeza y sonrió, eso fue todo. Durante unos segundos, Culverson la estuvo mirando fijamente, expectante.

Por fin, sonrió también.

—Quizás usted y yo podríamos llegar a entendernos, señorita… Margarita.

—Ya me entiendo bien con Armando, gracias.

—¿Es usted su… novia?

—Bueno, más o menos —rió Margarita.

—No lo creo. Y además, no se llama usted Margarita, ni es de San Nataniel… Claro que no. Usted tiene demasiada personalidad para ser «amiga» de ese desgraciado. Y demasiada clase.

—Eso es muy amable por su parte, señor Culverson.

—Seamos francos: ¿quién es realmente usted?

—Ya le he dicho…

—Observo que sí le gusta perder el tiempo.

—Tiene razón. Usted pretende ofrecerme algo, ¿no es así?

—Puedo ofrecerle mucho más que lo que haya podido ofrecerle el sargento Garrido. Muchísimo más.

—¿Por ejemplo?

—Pida algo. Lo que se le ocurra.

—¿Tres millones de dólares?

—De acuerdo. ¿Dónde está Garrido?

—Usted, señor Culverson, parece no tener en cuenta la posibilidad de que yo ame a Armando.

Myron Culverson soltó una carcajada.

—¡No diga tonterías! Vamos, vamos, yo he cometido una tontería, pero ha sido un fallo, no significa que sea absolutamente tonto. Usted y Garrido tienen en común lo mismo que una estrella y un montón de escoria humana. Escuche, Margarita, yo puedo darle los novecientos mil dólares y dejarla marchar, pero le garantizo que ni usted ni Garrido podrían disfrutarlos mucho tiempo…

—¿No se le ha ocurrido que podemos tener previsto eso, y que si nosotros morimos determinada información llegaría a la CIA, por ejemplo?

—Pero ustedes ya estarían muertos. ¿Prefiere eso a tres millones

de dólares y un… futuro mucho más interesante y esplendoroso de lo que podría significar la vida junto a un desgraciado como Garrido?

—Indudablemente, señor Culverson, usted sabe expresarse. ¿A qué futuro interesante se refiere?

—Una mujer de su categoría encaja en nuestros esquemas. Con dinero podemos adquirirlo todo, pero no siempre personas de su estilo. He aquí mi oferta definitiva: un millón de dólares usted sola y un puesto en nuestro bando. Un puesto importante. En cuanto a la importancia de nuestro grupo, ¿qué puedo decirle? Una persona como usted ya debe de haber comprendido que somos nosotros quienes tenemos a los señores Breznev, Reagan y Nathan, ¿no es así?

—Me pregunto para qué.

Myron Culverson frunció el ceño, y quedó pensativo. Se puso en pie de pronto, y fue a sentarse en un sillón, cerca de Margarita.

—Hace veinticuatro horas podría haberle contestado —musitó— … Ahora, no, porque algo imprevisto está sucediendo.

—No comprendo.

—Hace ya muchas horas que la radio y la televisión debió de impartir ciertas noticias no sólo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. Esas noticias no se han producido. Y sin embargo, me consta que la señorita Montfort… ¿La conoce, está enterada de esto?

—Claro.

—Bien. Me consta que la señorita Montfort salió sana y salva del Zetacero con determinadas instrucciones y condiciones. Esas condiciones no se han cumplido, ni se ha vuelto a saber de la señorita Montfort. Y esto es grave, muy grave, porque alguien puede enfadarse. Si muy pronto esas noticias no son divulgadas me temo que sucederá una auténtica catástrofe mundial.

—¿Qué catástrofe?

—La mayor que pueda usted imaginarse. Dígame una cosa: ¿ha llegado usted procedente de San Nataniel?

—Desde luego.

—¿Y cómo están las cosas allí? ¿Se habla de la señorita Montfort, se ha mencionado algo referente a la estancia de ella en el Zetacero?

—No.

—Le voy a decir lo que significa eso. Significa que la CIA y el espionaje ruso han intervenido el curso de los acontecimientos. Con seguridad, tienen retenida a la señorita Montfort y la información que ella llevaba para el mundo. Y eso lo saben perfectamente en el Zetacero, ya que disponen de radio y televisión. Por otra parte a mí se me ha requerido por radio desde el Zetacero preguntándome qué ocurre. Están esperando una respuesta. Y finalmente tendré que darle la única posible: los norteamericanos y los rusos han retenido a la señorita Montfort y sus noticias. Aunque no hará falta que yo pase esa información: es fácil de comprender lo que ocurre.

—¿Cuál sería esa catástrofe?

—Enorme.

—Está bien, no me lo diga. Pero… ¿tiene usted algún control sobre ella?

—No… Ninguno. Aunque quisiera no podría evitar nada.

—¿Por qué no?

Culverson ladeó la cabeza.

—Dígame la verdad: ¿quién es usted? —insistió.

Tras una vacilación, Margarita dijo:

—Soy Natacha Smerenova, de la MVD.

Culverson soltó un fortísimo respingo.

—¿Una espía rusa? —gritó.

—Sí. Pero no se preocupe, señor Culverson: mi servicio no sabe nada de esto…, por el momento. Fue una afortunada casualidad por mi parte detectar al sargento Garrido.

—Ya. Bueno, pero aunque fuese una casualidad…, ¿por qué no avisó usted a sus jefes?

—Se me ocurrió que podría ser más interesante para mí… hacer las cosas por mi cuenta. Fui a ver al sargento Garrido, y le hice comprender la conveniencia de aliarnos.

—De modo que fue usted quien tuvo la idea de pedir los novecientos mil dólares, para luego repartir el millón con Garrido y dejar que las cosas siguieran su curso.

—Más o menos —sonrió fríamente Natacha Smerenova.

—Me parece que empiezo a comprender… Lo que usted está tramando, en definitiva, es reunir ese millón de dólares, matar a Garrido para quedarse con todo, y luego continuar en el asunto

como si no supiera más que sus compañeros y que el resto del mundo.

—Es usted demasiado listo, señor Culverson.

—Nunca se es demasiado listo —rió Myron—. Mi trato sigue en pie. Únase a mí, y tendrá dinero y un futuro mejor que el espionaje mal pagado. Respecto a Garrido, simplemente cumpla el plan que tenía previsto: mátelo.

—Está muy lejos de aquí.

—Puedo poner a su disposición un *jet* privado que la llevará a donde está él.

—¿Y luego vuelvo aquí con usted?

—No, no. Por el momento, no, al menos. Lo que tendrá que hacer luego es volver con sus compañeros, enterarse de lo que ha pasado con la señorita Montfort, y decírselo a mis hombres que la habrán llevado a San Nataniel. Quizá la estén reteniendo mientras estudian si deben o no emitir las noticias que ella recibió en el Zetacero, y eso sería una tregua. Posiblemente, a última hora se decidan a hacerlo, en cuyo caso la catástrofe no se produciría. Pero no es tiempo lo que nos sobra… ¿Acepta?

—¿Y el dinero? Mi millón de dólares.

Myron Culverson miró su reloj de pulsera.

—Tengo tiempo de sobra para retirarlo del banco mientras preparan el *jet*. ¿Alguien más está enterado de esto?

—Claro que no. No tengo la menor intención de repartir mi dinero con nadie.

—Lógico. Bien, haremos lo siguiente: usted se va al aeropuerto de Dallas, y…

* * *

Hacia las cinco de la tarde, un hombre que portaba una pequeña maleta se acercó a la encantadora rubia que permanecía sentada en una de las butacas del vestíbulo, con un maletín forrado de raso negro en su regazo.

El hombre se detuvo ante ella, y la rubia lo miró con cierta expectación.

—¿Es usted Margarita? —murmuró el hombre.

—Sí.

—Traigo esto para usted.

Le tendió la pequeña maleta. Ella la colocó encima del maletín, y la abrió cuidadosamente, sólo lo justo para ver el contenido: fajos y fajos apretados de billetes de cien dólares. Asintió, cerró la maleta, y se puso en pie, sosteniéndola con la mano derecha.

—El avión está listo para despegar —dijo el hombre.

—Antes tengo que hacer una cosa.

—¿Qué cosa?

Ella no contestó. Cargada con la maleta y el maletín, se dirigió al departamento de compartimientos de alquiler, de uno de los cuales tenía ya la llave. Abrió el compartimiento, metió dentro la maleta con el dinero, lo cerró, y colocó el maletín en las manos del sorprendido sujeto.

—Manténgalo plano, tengo que sacar algo de él.

Sacó un sobre, dentro del cual metió la llave. Cerró el sobre, que ya tenía escrita la dirección y puestos los sellos, y se encaminó hacia un buzón de la U. S. Mail, dentro del cual introdujo el sobre. El sujeto no hizo el menor comentario. Se limitó a señalar hacia el exterior.

Apenas diez minutos más tarde, el veloz *jet* privado despegaba. Un minuto más tarde, tomaba su ruta, indicada por Margarita al piloto. Nada sorprendente: hacia San Nataniel.

Además del piloto, iban tres hombres más en el avión, uno de ellos encargado de la radio, y que naturalmente permaneció junto al piloto en la cabina. Los otros dos se instalaron en la zona de pasajeros, con Margarita-Natacha Smerenova. Todo el avión para ellos solos. El número de plazas se aproximaba a la veintena. Al fondo, en popa, había un saloncito, el servicio de cocina y aseos, y un par de diminutos dormitorios. El *jet* no estaba mal, ni mucho menos, pero era un juguete barato comparado con el «Agib», es decir, el «Maravilloso», en el que la espía internacional había viajado tiempo atrás[6].

Margarita acababa de encender un cigarrillo cuando uno de los dos hombres, sonriente, preguntó, de pronto:

—¿Sabe usted volar?

La rubia lo miró desconcertada.

—¿Volar? ¿Quiere decir pilotar un aparato como éste?

—No, no —rió el hombre—. Quiero decir volar… ¡Como los

pájaros, ya sabe!

Y movió los brazos como si fueran alas, riendo. El otro también rió. Margarita sonrió, como quien sigue una broma por cortesía.

—Me gustaría, pero claro que no sé volar.

—Pues es una lástima —dijo el hombre, sacando de pronto una pistola—, porque va a tener que saltar de este avión dentro de pocos minutos. En pleno vuelo, ¿comprende? ¡Y sin paracaídas, claro está!

El otro volvió a reír, y dijo:

—Sí, sin paracaídas. Es que con paracaídas no tendría ninguna gracia, ¿comprende?

Capítulo VIII

La rubia Margarita miró a uno y otro hombre, y, por fin, murmuró:

—No, no tendría ninguna gracia, en efecto. Pero sería conveniente para mí. De todos modos, supongo que todo esto es una broma.

—¿Una broma? —rió el de la pistola—. ¿Le parece esto una broma?

Exhibió ostentosamente la pistola, mientras el otro sacaba la suya y hacía lo mismo.

—¿También esto le parece una broma? Mire, por poco lista que sea usted, y según el señor Culverson lo es bastante, tiene que comprender que no estamos bromeando, rusa.

—Pero vamos a hacer un trato con usted —dijo el otro—. Un trato misericordioso: si contesta a nuestras preguntas la dejaremos saltar sin paracaídas, pero muerta. Así no se hará daño al llegar a tierra.

—Es decir, que de todos modos me van a matar.

—¿Ve como ya nos va entendiendo? Sin embargo, le damos a elegir: saltar viva o saltar ya muerta. ¿No le parece que somos misericordiosos?

—Sí —dijo el otro—, tenemos un gran corazón compasivo.

Margarita apretó un instante los labios antes de preguntar:

—¿Cuáles son sus preguntas?

—Nos alegra que entre en razón. Primera pregunta: ¿a quién ha enviado el sobre que contiene la llave del compartimiento de alquiler?

—A una camarada mía que está operando hace tiempo en Estados Unidos con el nombre de Lili Connors… Bueno, supongo que… Oh, sí, es cierto, ya saben que soy rusa.

—Sí, lo sabemos. ¿Dónde está esa amiga?

—En la Costa Este, en Atlantic City.

—¿Y dónde vive? Calle, número, apartamento…

—No, no. Le he enviado la carta a lista de Correos, en la oficina central de Atlantic City.

—¿Sabe ella algo de todo esto?

—No. Lo que sí sabe es que si recibe algún sobre como el que le he enviado debe guardarlo sin abrirlo a la espera de mis siguientes noticias. Si esas noticias no se producen en una semana entonces sí, debe abrir el sobre.

—De verdad que es usted lista. Bien, segunda pregunta: ¿dónde está exactamente Armando Garrido?

—¿Quieren ir allá a matarlo?

—Naturalmente. Y no se nos haga la trágica: estaba dispuesta a hacerlo usted, ¿no es así?

—Sí… Sí. De todos modos, no es fácil dar con él. Quiero decir que habíamos tomado tantas precauciones que…

—Escuche, rusa, por complicado que sea nosotros lo entenderemos si usted nos lo explica, de modo que…

El hombre dejó de hablar de pronto, y se quedó mirando estupefacto por la ventanilla que había a la derecha de Margarita. Su compañero captó su asombro, y miró también. Se quedó boquiabierto. La rubia Margarita hizo lo mismo, pero ella no se alteró en absoluto al ver volando a la derecha del *jet* un caza de la USAF, que se mantenía a la misma velocidad.

—¿Pero qué demonios…? —empezó a farfullar uno de los sujetos.

El otro le tocó en un brazo, y le hizo mirar hacia el otro lado del avión. También por aquella parte llevaban volando a la misma velocidad que ellos un caza de la United States Air Force.

—Yo ya había visto ése —señaló Margarita el de babor—, pero creí que nos pasarían enseguida. ¿Qué significa?

Los dos hombres la miraron a la vez, visiblemente alterados. Uno de ellos iba a hablar cuando la puerta que separaba el departamento de pasajeros de la cabina de mandos se abrió, y apareció el radio, que se acercó rápidamente a ellos. Estaba lívido.

—Maldita sea —jadeó—… ¡Tenemos que volver!

—¿Volver? ¿Adónde? ¿Qué es lo que pasa?

—Uno de esos cazas se ha comunicado por radio con nosotros. Ha dicho que saben que llevamos a bordo una espía rusa, y nos

ordena que nos desviemos de la ruta. Debemos describir un gran arco hacia el sur, volver hacia el norte, y aterrizar en Fort Worth.

—¡Claro que no! ¡No vamos a hacer semejante cosa!

—En ese caso nos derribarán.

—¡No pueden hacer eso! —chilló el otro.

El radio lo miró desconcertado, y luego masculló:

—No seas majadero. ¡Claro que pueden hacerlo!

—Pero… Pe-pero… ¡Maldita sea!

—Un momento —intervino el otro, que había quedado pensativo —… Se me ocurre una idea: llama al señor Culverson por la radio y que él nos diga…

—No puedo llamarlo. Llevamos la frecuencia reglamentaria de vuelo de la zona, naturalmente. Y me han advertido que si la cambiamos o cerramos el contacto con ellos seremos derribados. Debemos dirigirnos a Fort Worth, identificarnos en la torre de control como «Copacabana», y aterrizar en la pista que nos indiquen. O eso, o…

No terminó la frase.

Tampoco hacía falta.

De pronto, los tres hombres miraron furiosamente a Natacha Smerenova, que indudablemente era la culpable de la inesperada y peligrosa situación.

—Nos van a acusar de ser cómplices del espionaje ruso —jadeó uno de ellos—. ¡Y todo por culpa de esta…!

—Diremos cualquier mentira —dijo el radio—. Y no tenemos tiempo de estar aquí de charla. Están esperando que demos la vuelta.

—¡No pueden derribarnos así como así! Podríamos caer sobre cualquier población y causar allá una mortandad que…

—Nos derribarán sobre el mar —se armó de paciencia el radio—… ¡Maldita sea, no pretendas enseñar a unos pilotos de caza de la USAF lo que pueden o no pueden hacer! ¡Tenemos que aterrizar, o nos destrozarán en cuanto estemos sobre el mar!

—Está bien —se abatió por fin el que más se resistía—… Mientras tomamos tierra pensaremos en alguna mentira convincente. Ve a decirles que seguiremos sus instrucciones.

* * *

El *jet* tomo tierra en la pista indicada desde la torre de control a «Copacabana», y, todavía no se había detenido del todo cuando ya dos automóviles rodaban hacia él.

Cuando los cuatro hombres y la rubia saltaron a tierra el avión estaba ya controlado, y, frente a la escalerilla automática, había ocho hombres bien distribuidos, en pie, esperando. No había armas a la vista, pero la cosa estaba clara.

Clarísima.

Uno de ellos se adelantó, se detuvo ante la rubia, y preguntó:

—¿Natacha Smerenova?

—Sí —murmuró la rubia.

El hombre asintió, y le quitó el maletín. Tres hombres se adelantaron, cachearon a los cuatro ocupantes del *jet*, y les quitaron sus armas. El que había hablado con Natacha Smerenova sacó una pequeña radio, pulsó el botón de llamada, y dijo:

—La camioneta.

Se guardó la radio. Tres hombres llegaron en un *jeep*, y dos de ellos abordaron el *jet*.

—Se lo van a llevar fuera de las pistas —explicó el de la radio—. Ustedes cuatro irán en la camioneta, y ella vendrá con nosotros.

—Pero… ¿quiénes son ustedes?

—Ésa es una pregunta de lo más idiota —sonrió Natacha Smerenova—. ¿Quiénes han de ser, sino agentes de la CIA?

Una hora más tarde, la camioneta se detenía ante un chalé, y los cuatro hombres saltaron de ella. No tenían la menor idea de dónde se hallaban, pues la camioneta en la que habían viajado estaba herméticamente cerrada. Frente al chalé vieron los dos automóviles, y cuatro hombres, que se acercaron a ellos y señalaron hacia la casa.

—Entren, les están esperando.

—Escuchen, nosotros no tenemos nada que ver con esa rusa. Verán lo que pasó…

—Explíquenlo ahí dentro —cortó el agente de la CIA—. A mí, personalmente, no me atraen los cuentos chinos.

—Pero nosotros somos americanos, le juro…

—Entren y hablen cuando se les pregunte.

Entraron en el chalé, y fueron introducidos en la salita de éste, donde, sentada confortablemente en el centro de un coquetón sofá,

Natacha Smerenova, cigarrillo en mano, los miraba con expresión entre sarcástica y amable.

—¿Han tenido buen viaje? —se interesó.

—Maldita seas —jadeó uno de los detenidos—... ¡Te voy a arrancar la...!

Se abalanzó hacia ella, pero apenas llegó a dar paso y medio, porque Simón-Texas se interpuso en su camino, y lo abatió de un ferocísimo puntapié en los testículos que dejó al hombre tendido en el suelo como muerto. Los otros tres palidecieron, y miraron con expresión desorbitada a la rubia cuando ésta dijo:

—Gracias, Simón. Bien, caballeros, siéntense. Tenemos que conversar. Y les aseguro que yo tengo ideas más ingeniosas que la de hacerles saltar de un avión sin paracaídas para hacerles hablar del tema que me interesa. ¿Me han comprendido? ¡Siéntense!

Los tres hombres se sentaron, como alucinados. La rubia miró al cuarto, hizo una seña, y el hombre fue arrastrado y tirado como basura en otro sillón. La rubia dijo:

—Les supongo a ustedes la inteligencia mínima para comprender que no soy rusa, y que están en una delicada situación. Para que no tengan dudas respecto a la situación, les diré que yo soy quien manda aquí, y que dispongo de sus vidas a mi antojo. Ahora, hablemos en serio por fin. ¿Qué se supone que está haciendo en estos momentos el señor Culverson mientras cree que ustedes me han eliminado y están en camino para eliminar también a Armando Garrido?

Ninguno de los tres hombres conscientes contestó. La rubia los miró uno a uno, como perpleja. Parecía preguntarse si era posible tanta estupidez en seres humanos.

—¿No me han oído?

Silencio.

La rubia hizo una seña, y dos hombres se acercaron a uno de los que habían pretendido hacerla saltar sin paracaídas; uno de ellos lo asió por los cabellos y lo puso en pie de un tirón. El otro le golpeó en la mandíbula con el cañón de la pistola. La mandíbula crujió, el hombre puso los ojos en blanco, y perdió el conocimiento; fue empujado de nuevo a su asiento, donde quedó como un guiñapo.

—No sean tan rudos —dijo amablemente la rubia—. Debemos asegurarnos de que nos duran más, pues no quiero pasarme el

tiempo haciéndoles volver en sí de golpes como ése. Al próximo, simplemente arránquenle una oreja. Repetiré mi pregunta: ¿qué se supone…?

—¡Está en su club! —chilló el otro valiente—. ¡En su club!

—Ah, en su club. ¿Cuál es su club?

—El «Golf Course».

—Bien. ¿Qué hará luego?

—No sé… ¡No lo sé! ¿Cómo voy a saberlo?

—No se ponga histérico, amigo mío. Tranquilícese. Miren, ya han visto que estoy capacitada para adivinar acontecimientos y prevenir mis posibles dificultades. Esto aparte, no tenía la menor intención de regresar por el momento a San Nataniel, de modo que antes de abordar su *jet* pasé mis instrucciones a mis compañeros. Les diré por qué: quería tener un buen margen de tiempo mientras el señor Culverson, convencido de que todo se estaba arreglando a su gusto, se dedicaba a su ocupaciones habituales, sin molestarse en pasar la alarma al Zetacero. De ninguna manera me interesaba eso, así que, en lugar de detenerlo inmediatamente, le seguí el juego… a mi manera. Ahora, mientras él espera noticias de ustedes desde San Nataniel diciéndole que tanto Garrido como yo estamos muertos, y por tanto no envía alarma alguna al Zetacero, yo sigo trabajando. Siguiente pregunta: ¿cómo y desde dónde se comunica el señor Culverson con el Zetacero? Bueno, ya sé que se comunica por radio, pero… ¿desde dónde, dónde está esa radio? ¿En las oficinas de la H. H. Oil?

—No… No.

—¿Dónde?

—En una de las instalaciones del campo petrolífero.

—¿Cuál de esas instalaciones?

—La más pequeña del grupo de cuatro que hay al límite sur de los terrenos de la H. H. Oil.

Natacha Smerenova miró a Simón-Texas, y pidió:

—Traigan las fotografías, por favor.

Simón-Texas cogió una gran carpeta que había en un rincón, colocada verticalmente apoyada en la pared. La abrió, y comenzó a colocar siguiendo las indicaciones numéricas toda una serie de fotografías aéreas hasta conseguir el conjunto total de los terrenos petrolíferos de la H. H. Oil, que la hermosa rubia estudió

detenidamente. Por fin, asintió con un gesto, y señaló un punto del conjunto.

—Según su amable información, este es el lugar. ¿Correcto? Venga aquí, quiero que lo vea bien.

El hombre se acercó, miró el punto señalado por la rubia y asintió. Se veían perfectamente las cuatro grandes naves unidas por un extremo, formando una gran cruz. Y, en efecto, una de las naves era más pequeña que las otras tres.

Natacha Smerenova señaló las tres grandes.

—¿Y aquí? ¿Qué hay aquí? ¿Los astilleros donde han sido construidos los zepelines?

El hombre estaba demudado, mudo de pánico. La rubia le dirigió una perversa mirada que le hizo tragar saliva y jadear:

—Sí… Sí, ésos son… los astilleros…

—Entonces tenemos que en las tres naves grandes se construyen los zepelines, y en la pequeña está la radio… ¿Y qué más? ¿Qué más hay, además de la radio?

—No… no lo sé… ¡No lo sé!

—Parece que se resiste a admitir la realidad, amigo mío. Si no reacciona inteligentemente le vamos a arrancar los ojos y todo lo que sobresalga de su cuerpo, ¿me entiende? Vamos, no sea necio. ¿Qué más hay aquí?

—Bu-bueno, la… la factoría de… Hay… hay computadoras de… de toda clase…

—¿Para qué? ¿Qué controlan esas computadoras?

—No lo sé… ¡Le juro que no sé eso! Nosotros tenemos… tenemos nuestro trabajo fuera de… de ese lugar, hacemos… cosas fuera de allí, no somos técnicos…

—¿Técnicos? ¿Qué clase de técnicos?

—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé…!

—Cálmese. ¿Qué más? ¿Hay algo más, aparte de la radio y las computadoras?

—¡No lo sé! —aulló el hombre.

De nuevo se quedó mirándolo la rubia. De pronto, se puso en pie y se alejó, haciendo una seña a uno de los agentes de la CIA, que la siguió. Estuvieron murmurando ambos unos segundos, el agente de la CIA salió del chalé, y al poco se oyó afuera el motor de la camioneta, que se alejó.

La rubia volvió ante las fotografías.

—¿Cuántos hombres hay en este conjunto de naves? Pero no técnicos, ésos no me preocupan demasiado en cuanto a un enfrentamiento armado. Me refiero, precisamente, a hombres armados, hombres como ustedes o más peligrosos. Porque esa zona debe de estar muy bien vigilada, ¿no es así?

—Sí… Sí.

—¿Especialmente de noche?

—Sí.

—¿Cuántos hombres, de qué armamento o material diverso disponen?

—Creo que son unos… unos veinticinco hombres… armados de rifles y pistolas. Alguno lleva metralleta. Y creo que hay… cuatro ametralladoras en otros tantos nidos camuflados. Suele haber dos o tres *jeeps* patrullando los alrededores, tanto de día como de noche.

—Zambomba —sonrió secamente la rubia—… ¡Está ese lugar más protegido que la Casa Blanca! ¿Y qué más tienen? ¿Existe algún sistema de detección de intrusos? ¿Radar, televisión, sistemas electrónicos, alarmas terrestres…? ¿Hay perros, quizá?

—No, no… Perros no.

—Menos mal. ¿Qué hay, entonces?

—No lo sé exactamente, pe-pero desde luego hay… hay sistemas de alarma, claro.

—¿No está permitido a nadie acercarse a esa zona? Quiero decir, ¿ni siquiera los empleados corrientes de la H. H. Oil?

—No… A nadie. Por todas partes hay letreros indicando que se trata de una zona peligrosa, debido a los experimentos con crudos que se realizan en esas naves destinadas a laboratorios.

—Pero no son laboratorios de ésos, ¿verdad?

—No… No.

El hombre estaba sudando; sudaba tan copiosamente que parecía que le hubiesen vertido encima un cubo de agua. Estaba empapado. Los otros dos habían recuperado el conocimiento, y, como el que había permanecido inmóvil en su asiento, miraban presas del más puro espanto a la implacable rubia.

Ésta señaló su sillón al interrogado, y éste se dejó caer como si las piernas le hubieran estado sosteniendo hasta entonces por puro milagro celestial.

La rubia miró a Simón-Texas.

—Llame al Jefe —dijo—. A su domicilio, ya sabe. Debe de estar esperando noticias nuestras.

Simón-Texas descolgó el auricular del teléfono. La rubia se quedó mirando el conjunto de fotografías, como ajena a todo. Sólo pareció volver a la realidad cuando Simón-Texas dijo:

—El Jefe al habla.

Baby se acercó y tomó el auricular. Se imaginó a *Mr*. Cavanagh en su chalé, solo y en tensión, precisamente esperando noticias de ella, trabajando para ella utilizando los recursos de la CIA pero sin informar de ello a la Dirección. Para eso están los amigos: para hacer cosas difíciles por uno. Aparte de que, por supuesto, *Mr*. Cavanagh sabía que siempre obtendría mejores resultados trabajando codo a codo con Brigitte Baby Montfort que siguiendo órdenes de cualesquiera otras personas…

—Buenas tardes, señor —saludó Natacha Smerenova—… ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Claro. Es de suponer. Bueno, vamos al grano. Estoy en un chalé cerca de Dallas y Fort Worth. ¿Tenemos algún militar importante amigo nuestro por aquí cerca?

—¿…?

—Bueno, necesito unos cien hombres. Cien hombres especiales, algo así como los Boinas Verdes, para que nos entendamos. Hay que tomar una posición por las armas, pero en último extremo. Digamos que lo de las armas es el remate de la operación, por si fallase mi arma favorita: el gas.

—De acuerdo.

Natacha Smerenova colgó el auricular, regresó al sofá, y encendió otro cigarrillo.

—¿No tiene usted sed? —preguntó uno de los agentes de la CIA.

—Pues ahora que lo dice —lo miró sonriente la rubia—, sí que tengo un poco de sed, francamente.

El espía sonrió, y abandonó el saloncito. Regresó a los pocos segundos, con una botella de champán, que descorchó y tendió a la rubia, junto con un vaso. La rubia escanció un poco de champán, bebió, y suspiró satisfecha. Los cuatro prisioneros la miraban con ojos desorbitados.

—Termínenla ustedes —devolvió la rubia la botella—… Pero no

se emborrachen.

Hubo algunas risas, y la botella comenzó a correr de mano en mano. Los prisioneros comenzaron a relajarse. Aquello parecía una reunión de buenos, alegres, divertidos amigos.

El teléfono sonó unos diez minutos más tarde, y Natacha atendió personalmente y en el acto la llamada.

—¿Sí?

—Gracias, señor. Hasta pronto.

Colgó, fue a recoger su maletín, y se dirigió hacia la puerta.

—Aten bien a estos caballeros, y dos de ustedes quédense con ellos hasta nueva orden. Los demás, vengan conmigo. Tenemos una importante cita.

Poco después, los dos automóviles se alejaban del chalé.

Capítulo IX

Los tres automóviles llegaron prácticamente al mismo tiempo al lugar de la cita.

Se detuvieron a un lado de la carretera, bajo unos álamos, y las luces fueron apagadas, los motores parados. De uno de los coches se apeó Baby, que se encaminó hacia el automóvil que había llegado solo. Sin ceremonia alguna se metió dentro, en el asiento de atrás, donde había un solo hombre, al que tendió la mano.

—Coronel Fawcet, gracias por venir. Y por aceptar.

El coronel Brandon Fawcet tenía apenas cuarenta años, un rostro enérgico, y unos ojos que chispeaban expresando no poca diversión. Junto al ojo derecho una cicatriz descendía desde el pómulo casi hasta la comisura de la boca.

—Me parece —dijo, estrechando, más bien acariciando la mano de Baby— que hay algo que *Mr.* Cavanagh no le ha dicho a usted.

—¿Qué cosa?

—Yo llegué al Ejército procedente de la CIA. Usted no puede recordarme, porque hace de eso mucho tiempo y además no me vio ya que actué como cobertura suya. Estoy hablando de cierto asunto en el que los espías viajaban en ataúd.[7]

—¡Dios mío! ¿Estuvo usted en eso?

—Digamos que fui uno de los espías que podían haber viajado en ataúd. Mire, si esto sale mal me van a degradar, y hasta posiblemente me expulsen del Ejército. No me importa. A cambio de este riesgo sólo pido una cosa: que me llame Simón.

—¡De acuerdo! —rió Natacha Smerenova—. Lo llamaré… lo llamaré… ¡Simón-Army! ¿Está bien así?

—Suficiente.

—Pero además, hay otro premio para usted, Simón. Si no fallamos, me comprometo a que le asciendan a general antes de un año.

—Eso es una barbaridad.

—Bueno, dígaselo usted al señor Reagan cuando le hayamos sacado vivo de este asunto y sepa que usted tomó parte en ello. ¿De cuántos hombres disponemos?

—Usted pidió cien. Pero puedo conseguir más. Tengo…

—Cien serán suficientes. ¿Material?

—El que usted precise.

—¿Incluido gas?

—*Mr*. Cavanagh ya me advirtió de esas intenciones por parte de usted. Tendremos gas. Dios, ¡si falla me van a ahorcar!

—No fallará. ¿Qué hora tiene usted?

Simón-Army miró su reloj luminoso en la oscuridad del interior del coche.

—Las veinte horas treinta y un minutos.

—Correcto —dijo Baby, tras mirar su relojito—. ¿Puede estar preparado dentro de una hora?

—Más o menos. Creo que las veintidós horas me daría un margen de tiempo cómodo y sin fallos.

—Pues a las veintidós horas…

* * *

El primero en darse cuenta de que algo anormal comenzaba a ocurrir fue el encargado del minirradar, en cuya pantalla situada dentro del barracón más pequeño de los cuatro comenzó a captarse cierta alteración difusa. En menos de un minuto, esa alteración comenzó a concretarse en forma de pequeños puntos que se iban aproximando al centro de la pantalla. A los pocos segundos comenzaron a sonar los bip, bip, bip de detección.

El hombre que estaba ante el radar se puso en pie, y salió de la sala a otra más grande, que ocupaba prácticamente el resto de la nave.

—¡Godfrey! —llamó.

Un hombre se destacó en el centro de la sala, ocupada toda ella por computadoras y toda clase de aparatos electrónicos, incluidas pantallas de televisión. Había allí no menos de veinte hombres atendiendo los diferentes aparatos, casi todos ellos ataviados con batas de color castaño. Arriba, en el centro de la sala, gran cantidad

de tubos fluorescentes esparcían abundante luz por todo el ámbito.

Godfrey llegó ante el otro, con gesto interrogante.

—¿Qué hay?

—Ven a ver esto.

Entraron los dos. En los demás aparatos todavía no se percibía alarma alguna, pero en la pantalla del minirradar los puntos se habían concretado, y los bip, bip, bip, eran ahora incesantes. Toda la pantalla estaba llena de puntitos. Godfrey se quedó mirándola atónito.

—Debe de ser alguna avería, una interferencia…

—¿Y por qué no una bandada de patos? —Gruñó el otro—. ¡Claro que no es ninguna avería!

—¿Qué crees que pueden ser? ¿Vehículos?

—No. Hombres. Y no los habríamos detectado si no hubiéramos dispuesto la detección rasante. Cada punto, un hombre.

Godfrey respingó. En aquel momento comenzó a funcionar la alarma térmica. En otra pantalla comenzaron a aparecer pequeñas señales de color violáceo, que se iban oscureciendo. Godfrey se precipitó hacia el radio teléfono que comunicaba con los de los *jeeps*, y lo arrancó del auricular de un manotazo.

—¡Quimby! —aulló—. ¿Dónde estáis?

—Hola. Estábamos tomando una cerveza que…

—¡Maldito seas! ¡Todos los *jeeps* a su ronda! Y avisad a los demás… ¡Se están aproximando docenas de hombres!

—¿Qué?

—¡Haz lo que te digo!

—¡Sí…, enseguida!

Godfrey colgó, y saltó hacia la pantalla del radar. Ahora se veían en ésta cuatro puntos más grandes, que el radarista señaló.

—Se están acercando a toda velocidad. Helicópteros.

—No… ¡No!

—Helicópteros.

—¡Da la alarma general!

Godfrey salió disparado de la sala del radar, y acto seguido de la nave supuestamente laboratorio, quedando en un ángulo interior de la gran cruz que formaban los cuatro enormes edificios chatos. Entró a toda prisa en uno de los grandes, donde también había vario hombres trabajando en grandes bancos sobre los cuales había

cilindros metálicos de gran tamaño.

—¡Alarma! —chilló Godfrey—. ¡Escondedlo todo, deprisa!

Lo que parecía un absurdo no lo era. Los hombres comenzaron a correr de un lado a otro, y a mover palancas. Los bancos que contenían los cilindros metálicos comenzaron a hundirse en el piso. Godfrey salió de esta nave corriendo…

Y entonces oyó el rumor de los helicópteros. En un instante los tuvo encima, mientras sus pies permanecían como clavados al suelo. Desde los helicópteros comenzaron a desprenderse bultos que en el acto se agrandaron bruscamente. Paracaídas. Godfrey no se movió. Lo sabía. Sabía que tarde o temprano tenía que ocurrir esto, era imposible que todo hubiese durado para siempre. Lo había sabido desde el principio, pero la paga era tan convincente que…

Comenzó a ver puntos luminosos procedentes de los helicópteros y de los paracaidistas. Oyó los chasquidos alrededor de él, y por encima de las construcciones…, pero sólo un instante. Un instante brevísimo antes de caer rodando por el suelo.

Alrededor de la gran cruz que formaban las cuatro naves veintitantos hombres yacían igual que Godfrey. Se habían oído algunos disparos dispersos, como casuales, y algunas voces… Nada digno de ser tenido en cuenta. Dos de los *jeeps* habían volcado, y sus ocupantes estaban siendo recogidos por los comandos de Simón-Army. Sobre los techos de las construcciones caían los paracaidistas, que se deslizaban ágilmente hacia el borde de los tejados y saltaban ágiles como felinos, como extraños seres procedentes de otros mundos, cubiertos con «mono» de campaña y máscaras antigás.

Las puertas fueron derribadas, y los comandos entraron disparando granadas de gas en todas direcciones, sin tregua ni descanso, corriendo hacia todas partes, metiéndose en todas las dependencias. Y ello, en las cuatro naves especiales de la H. H. Oil…

Todavía descendiendo con paracaídas, la rubia Margarita, o Natacha Smerenova, igualmente equipada, comprendió que la lucha había terminado, como suele decirse, antes de empezar.

Cuando sus pies tocaron tierra firme la posición estaba tomada.

Balance: ni un solo muerto.

Ni siquiera un herido.

Media hora más tarde, todos los hombres de vigilancia exterior

de la H. H. Oil estaban reunidos en una de las naves, todavía durmiendo. Las máscaras antigás ya no eran necesarias, así que los comandos iban de un lado a otro a rostro descubierto. Se habían repartido en las cuatro naves, en cada una de las cuales quedaba todavía el personal técnico. Técnico… ¿de qué?

Baby había dado una vuelta por las cuatro naves, mirándolo todo. Demasiado complejo para ella, aunque dos de las naves grandes no parecían albergar grandes secretos. En efecto, era allá donde se habían construido los zepelines, y se estaba procediendo a la construcción de dos más.

Estas naves, así como la más pequeña, fueron desdeñadas pronto por la espía internacional, que, como atraída por una fuerza desconocida, regresó de nuevo a aquella que contenía los bancos donde se trabajaba con cilindros metálicos, que habían quedado a medio descender a los secretos fosos donde habrían quedado ocultos. Con ella iban Simón-Texas y Simón-Army; éste parecía encantado de la vida, como si todo fuese un juego divertidísimo…

—Tenemos el problema de la radio —estaba diciendo Simón—: si Biggest llama en estos momentos comprenderá que…

—No llamará.

—¿Cómo lo sabe?

—Si Biggest tuviera que llamar, Myron Culverson estaría aquí, y no en… Un momento… —Baby recurrió a su radio de bolsillo, preguntando enseguida, para evitar interferencias de otros agentes —: ¿puede oírme, Simón-Dallas?

—Perfectamente.

—¿Dónde está ahora Culverson?

—Bueno, se fue del «Golf Course» a las…

—¿Dónde está ahora?

—Cenando con gente elegante en el «Torch». Es un restaurante de lujo en…

—Siga con él. ¡No lo pierda de vista!

—Claro que no.

Baby cerró la radio, y se quedó mirando los cilindros metálicos. Luego, miró a Simón-Army.

—¿Sus hombres están ocupando los puestos de guardia?

—Todo está en marcha. En cuestión de minutos parecerá que aquí no ha ocurrido nada…, salvo que quien se acerque conozca

personalmente a todos y cada uno de esos tipos. Si no, lo encontrará todo normal, y vendrá aquí.

—Bien… ¿Qué diría usted que son esos cilindros?

—Bombas. Pequeñas, pero bombas.

—¿Qué quiere decir con eso de «pequeñas»?

—Pues de esas que hacen ¡pum! y derrumban una nave como éstas, pero nada más.

—Siempre y cuando su carga explosiva sea convencional, ¿no?

—Claro, porque…

Simón-Army calló bruscamente. Luego, palideció. Simón-Texas, que miraba de uno a otra palideció también, de golpe. Luego, como sonámbulo, siguió a Baby, que se había colocado ante uno de los cilindros. Dentro de éste había un complejo electrónico. Mientras a su alrededor todo era actividad, los tres se quedaron mirando aquel conjunto de hilos y piezas que para ellos no significaban nada concreto.

—Yo diría —murmuró Baby— que esto no es nada convencional. ¿Qué opinan ustedes?

Ninguno de los dos se atrevió a opinar nada.

—A todos los efectos, y en el caso de que se tuviera que dar alguna explicación a alguien —murmuró de nuevo Baby—, esta zona ha sido ocupada por las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Pero, salvo que esas explicaciones fueran de todo punto ineludibles, todo esto seguirá permaneciendo en el más riguroso secreto hasta que yo decida lo contrario. ¿Me ha comprendido, Simón-Army?

—Sí. Bueno, en Fort Worth tengo un amigo que si echa un vistazo a esto sabrá…

—No. ¿Los helicópteros se han marchado?

—Claro, no podíamos dejarlos a la vista, por si regresaba Culverson.

—Utilice la radio de campaña para llamar a los pilotos que han intervenido en la operación. Dígales que se reúnan, que vengan aquí sin hablar con nadie, y que se aseguren de que nadie les ve venir. Todas las personas que actualmente están en esta zona quedan incomunicadas absolutamente y a todos los efectos. ¿Está claro?

—Desde luego.

—Quedan al mando de la zona.

—¿Se va usted? Pero… ¿no ha dicho que nadie absolutamente puede marcharse?

—Bueno —sonrió la rubia—, siempre hay una excepción, ¿no?

Un minuto más tarde Natacha Smerenova se alejaba de allí montada en una motocicleta, llevando sujeto a su muñeca izquierda el maletín forrado de raso negro.

Sólo tenía que utilizar de nuevo la radio para saber dónde estaba Myron Culverson cuando ella llegara a Dallas.

* * *

Myron Culverson miró su reloj de pulsera. Eran las once y tres minutos de la noche. Sabía que en menos de treinta minutos podía estar en la zona privada de la H. H. Oil, pero no quería confiarse. Cualquier pequeña tontería que le retrasara podía dar lugar a serias complicaciones.

Así que empezó a pensar en despedirse de sus amigos, con los que, tras una agradable cena en el «Torch», habían ido a tomar unas copas al «Red River», un elegante club nocturno con atracciones de primera calidad.

—¿Qué te pasa, Myron? —preguntó una de las mujeres—. ¿Tienes prisa?

—Prisa, no. Pero tendré que marcharme dentro de unos minutos.

—¿Sí? ¿Adónde?

—¿Estás celosa? —rió uno de los hombres del grupo.

—¡Claro que no! Pero me gustaría saber qué se puede hacer a las once de la noche que sea más importante que pasarlo bien.

—Bueno —sonrió Culverson—, los negocios son los negocios, querida. Espero un contacto importante con Méjico. Pero está bien, me quedaré unos minutos más.

—Ya que vas a marcharte —dijo otro de los hombres—, lo menos que puedes hacer es dejarnos pagada otra botella de champán.

—Cómo no, con mucho gusto —rió Culverson.

Giró un poco en la silla, buscando con la mirada a un camarero para hacer el pedido. Y de pronto, la risa quedó como muerta en sus labios. Los demás reían, y no se dieron cuenta de nada, de momento. Vuelto a medias el cuerpo, girado el cuello, Myron

Culverson miraba como si no pudiera creer. Allá estaba Natacha Smerenova, de pie al otro lado de la sala, ante el mostrador, mirándole.

Un escalofrío recorrió de cabeza a pies el cuerpo de Culverson, y pareció que Natacha lo captara, porque sonrió. Aunque era una sonrisa que llevó otro escalofrío al cuerpo de Culverson. No podía reaccionar. Natacha sí reaccionó: movió la barbilla y los ojos hacia diversos puntos de la sala, muy expresivamente. Myron Culverson recuperó su facultad de movimientos, se serenó lo suficiente para comprender que ella le estaba diciendo algo. Miró alrededor, y allá, en los sitios a los que había señalado de modo tan discreto Natacha, fue viendo a los hombres, que permanecían en pie, mirándole sin mirarle. Había cuatro…

—Myron… ¡Myron!

Culverson miró la mano de la muchacha sobre su brazo. Luego la miró a ella.

—¿Te ocurre algo? ¡Estás pálido!

—No… No, no. Nada.

—Priscille tiene razón —dijo uno de los hombres, serio de pronto—… Estás muy pálido. ¿Te sientes mal?

—No… No es nada. Pero creo que será mejor que me marche ya.

—No debes conducir si te encuentras mal —dijo otro de los hombres… ¿Quieres que te lleve?

—No, de veras. Creo que es la atmósfera tan cargada. Me sentiré espléndidamente cuando tome el aire.

—Vamos, Myron, no seas…

—Adiós —se despidió bruscamente Culverson.

Se dirigió hacia la salida del local. Naturalmente, dos de los hombres le precedieron, de modo que cuando apareció en la calle le estaban esperando. Detrás de Culverson salieron los otros dos hombres, tranquilos. Todo parecía normal, nadie podía encontrar nada extraño, pero Myron Culverson estaba rodeado, no podía hacer nada que aquellos cuatro hombres no quisieran.

Se quedó plantado en la acera, sin saber qué hacer. Pero sus dudas se resolvieron pronto, cuando Natacha Smerenova salió del «Red River», se acercó a él, y se tomó simpáticamente de su brazo.

—Es usted un hombre sensato, señor Culverson —dijo—: habría sido muy desagradable organizar un tiroteo ahí dentro. Aunque me

atrevo a suponer que no está usted armado. ¿Lo está?

—No…

—Claro. Habría sido muy feo andar por ahí con tan elegantes damas y armado con una pistola. Por cierto: ¿alguno de los caballeros que estaban con usted tiene algo que ver con esto?

—No, ninguno.

—Bien. Camine hacia donde ha estacionado su coche, y deme las llaves, por favor.

Culverson entregó las llaves, encaminándose hacia donde estaba su coche. Cuando llegaron ante éste, Natacha hizo una seña, y uno de los hombres se acercó, se hizo cargo de las llaves, y se metió en el automóvil. Culverson se dispuso a hacer lo mismo, pero Natacha-Margarita tiró suavemente de su brazo.

—No, señor Culverson. Venga conmigo. Me temo que nosotros haremos el viaje un poco más incómodos, pero valdrá la pena.

—¿Adónde vamos?

—Aquí mismo, a la vuelta de la esquina.

A los pocos segundos doblaron la esquina. La camioneta apareció, se detuvo ante ellos en doble fila. Myron Culverson se quedó mirándola entre perplejo y sombrío, mientras los tres hombres que seguían tras ellos se dirigían a la parte de atrás y abrían las puertas.

—Seguramente —dijo Margarita-Natacha— se está usted dando cuenta ahora de que ha visto antes esta camioneta, ¿verdad? La conduce uno de mis amigos, que le ha estado siguiendo toda la tarde y la noche. Suba, por favor.

Culverson subió. Margarita le siguió ágilmente, y uno de los tres hombres cerró las puertas. Otro encendió la luz interior de la amplia caja de la camioneta, que tenía un banco a la derecha, a todo lo largo. El tercer hombre dio unos golpes en la cabina, y la camioneta reanudó la marcha.

Capítulo X

Margarita se sentó en el banco, y tocó a su lado, mirando a Culverson, que comprendió y se sentó junto a ella. Frente a ambos, apoyados de espaldas en el otro lado de la camioneta, de pie, los tres hombres miraban sin pestañear a Culverson.

—Nos dirigimos ahora hacia la… factoría especial de la H. H. Oil, que ha sido tomada sin derramamiento de sangre pero completamente por otros amigos míos —explicó apaciblemente Margarita—. Espero que comprenda que ello significa que, en cuanto se refiere a esta parte, tengo perfectamente controlada la situación: sus hombres, armas, máquinas e instrumentos, todo, absolutamente todo, está ahora bajo el control de mis compañeros. ¿Entendido esto, señor Culverson?

—Sí. ¿Cómo… cómo es posible que esté usted aquí…?

—… ¿En lugar de estar muerta en el fondo del mar o aplastada en tierra firme tras mi caída desde su *jet*? Considérelo una… estrategia de espía, señor Culverson. ¿A qué hora espera usted contacto con Biggest? Quiero decir, con el señor Harold Hereford, usted me entiende.

—No espero ningún cont…

—Empezamos mal, señor Culverson. Usted se hallaba hace unos minutos en muy agradable compañía, y, sin embargo, miraba su reloj con el gesto de quien pronto tendrá que marcharse. Evidentemente, sólo se abandona una agradable compañía para atender asuntos importantes… Y no se me ocurre que usted tenga asunto más importante que contactar periódicamente, a las horas convenidas, con Biggest. Durante el día no puede ser, porque la radio está en la «factoría especial», y usted no puede estar allí, ya que debe atender las oficinas en Dallas. De modo que los contactos se producen por la noche. ¿A qué hora, cada cuánto tiempo? ¿A las doce de la noche, tal vez?

—No.

—¿A qué hora, entonces? ¿La una de la madrugada?

—No.

—¿A qué hora, señor Culverson?

Éste permaneció en silencio. Margarita-Natacha lo miró con irritada incredulidad. De pronto, Culverson respingó, y la miró a ella vivamente.

—¿Cómo sabe usted lo de Biggest? —exclamó.

—No comprendo.

—Harold nunca ha utilizado antes este nombre, lo eligió para esta operación, y sólo pensaba utilizarlo en su relación con los secuestrados… Sólo en el Zetacero. ¿Cómo lo sabe usted?

La rubia sonrió divertida.

—Soy yo quien está interrogando, señor Culverson, no complique las cosas.

—¡Nadie que no haya estado en el Zetacero puede saber…! ¡Usted es Brigitte Montfort!

—¡Qué idea tan fantástica, señor Culverson! Para su conocimiento, le diré que la señorita Montfort permanece secuestrada en un lujoso yate. Es por eso que…

—¡Usted tiene que ser Brigitte Montfort!

—Ya que es usted tan listo espero que se dé cuenta de que se halla en muy mala situación. ¿A qué hora le suele llamar Biggest?

—A ninguna.

—Se lo voy a explicar claramente y muy resumido: es mi deseo que cuando Biggest llame usted atienda la llamada como si todo estuviese bien por aquí, salvo algún detalle de suma importancia que requiera su presencia urgente en la factoría. ¿Será tan amable de complacerme, señor Culverson?

—Está usted loca si piensa que voy a hacer semejante cosa.

Durante unos segundos la rubia estuvo mirando fijamente a Culverson. Luego, se puso en pie, golpeó en la cabina por tres veces, y, al poco, la camioneta se detuvo… Natacha-Margarita abrió las puertas de la camioneta, y saltó a tierra. Uno de los hombres cerró las puertas, y la camioneta reemprendió la marcha.

Margarita se encontró sola en la 2nd Avenue, ya casi en la periferia de Dallas. Se dedicó a pasear tranquilamente, hasta llegar a un cartel indicador: se hallaba en la Nacional 175; Palestine

distaba 108 millas, Lufkin 168, Beaumont 278. Regresó en busca de algo que la entretuviera. Había una gasolinera, y un par de muchachos con motos se quedaron mirándola sonrientes. Un automóvil estaba repostando combustible. Se alejó, con paso mesurado.

A los pocos segundos oyó tras ella el retumbar de las dos motocicletas. Se volvió, contrariada, pues temía lo que iba a ocurrir. Y en efecto, los dos muchachos detuvieron las motos a su altura.

—¿Quieres dar un paseo, nena?

—No, gracias. Estoy esperando a mi novio.

—¡No digas…! ¿Y quién es tu novio? ¿Superman?

Se echaron a reír los dos. Bueno, cada cual se divierte a su manera. Margarita siguió paseando, llevando a los dos muchachos a su altura, por la calzada.

—Anda, no seas tonta —la invitaron—: nosotros no pagamos, pero lo pasarás más divertido.

La camioneta apareció, y al poco se detenía a la altura de la rubia y los dos muchachos. Uno de los Simones saltó por la parte de atrás, se acercó a Margarita, y la tomó del brazo. Se quedó mirando a los muchachos, que soltaron una risotada.

—¡Lo tienes bien montado, so puta! —exclamó uno de ellos.

—¡Que te viole un sapo, nena!

Las dos motos salieron disparadas. Margarita subió a la camioneta sonriendo. Muy ingenioso, lo del sapo. Simón cerró tras Margarita, que se sentó en el banco de nuevo, junto a Culverson. Es decir, parecía Culverson, más o menos. Tenía las ropas desgarradas, la nariz partida, la cara llena de sangre, un ojo inflamado y el pómulo abierto… Jadeaba como si en el mundo no hubiera suficiente aire para él.

—¿A qué hora, señor Culverson?

—Pronto… A… a las doce…

Margarita miró su relojito de pulsera, y asintió.

—Llegaremos con tiempo de sobra. Quiero advertirle que el mal rato que acaba de pasar es sólo un simpático aviso de lo que puede ocurrirle si no colabora. ¿Está claro?

—SÍ… Sí.

—Bien. Esos cilindros metálicos que hay en una de las naves, ¿qué son?

—Bombas.

—Sí, sí, pero… ¿qué clase de bombas?

Culverson la miró malignamente, y sonrió. Estaba grotesco.

—Bombas atómicas —dijo.

—Muy bien —no se alteró en absoluto Margarita—. ¿De qué potencia?

—Como las de Hiroshima.

—¿Las fabrican ahí, en ese lugar?

—Naturalmente. Tenemos personal adecuado para ello. Hace tiempo que Harold y yo estamos preparando esto.

—¿De quién fue la genial idea? ¿De él o de usted?

—De él. Cuando me propuso colaborar ya lo tenía todo en marcha, pero necesitaba alguien inteligente y de absoluta confianza. Yo estaba ya en la H. H. Oil como ejecutivo, y me lo propuso.

—Entiendo. ¿Qué se proponen realmente ustedes?

—¿Quiere saberlo todo? —rió de pronto Culverson.

—Me gustaría.

—Pues se lo voy a explicar… Breznev y Reagan serán asesinados, y sus cadáveres serán arrojados con paracaídas sobre Washington, para que sean recogidos. Pero eso será después de que los zepelines hayan llevado a cabo su labor.

—Llevan bombas atómicas, ¿no es cierto?

—¡Es usted muy lista!

Baby estaba lívida.

—En ocasiones no quisiera serlo tanto. ¿Dónde pensaban arrojar esas bombas?

—En Nueva York y en Moscú. Hay dos bombas atómicas en cada zepelín, es decir, que en estos momentos ocho bombas como la de Hiroshima están volando sobre nuestras cabezas. Cuatro de ellas sobre los Estados Unidos rumbo a Nueva York, o quizá ya sobre la misma ciudad. Las otras cuatro, rumbo a Moscú. Y las ocho caerán cuando los zepelines que están cruzando el Atlántico lleguen a Moscú.

—No caerá ninguna de esas bombas, porque nosotros lo impediremos. Usted atraerá a mi trampa a Biggest, y él ordenará al personal de esos zepelines…

—¿Personal? ¿Qué personal?

—¿No llevan tripulación?

—¡Claro que no! Los hombres no son fiables… Esos cuatro zepelines están volando gobernados por computadoras, programadas para llegar inexorablemente a su destino. Cualquier intento de detener las naves dará lugar a la explosión de las ocho bombas. Todo está previsto, las rutas han sido meticulosamente calculadas y programadas…

—Se puede abordar esos zepelines sobre la marcha, perforando la cubierta, e inutilizar esas bombas.

—¿Sí? Bueno, inténtelo, y ya verá lo que pasa.

—¿Qué pasaría?

—En el mismo momento en que alguien toque los circuitos de cualquiera de esas ocho bombas, las ocho harán explosión. ¿No entiende? Están todas bajo el programa de una serie de computadoras. Todo está en manos de las computadoras: la ruta, la altura, los círculos de los zepelines que vuelan sobre Estados Unidos a la espera de que los otros dos lleguen a Moscú, el combustible necesario, la descarga de las bombas… ¡Todo!

—Esas computadoras… ¿son las que están en la factoría?

—Por supuesto.

—Pues estaban atendidas por personal.

—Para vigilar su funcionamiento en todo momento, por si se producía alguna avería de emergencia atenderla inmediatamente, ya que una interrupción del programa durante tan sólo un minuto dará lugar a la explosión.

—Un minuto…

—Olvídelo —rió secamente Culverson—… ¡Nadie podría manejar esas computadoras durante el tiempo necesario para detener el programa! ¡Un minuto no es nada! Además, está previsto. Nadie conoce el programa, nadie puede hacer nada, nadie puede detenerlo… Y si se ponen a manipular las computadoras en busca del programa, y éste queda interrumpido por más de un minuto…

—Debe de haber algún modo de evitar eso, de detener el programa.

—Oh, sí. Pero sólo Harold puede conseguirlo.

—¿De qué modo?

—Utilizando ese minuto de interrupción para cambiar uno de los discos magnéticos por otro que está en su poder. Si se cambian los discos magnéticos, los cuatro zepelines regresarán a la base sin

haber descargado las bombas, y los dispositivos programados de éstas quedarán anulados para la explosión.

—Es decir, que todo el programa quedaría anulado cambiando en un minuto el disco magnético que hay ahora en la computadora directora por el que tiene en su poder Biggest.

—Exacto. Y todo lo que no sea eso, será el caos.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué quieren hacer eso? Culverson, si esas ocho bombas cumplen su destino morirán millones de personas. ¿Por qué, para qué? ¿Qué es lo que pretende en definitiva Biggest?

—Pregúnteselo a él.

—Lo haré cuando lo vea.

—¡No podrá verlo! ¡Ya nunca más, señorita Montfort!

—Usted lo llamará, le dirá que venga aquí…

—No vendrá. Si le digo eso comprenderá que algo está saliendo mal.

—¿Y precipitaría la explosión de las ocho bombas?

—No… Eso no. Eso ni él puede hacerlo, como no sea interrumpiendo el programa. Y para eso tendría que derribar uno de los zepelines o venir aquí a manipular la computadora directora o provocar en ella una avería… cuya reparación requiriese más de un minuto, se entiende.

—En ese caso, y puesto que él no va a venir aquí, todo lo que tenemos que hacer es proteger el vuelo de los cuatro zepelines, y eso nos garantizaría que no ocurriría nada hasta que los que están en ruta hacia Moscú lleguen allá. ¿Es así?

—Sí, claro.

—Bien… Dentro de unos minutos daré la orden para que esos artefactos sean custodiados por tierra, mar y aire en toda su ruta, vayan a donde vayan, y naturalmente, espero que sigan volando sin problema alguno, ya que tan bien programados están. Claro que, como nadie ha sido informado respecto a ellos, ni ha sido divulgada la mentira de que contienen octavillas con la Declaración de Ocho Puntos para la Paz, quizás a algún cretino se le ocurra interrumpir su vuelo para… No. No, porque todos creerán que los tres Presidentes están en uno de ellos. No harán nada, los dejarán volar —Baby lanzó un fuerte suspiro de alivio—… En definitiva, lo que tenemos que conseguir ahora es ese disco magnético que cancelaría

el programa de explosión de las ocho bombas.

—Jamás lo conseguirá. Ya le digo que Harold no vendrá.

—Los árabes dicen: si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña… ¿Sabía usted esto, señor Culverson?

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que nosotros iremos al encuentro de Biggest. Usted y yo. Él está ahora volando sobre el Caribe, ¿no es así?

—Sí.

—Cuando le llame, dígale que tenemos que encontrarnos en un punto intermedio. Por ejemplo, en el Canal de Yucatán…

—No, no, es demasiado lejos.

—¿Lejos? —se sorprendió Baby—. No comprendo. Lejos… ¿de dónde? ¿De aquí o de allí, del Caribe?

—Del Caribe…

La espía se quedó mirando especulativamente a Culverson, que desvió la mirada.

—Sospecho que se le ha escapado algo que no quería decir, señor Culverson —susurró ella—. Lejos… ¿de dónde?

—Ya se lo he dicho: del Caribe.

—Me parece que voy a apearme otra vez de la camioneta. ¿Es eso lo que quiere?

—No… ¡No!

—Entonces, conteste: ¿qué ha querido decir con eso de «demasiado lejos»? ¿Lejos de dónde?

Myron Culverson se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Margarita-Natacha encogió los hombres, y se puso en pie…

—¡De Jamaica! —gritó Culverson—. ¡De Jamaica, maldita sea!

Margarita se sentó de nuevo.

—¿Qué pasa en Jamaica? —se interesó.

—Tenemos allí un punto de apoyo, una… ruta de fuga por si algo saliese mal en el Caribe. Fue idea de él.

—¿En qué consiste ese punto de apoyo?

—Harold compró una pequeña villa en Jamaica, concretamente en Yallahs, una localidad insignificante.

—¿Y qué hay en esa pequeña villa? Señor Culverson, me está haciendo perder la paciencia. ¿Qué hay allá, en esa villa, en Jamaica?

—En la villa hay varios hombres armados. Dos de ellos son

pilotos, y están al cargo de un avión que Harold hizo llevar allá antes de iniciar la operación. El avión está en el aeropuerto de Palisadoes, relativamente cerca de la villa de Yallahs.

—¿Y a qué se dedican esos hombres mientras se espera que pueda llegar el momento en que los necesiten?

—A nada. Están allí sólo como punto de apoyo, dándose la gran vida. Si Harold se viese en apuros, si ocurriese algo inesperado iría a Jamaica, se haría llevar a Palisadoes, y escaparía bien lejos del Caribe con el avión, posiblemente hacia América del Sur.

—¿Dejando abandonado el Zetacero?

—Eso no lo sé.

—¿Y cómo llegaría a Jamaica?

—¡No lo sé! Supongo que se las arreglaría de alguna manera, no es ningún tonto.

—No, no lo es… ¿Cómo es esa villa y dónde está exactamente?

—No sé cómo es, pues no la he visto. Ni sé dónde está exactamente.

—Señor Culverson…

—¡Sólo sé que la llaman «Cañadulce», o algo así! ¡Le juro que no sé nada más de esa villa!

—Es usted un hombre muy terco.

—¡Le digo que no sé nada más!

—Tranquilícese —sonrió la espía—. De todos modos, por el momento, esa villa no nos interesa, y en todo caso no complicaríamos las cosas yendo allá, por si Biggest tiene costumbre de comunicarse con sus ocupantes… Esa villa no importa. Lo que importa es que usted atienda a Biggest cuando llame, y le conteste según las instrucciones que voy a facilitarle…

—Se arriesga usted mucho, ¿no? —Pareció retorcer una sonrisa Culverson—. Yo podría tener el medio de deslizarle un mensaje a Harold sin que usted se diera cuenta.

—Ya he pensado en eso. Y quizá Biggest se las arreglara para hacer mucho daño. Pero, señor Culverson, usted estará conmigo en todo momento, al alcance de mis represalias. Y voy a decirle una cosa: la vida es maravillosa, pero a veces puede convertirse en una tortura insufrible… que puede durar días, meses, y hasta años. Será mejor para usted que no me obligue a ser malvada.

Myron Culverson no dijo nada más. Estaba pálido como un

muerto.

—Durante el resto del trayecto —dijo siempre amablemente Margarita-Natacha— será conveniente para usted que me escuche con suma atención, señor Culverson.

Capítulo XI

Eran las doce menos siete minutos de la noche cuando la camioneta se detenía en uno de los ángulos de las naves y sus ocupantes saltaban a tierra. Simón-Texas, avisado ya de la llegada de Baby, acudió a esperarla, y, apenas ésta puso los pies en el suelo, se apresuró a informar:

—Hemos encontrado un túnel bajo la nave donde se fabrican las bombas.

—¿Adónde conduce?

—A ninguna parte.

—Eso es absurdo.

—Sí, lo es, pero así están las cosas. Tal vez tenga una justificación, de todos modos. Los bancos donde se preparan las bombas pueden hundirse completamente bajo el piso, y por medio de un dispositivo electrónico vuelven a quedar ocultos. Allí, en ese gran sótano hay además una especie de estudio lleno de planos para la fabricación de las bombas… ¡Maldita sea, no entiendo cómo una cosa así pudo divulgarse! ¡Hoy día cualquiera puede fabricar una bomba atómica!

—Cualquiera, no, pero sí alguien que disponga de los medios económicos de Biggest para sobornar a técnicos adecuados. En cuanto a ese túnel, obviamente debe de conducir a alguna parte.

—Tal vez la idea inicial fuera eso, pero las obras fueron abandonadas en determinado momento. Puede comprobarlo usted misma.

—Luego. Ahora vamos a la radio, para que el señor Culverson atienda a Biggest cuando éste llame.

—Ese hombre no va a ser fácil de engañar.

—No podemos hacer otra cosa, Simón. Vamos allá.

Eran las doce menos dos minutos cuando Myron Culverson se sentaba ante la radio, instalada en el mismo cuarto del radar y los

restantes sistemas de alarma.

A las doce en punto, en efecto, Biggest efectuó la llamada.

Margarita-Natacha, simplemente, miró a los ojos a Culverson.

Éste contestó la llamada.

Durante más de tres minutos hubo una porfía entre Culverson y Biggest, pues éste se negaba a acudir a la cita en aguas al sur de Jamaica, y, sobre todo, a que Culverson abandonara su puesto en Dallas. Además, de ninguna manera pensaba recibir a bordo a nadie más que a él, de modo que lo de permitir la entrada en el Zetacero a la espía rusa que Culverson estaba mencionando había que desecharlo definitivamente. Culverson sudaba de angustia, e insistía una y otra vez, hasta que, finalmente, llegaron a un acuerdo; Biggest acudiría a la cita, ya que tan importante era lo que la espía rusa tenía que decirle, pero ésta debía subir a bordo desarmada y sola…

Y más le valdría a la tal Natacha Smerenova que lo que tenía que decirle fuese de verdad importante.

Conseguido esto, el resto fue fácil. Culverson y Natacha saldrían inmediatamente en el *jet* hacia Jamaica, tomarían tierra en el aeropuerto de Kingston, y desde aquí, en una lancha se dirigirían al lugar de la cita en el mar.

Cuando el contacto terminó, Culverson se dejó caer de bruces sobre el tablero, agotado.

Junto a él, mirándole fijamente, estaban Natacha, Simón-Texas y Simón-Army.

Fue éste quien dijo:

—Con el *jet* pueden estar en Jamaica apenas amanezca.

—Y yo puedo ocuparme de que al llegar tengan esperando la lancha —dijo Simón-Texas—. Puedo llamar por teléfono a un compañero de allá y decirle que cambie su onda de radio a la de Texas, de modo que usted podrá comunicarse con él sin interferencias.

—Así lo haremos —asintió Natacha—. Mucho cuidado con permitir que nadie toque uno solo de los aparatos de estas instalaciones. Ahora, mientras el señor Culverson se arregla un poco y esperamos que llegue un helicóptero para que nos traslade hasta el *jet*, vamos a echar un vistazo a ese sótano y el túnel.

Acompañada por Simón-Texas y dos agentes más de la CIA,

Natacha pasó a la otra nave, y descendió por uno de los fosos hasta el gran sótano en un lado del cual, en efecto, había un estudio lleno de planos y notas. Magníficamente acondicionado e iluminado, con renovación de aire, todo el confort que se pudiera exigir. La espía terminó por encoger los hombros, y pidió que le mostrasen el túnel.

Éste se hallaba al otro extremo del sótano, y su entrada se hallaba cerrada por una puerta de color tierra. No tenía cerradura, sino un simple pestillo de presión, así que bastaba empujar la puerta para abrirla.

—¿Qué longitud tiene? —preguntó Natacha.

—Más de un cuarto de milla, pero ya le digo que no hay nada aquí dentro. Y es terriblemente húmedo.

—¿A qué distancia debemos de estar de la superficie?

—No más de cinco metros, hemos calculado.

—Entonces no serviría de gran cosa para el caso de una explosión atómica ahí arriba.

—Desde luego que no. Yo insisto en que se iniciaron las obras con algún propósito determinado, pero fueron abandonadas. Se me ha ocurrido que Biggest ordenó que fueran suspendidas cuando ya todo su plan estuvo preparado para ser llevado a la práctica.

—Sí, pero… ¿para qué lo empezaron?

—Puede ser una salida de escape en caso de cualquier clase de accidente aquí abajo. O quizá se temió en algún momento que la salida por los fosos pudiera quedar bloqueada, y entonces se pensó en esta salida de emergencia.

Mientras hablaban, iban caminando hacia el fondo del túnel, cuyas paredes eran de simple tierra. Había bastante humedad allí abajo, y las pisadas apenas se oían, como si estuvieran caminando sobre algodón. La anchura del túnel era de poco más de un metro, y, a medida que se iban adentrando en él la sensación iba siendo más asfixiante.

Finalmente, la luz de las dos linternas que estaban utilizando iluminó el término del túnel. Ahí, simplemente, se había dejado de seguir perforando, y eso era todo. La tierra aparecía igual que en los lados. Un túnel ciego, no había nada más que ver allí.

—Está bien —tuvo que convencerse Natacha un par de minutos más tarde—, debe de ser todo como usted ha dicho, Simón.

—Estuvimos hurgando en esta tierra, por si estaba suelta o era

un camuflaje para ocultar alguna puerta, pero no. Todo es terreno sólido.

—De acuerdo. Salgamos de aquí.

De nuevo en la nave de las computadoras, se reunieron con Culverson, al cual se le habían facilitado ropas de uno de los técnicos de su estatura. Mientras tanto, todo el personal había ido despertando de su sueño…, para encontrarse como metidos en una pesadilla. La ocupación de la factoría era total, todo estaba lleno de hombres que no permitirían que nada ocurriese sin su consentimiento.

Cinco minutos más tarde, Natacha Smerenova, Myron Culverson, y tres agentes de la CIA, emprendían el vuelo en helicóptero hacia Fort Worth, donde había quedado el *jet*.

* * *

Apenas la mano tocó su hombro, Natacha Smerenova abrió los ojos. De pie junto a ella, uno de los Simones sonrió, todavía con la mano en su hombro.

—Estamos llegando. Hace cinco minutos que ha amanecido.

—Muy bien.

—Aterrizaremos dentro de diez minutos.

Natacha asintió, se irguió en el asiento, y miró hacia el otro lado del avión, donde, en uno de los asientos, atado de pies y manos, estaba Myron Culverson, que la miraba sombríamente. En su rostro destacaban ahora las inflamaciones producidas por los golpes. Uno de sus ojos estaba casi completamente cerrado.

—Me parece que no ha pasado usted buena noche, señor Culverson —sonrió Natacha—. En cambio, yo, he dormido espléndidamente… Usted que conoce este aparato, ¿sabe si podemos desayunar algo?

—No.

—Vaya, mala suerte. Pero en fin, no todo va a salir bien, ¿verdad?

—Parece que a usted sí le sale todo bien, señorita Montfort.

Natacha se quedó mirándolo afablemente con sus hermosísimos ojos azules. Sonrió, abrió su maletín, y extrajo de él las lentillas de contacto de color verde, que se había quitado horas antes para

dormir. Se las colocó cuidadosamente, y señaló a Culverson.

—Desátenlo. No podemos desembarcar en Palisadoes con un hombre prisionero. Maltrecho, sí, debido a un desdichado accidente, pero no maniatado.

Uno de los Simones procedió a desatar a Culverson, mientras otro decía:

—Se nos ha ocurrido que ya que estamos aquí podríamos ir a esa villa llamada «Cañadulce» y…

—No. No, no, nada de eso. Esa gente no ha sido utilizada y espero que no lo será en ningún momento. ¿Para qué complicarnos la vida? Que sigan esperando, y en todo caso, cuando hayamos terminado lo importante quizá les demos un pequeño susto.

—Tal vez Biggest los haya llamado desde el Zetacero y nos estén esperando en Palisadoes. Biggest les habrá dicho cómo es su *jet*. Podrían darnos un disgusto.

—No. Biggest no sabe que Culverson nos ha hablado de ello, y no los pondrá en juego salvo que se vea en un apuro.

—Si tenemos a Culverson, Biggest tiene que comprender que le hemos obligado a decirlo todo.

—Claro que no. Biggest sabe que el señor Culverson es lo bastante listo para haberse reservado ese triunfo. ¿Por qué habría de decirnos nada el señor Culverson sobre un punto de apoyo en Jamaica? ¿Y cómo se nos habría ocurrido a nosotros pensar que tal punto existe? No. Biggest se reserva eso. Utilizar ahora ese punto de apoyo sería ponerlo en evidencia, y quizá no poder disponer de él cuando realmente lo necesitara.

—Demonios, tiene razón.

—Espero que sí —sonrió Natacha—. De todos modos, tendremos cuidado cuando desembarquemos.

No hubo problema alguno. La torre de control autorizó el aterrizaje, conforme a lo establecido anteriormente por la radio, y, en cuanto el *jet* estuvo parado en una de las pistas, Natacha recurrió a su radio de bolsillo.

—¿Simón?

—¡Hola! Aquí Simón-Jamaica. Bueno, no soy Simón-Jamaica, sino un simple Simón, pero puesto que estamos trabajando de incógnito y se ha recurrido a mí telefónicamente, no tendrá más remedio que entenderse conmigo.

—Celebro que esté tan despejado a estas horas de la mañana —casi rió Natacha—… Vamos a desembarcar enseguida. ¿Le parece a usted que hay gente sospechosa por aquí?

—No. Tengo a tres compañeros más metidos en esto, y todo está bajo control. Una lancha la está esperando en Kingston, adonde podemos llevarla en coche cuando usted guste.

—Bueno, a eso se le llama un buen trabajo. En el coche vendrán solamente dos de ustedes. Luego, cuando lleguemos a la lancha, el señor Culverson y yo seguiremos el viaje los dos solos.

—¿Y qué haremos todos nosotros?

—Nuestros compañeros que se quedarán en el *jet* ya tienen instrucciones. Vamos a salir.

A las siete y cuarto de la mañana, Natacha Smerenova y Myron Culverson zarpaban rumbo al sur, desde Kingston, en una lancha veloz de dos motores, pilotada por la propia espía. Sentado en cubierta junto a ella, libres sus manos y sus pies, Culverson comenzó a mirarla malignamente.

El día era espléndido, el cielo aparecía azul, reflejando su tono en las transparentes aguas un poco rizadas.

—Seguramente hay tiburones por estas aguas —dijo Natacha, de pronto, mirando a Culverson.

—Seguramente —gruñó éste—. ¿Y qué?

—Lo comento, nada más. Se me ha ocurrido que sería muy desagradable caer por la borda y quedar abandonado a merced de esos horribles bichos.

—¿Piensa usted caer por la borda? —sonrió Culverson.

—Yo no. Pero usted saltará por ella si me ataca, tal como está pensando. No me menosprecie, señor Culverson.

Media hora más tarde, avistaron el Zetacero, acudiendo desde el este de modo que, como se había convenido, sus rutas se habían de cruzar. Natacha detuvo los motores de la lancha, y se quedó mirando la gran nave que se iba acercando. Culverson se puso entonces en pie, y tendió una mano.

—Ahora sí debe entregarme su arma. Y su maletín con la radio… Todo. Le aseguro que Harold no nos recibirá a bordo si no se asegura de que la situación la tenemos controlada nosotros. Es más puede destruirnos a ambos si sospecha que algo no va bien.

La lancha se había detenido ya completamente. Natacha entregó

a Culverson el maletín, en el que estaba también la pistola de cachas de madreperla.

—Debería echarla por la borda a patadas —jadeó Culverson, considerándose ya dueño de la situación—… ¡Debería romperle los brazos y echarla para pasto de los tiburones!

—Pues hágalo.

—Eso quisiera usted… Pero no, no lo voy a hacer. Le tengo reservado algo mucho mejor, señorita Montfort. Y además, quiero que antes hable con Harold, para que él se entere de todo muy bien y pueda tomar las medidas de seguridad convenientes. No se mueva de ahí, ¿entiende?

Natacha Smerenova no contestó. Volvió a mirar el enorme zepelín, que estaba ya prácticamente encima de ellos.

—Usted subirá primero —dijo Culverson.

—Muy amable.

El Zetacero pasaba por encima de ellos un par de minutos después, con aquella lentitud tan característica que permitía abordarlo por poco ágil que fuese el invitado. Natacha no tuvo problemas en este sentido, y muy pronto se encontró en la barquilla. Todo igual que la vez anterior. No se veía a nadie allí. La puerta de la cabina de mandos estaba cerrada. Se acercó a ella y probó de abrirla, sin conseguirlo…

—No toque nada —sonó la voz de Biggest en alguna parte.

El zepelín estaba maniobrando para pasar a recoger a Culverson, el cual se halló a bordo tres minutos más tarde. La lancha quedó abandonada, un punto insignificante sobre el oleaje, bastante más rizado que cerca de la costa jamaicana. La compuerta del Zetacero se cerró, y los dos recién llegados subieron hasta el techo de la barquilla, desde donde, abierta ya la trampilla, abordaron la enorme mole por la base.

Biggest estaba allí, esperándoles.

Y esta vez sí tenía armas. Una imponente automática parecía un diminuto juguete en su manaza.

La trampilla se cerró.

—¿Café? —ofreció Biggest.

Natacha no pudo contener una sonrisa.

—Sí, gracias.

—Lo tengo ya preparado en una de las salas. Myron, me has

decepcionado.

—Escucha, Harold, esta mujer…

—Hablaremos mientras tomamos café. También tengo unos deliciosos bollos dulces. ¿Le apetecen a usted, señorita…? Bueno, entendí que se llama Natacha…

—¡No se llama Natacha! —barbotó Culverson—. ¡Ni es rusa! ¡Es Brigitte Montfort!

—Oh —alzó las cejas Biggest—… ¿De veras? Me parece que todo esto está resultando sumamente interesante. ¿Qué me dice de los bollos, señorita Montfort?

Un lento escalofrío recorrió la espalda de la espía internacional. En aquel mismo instante comprendió que Biggest llevaba sus planes y previsiones mucho más allá incluso de lo que Culverson sabía. Lo supo con tanta certeza que el escalofrío fue inevitable y visible.

Biggest le sonrió amablemente.

—No se preocupe —dijo—. Tal vez todavía podamos encontrar una solución más o menos amistosa. Vengan, por favor.

Entraron en una de las salas, donde, en efecto, ya estaba dispuesto un desayuno a base de café, bollos, y tostadas con mermelada.

—No es un desayuno sofisticado, pero resulta agradable. ¿No está de acuerdo, señorita Montfort?

—Brigitte para usted —sonrió como pudo la espía.

—Oh, sí, es cierto, lo había olvidado… Debo admitir que estoy ligeramente desconcertado. Por supuesto, me temí algo cuando Myron, en contra de todas mis disposiciones, dijo que tenía que reunirse conmigo. Y no digamos lo que me sobresalté cuando dijo que traería una espía rusa… Pero usted no es rusa, no es espía…

—Se equivoca en eso, Biggest: sí soy espía.

—Déjeme pensar en ello… ¿Baby, tal vez?

De nuevo sintió Brigitte un escalofrío. La mirada de Biggest era amable, pero fija, directa, penetrante. Ante el mutismo de Brigitte, el tejano señaló uno de los sillones. Brigitte se sentó, y se sirvió café, del cual bebió un sorbo. Tomó uno de los bollos, y lo mordió expectante.

—Excelente —dijo—… ¿Los hace usted?

—Así es. Soy un gran aficionado a la cocina. Aunque de momento sólo hago cosas sencillas. Tiene usted nervios de acero,

Brigitte. Porque supongo que ya ha comprendido que todo está perdido para usted, ¿verdad?

—Tal vez. Pero más perdido está para usted. Tenemos ocupada su factoría. Y en estos momentos unos cuantos técnicos muy cualificados están estudiando sus computadoras para detener el proceso de locura que usted ha ideado. Mala noticia, ¿verdad?

Biggest había acusado el golpe, estaba pálido. En sus labios hubo una violenta crispación.

—Si tocan esas computadoras sólo conseguirán precipitar mis planes —dijo secamente.

—Sí, eso tengo entendido… Es decir, así lo creía hasta ahora. Pero su reacción me ha… sorprendido y aliviado mucho. Debe de haber un procedimiento para evitar que esas ocho bombas lleguen a su destino, ¿verdad? Quiero decir, aparte del disco magnético que supongo obra en su poder.

—Inténtenlo y verán lo que pasa. ¡Detengan el proceso de las computadoras durante más de un minuto, o cometan el menor fallo en sus manipulaciones, y ya verán!

La divina espía se quedó mirando fijamente a Biggest sin dejar de masticar el bollo. De pronto, Brigitte bajó rápidamente la mirada hacia la taza de café, conteniendo apenas la exclamación de triunfo. Pero su agitación, pese a estar bien dominada, no pasó del todo desapercibida para Biggest, que se sentó bruscamente frente a ella en otro sillón.

—¿Qué ha pensado usted? —murmuró—. ¿Qué se le ha ocurrido?

—Nada.

—No es cierto… Ha pensado algo. He oído hablar de usted y si realmente es la agente Baby de la CIA, me parece que voy a tener más complicaciones de las previstas. No se puede elogiar tanto a una persona sin que haya un minino fondo de verdad en todo cuanto se dice de ella. ¿Qué ha pensado usted?

—Ya le digo que nada. ¿Dónde están sus tres invitados?

—Los he matado.

Brigitte se quedó con la taza a medio camino hacia sus labios. Luego, sonrió.

—No sea estúpido —dijo—. Claro que no los ha matado.

—¿No? Pues si los encuentra en el Zetacero avíseme. ¿Qué cree

que soy? ¿Un cretino total? Anoche, cuando me comuniqué con Myron, comprendí que todo estaba bastante mal… No me esperaba tanto, pero por si acaso decidí cortar mi… actuación sobre el Caribe, desaparecer, y dejar que las computadoras hicieran el resto del trabajo. Y ya decidido a esto, eliminé a esos tres hombres, y los arrojé al mar. Y ahora, considerando que mis zepelines destinados a Moscú ya están llegando a Europa, sólo tendremos que esperar un día más para que el proceso finalice. Y la culpable de todo habrá sido usted.

Capítulo XII

—¿Yo? —exclamó Brigitte—. ¡Claro que no!

—¡Usted me engañó! ¡Usted vino aquí como Brigitte Montfort, una persona inofensiva, y ha resultado ser Baby! ¡Todo esto es obra de usted, que no entregó mi mensaje, mi película, mi Declaración… haciendo tiempo para atacarme por la espalda! Muy bien, lo ha conseguido. ¿Y ahora qué?

—Está usted equivocado, Biggest. Yo no le mentí. Hice todo lo que convinimos. Fueron los demás quienes desbarataron todo el asunto.

—¡Fue usted! ¡Y le aseguro que si hubiera estado en mi mano ya habrían funcionado los dos zepelines que están volando sobre los Estados Unidos! ¡Yo confié en usted, y usted me mintió!

—Le ruego que se calme. Usted sabe perfectamente, si ha oído hablar de mí, que yo no haría nada semejante, no haría una cosa así, que puede dar lugar a la explosión de ocho bombas atómicas…, ¡ni siquiera aunque ese pequeño arsenal fuese a hacer explosión en el centro del Atlántico!

—¡Usted me mintió!

—No. Vine aquí con mi mejor voluntad de paz.

—¡Mentira! Pero ya no importa. Dentro de veinticuatro horas, cuando esos dos zepelines lleguen sobre Moscú, ellos y los dos que están ya sobre Nueva York harán explosión…

—¿Veinticuatro horas? Bien, tenemos tiempo para conversar con serenidad sobre el asunto. Mire, Biggest, yo puedo ayudarle a usted mucho más de lo que piensa. Dígame qué se propone exactamente, y buscaremos una solución pacífica.

—¡No quiero ninguna solución pacífica!

Natacha-Margarita-Brigitte sí se sobresaltó grandemente ahora. Sus ojos se agrandaron.

—¡Entonces es usted quien me mintió a mí! —exclamó—. ¡Usted

dijo…!

—Yo dije que quería ser más grande que Breznev y Reagan en la paz, ya que no podía serlo en la guerra. ¡Por muchas bombas que yo hubiera fabricado, por mucho daño que yo hubiera podido hacer, ellos podían hacer mil veces más! ¿No dije eso?

—Bueno, sí, pero se entendía que…

—¡Usted lo entendió así! ¡En lo que a mí respecta, en todo momento he tenido decidido que, ocurriera lo que ocurriera, esas ocho bombas debían explotar!

—Dios mío —palideció Brigitte.

—¿Con quién se creen que están jugando ustedes? —gritó Biggest—. ¡Y usted entre ellos, entre los dictadores! Usted, que está al servicio de la CIA y los Estados Unidos. ¿Por romanticismo? ¡Claro que no! ¡Usted es como ellos, unos… unos criminales de masas!

—Por el amor de Dios… ¿Se ha vuelto loco?

—¡Estoy más cuerdo que todos ustedes! ¡Siempre nos están amenazando con sus bombas, con su poderío nuclear, con todo ese armamento que no cesan de fabricar! ¿Conversaciones de Paz? ¿Desarme mundial? ¡Claro que no, porque en cuanto ustedes dejen de tener armas ya no podrán controlar a la humanidad! Así que… ¡nunca dejarán de fabricarlas! ¡Y nunca fomentarán una paz verdadera, porque no les conviene, no quieren que la humanidad viva mentalmente en paz! Por eso, siempre están hablando de armas y desarme, para recordarnos que tienen el poder de la muerte. ¡La muerte de todos! No desean el desarme, no desean la paz DE VERDAD. Pero yo sí, yo seré el hombre que consiguió la paz definitiva para el mundo. ¿Y sabe usted cómo, señorita Montfort?

—¿Cómo? —susurró Brigitte.

—¡Pues precisamente haciendo ver al mundo lo que significaría una guerra nuclear! Me voy a cargar Nueva York y Moscú, las dos ciudades más grandes de Estados Unidos y la Unión Soviética. ¡Millones de muertos y la más grande desolación en cien millas a la redonda de esas explosiones! Esa será mi demostración para la paz, porque… ¿cree usted que después de eso todavía seguirán empeñados los supervivientes en seguir fabricando armas? ¡Después de esa demostración de lo que puede pasar en todo el mundo, se acabó, ya nadie fabricará más armas, de ninguna clase! No

importará que los Gobiernos insistan en eso: ¡no habrá trabajadores, ni técnicos, ni científicos en todo el mundo que acepten seguir en ese juego…! ¿Lo entiende? ¡¿Lo entiende usted ahora, de una maldita vez?!

—Escuche, Biggest —jadeó Brigitte—, sin necesidad de cometer semejante atrocidad podemos hacer comprender al mundo…

—¡NO! ¡Ya basta de comedias! Ahora te amenazo, ahora soy amigo tuyo, ahora hablamos de paz, ahora nos enfadamos y nos amenazamos… ¡Y la Humanidad entera siempre sufriendo, siempre temiendo que en cualquier momento el mundo estalle! ¡NO! ¡ESO SE HA TERMINADO! ¡Ya no más comedias, ni más conversaciones hipócritas y secretas! ¡No más argucias de ninguna clase! ¡Que la gente sepa con qué la están amenazando, que lo sepan de una maldita vez, y entonces, sólo entonces, dejarán de escuchar a esos hipócritas, y se negarán, todos, en todo el mundo, a seguir fabricando armas de ninguna clase! Y entonces sí, entonces, por fin, comprenderán que sólo acatando mi Declaración de Ocho Puntos para la Paz podrá seguir existiendo el planeta Tierra y sus moradores… ¡Y yo seré el hombre que otorgó la Paz Eterna al Planeta Tierra!

Harold Biggest Hereford dejó de hablar, y quedó jadeante, fija su mirada en los aterrados ojos de Brigitte Baby Montfort. Myron Culverson parecía de piedra, también fija su mirada en la espía más peligrosa del mundo.

«—Dios mío, estoy ante dos locos —se dijo Brigitte—… Pero no más locos que otros, pues hay un fondo de razón en lo que dicen: la Humanidad sólo comprenderá con qué clase de amenaza está viviendo cuando la amenaza se convierta en agresión real… Pero no puedo apoyar esto de ninguna manera, tengo que impedir esas explosiones sea como sea… ¡Sea como sea!».

—Quiero encargarme de ella —dijo de pronto Culverson—… ¡Quiero que me la dejes a mí, Harold! —empuñó la pistola de Brigitte.

—No conseguirán nada —dijo con voz aguda Brigitte—. Pueden matarme a mí, pero no conseguirán su objetivo. En cambio, si me…

—¿No conseguiremos nuestro objetivo? —rió Culverson—. ¿Por qué piensa eso?

—Porque los técnicos que están ahora examinando sus

computadoras en Texas encontrarán el modo de detener el proceso.

—Tal vez sí —dijo Biggest—, pero no en veinticuatro horas. ¡Ni en una semana lo conseguirían!

—¿Y en ocho semanas? —replicó Brigitte.

—¡Ocho semanas! —Se echó a reír Culverson—. ¡Dentro de ocho semanas todo habrá terminado! ¡No disponen más que de…!

No dijo nada más. Se quedó mirando a Biggest, que estaba pálido de rabia.

—Lo mismo que se me ha ocurrido a mí se le ocurrirá sin duda a cualquiera de los técnicos que están ahora con sus computadoras —dijo Brigitte.

—¿Qué se le ha ocurrido a usted?

—Biggest ya lo ha comprendido. Las computadoras provocarían la explosión de las bombas si alguien las detuviera en su proceso o les provocase una avería durante más de un minuto, ¿no es así?

—¡Desde luego! ¡Ya hemos aclarado eso repetidamente!

—Sí, lo sé. Lo que no ha aclarado usted es cuántas veces se puede interrumpir el proceso en veinticuatro horas, señor Culverson.

—¿Qué…, qué…?

—Maldita sea —jadeó Biggest—… ¡La voy a matar ahora mismo!

—Pero… no entiendo —estaba visiblemente aturdido Culverson—… ¿Qué ha querido decir?

—He querido decir, señor Culverson, que a los técnicos que están ahora en Texas se les ocurrirá lo mismo que a mí: provocarán una avería y permitirán que dure cincuenta y nueve segundos; acto seguido, la avería será reparada, y al segundo siguiente volverán a provocarla, dejando las computadoras en suspensión durante otros cincuenta y nueve segundos… Esto significa que de cada minuto sólo transcurrirá un segundo a efectos del desarrollo del proceso. De cada sesenta fracciones de tiempo sólo una será útil para el proceso. Lo que significa que pueden retrasar el proceso total durante cincuenta y nueve días. Y en ese tiempo, habrán descifrado y controlado el programa de sus computadoras. ¿Lo comprende ahora?

Myron Culverson, atónito, volvió a mirar a Biggest, cuyo rostro estaba tenso por la rabia. Suficiente para que Culverson

comprendiera que la señorita Montfort no había dicho nada imposible, ni mucho menos.

—Entonces, ¿es cierto? —jadeó—. ¿Lo pueden hacer?

—Podrían —dijo ahora fríamente Biggest—, pero no lo harán. ¡A nadie se le puede ocurrir lo que a esta mujer…!

—Vamos, no sea absurdo —dijo Brigitte—. Quizás incluso se les haya ocurrido ya. Si se me ha ocurrido a mí que no entiendo de estas cosas, imagínese a expertos en la materia. Créame, Biggest, lo mejor que puede hacer es llegar a un acuerdo conmigo, y procuraremos encontrar una solución satisfactoria.

—¿Con explosiones incluidas?

—No, por Dios, eso no, pero…

—¡Entonces, muere! —gritó Biggest.

Extendió el brazo armado y disparó. El estampido de la automática resonó fuertemente en la sala, y la bala fue a hundirse en el respaldo del sillón que había ocupado Brigitte, desplazándolo…, mientras la espía saltaba como una gata hacia el desconcertado y ahora sobresaltado Myron Culverson.

En el momento de producirse el choque Culverson empezaba a reaccionar, con intención de disparar también contra Brigitte, pero ésta golpeó con un codo el brazo armado, y pasó detrás de Culverson mientras la pequeña bala se clavaba en una pared y la pistola saltaba de su mano.

En un instante, Baby estuvo detrás de Culverson, sujetándolo con el brazo izquierdo por la garganta, interponiéndolo entre ella y Biggest.

En los ojos de éste había aparecido una llamarada de furia inaudita, y su brazo se extendió de nuevo, apuntando…

—¡No! —consiguió chillar Culverson, sofocado por la presión del brazo de Brigitte—. ¡No, Harold, me vas a mat…!

¡Pack!, sonó el nuevo trallazo de la potente automática.

Los gritos de Myron Culverson se convirtieron en un tremolante aullido de dolor al recibir la bala en el centro del pecho. Su cuerpo empujó un poco hacia atrás a Brigitte, que cedió suavemente, y reuniendo todas sus fuerzas, empujó al moribundo Culverson hacia Biggest.

Y no eran ciertamente escasas las fuerzas que podía reunir en un momento como aquel la agente Baby.

Culverson salió medio andando, medio volando, hacia Biggest, y el encontronazo fue tan fuerte que ambos hombres rodaron por el suelo, causando tal impacto Culverson sobre Biggest que éste perdió la pistola, que se deslizó por el brillante suelo fuera de su alcance.

La desorbitada mirada de Biggest buscó a la señorita Montfort, y la vio saltando hacia donde había caído su pistola tras escapar de la mano de Culverson. Acto seguido, como enloquecido, Biggest vio su propia pistola, lanzó un grito de rabia, y se puso en pie de un salto. La pistola estaba a unos cinco metros, la puerta de la sala sólo a tres escasos.

Biggest saltó hacia la puerta…

—¡Deténgase o disparo! —gritó Brigitte.

Biggest abrió la puerta de un tirón, volviendo la cabeza hacia la espía, desencajado el rostro. La vio irguiéndose, encajando la pequeña pistola en su mano. Dio un paso hacia fuera de la sala… Tras él oyó un apagado «plof», o le pareció. En la espalda, hacia el costado izquierdo, notó un pequeño pinchazo caliente.

Salió y cerró la puerta violentamente, en la cual resonó el impacto de otra bala.

Dentro de la sala, Brigitte quedó un instante con el brazo extendido, desorbitados los ojos, fija la mirada en la puerta. El pensamiento estalló de pronto en su mente:

«—Si no los había matado antes querrá hacerlo ahora».

Corrió hacia la puerta, se detuvo en seco, y regresó para recoger la automática de Biggest. Armada doblemente, abrió la puerta y saltó al pasillo, girando de tal modo que describiendo un círculo completo sobre sí misma vio en una fracción de segundo todo el amplio pasillo.

Biggest no estaba allí.

La espía quedó erguida, conteniendo la respiración, muy abiertos los ojos. En su pecho, el corazón golpeaba con tal fuerza que le pareció un enorme tambor. No podría oír nada fuera de ella, como no fuese algún ruido fuerte, de nada le servía aguzar el oído en busca de sonidos leves, como pisadas o alguna puerta al cerrarse…

—¡Biggest! —llamó—. ¡Venga aquí, le prometo que buscaremos una solución!

Nada.

Silencio.

La espía más peligrosa del mundo echó a correr hacia los dormitorios, y los examinó rápidamente. Ninguno de los tres secuestrados estaba allí. Ni en la cocina, ni en los servicios, ni en ninguna sala…

«—Dios mío, si los ha matado será igual que haber hecho explosionar esas bombas… ¡Dios bendito!».

Sólo le quedaba por mirar la barquilla del zepelín, donde sin duda estaba también en aquellos momentos Biggest, tramando algo o recogiendo algún arma, avisando a sus hombres… Si subían varios hombres acabarían por matarla, desde luego.

Sólo había un medio de evitar que subieran: cerrarles la entrada.

Corrió hacia el lugar donde la trampilla se abría sobre la barquilla de navegación, y se quedó mirando la señal en el suelo. No había allí nada que indicara cómo se podía abrir, pero frente a ella, en el fuselaje del artefacto volador, vio el pequeño botón rojo y el pequeño botón verde. Sin vacilar, apretó el botón verde…, y la trampilla se abrió.

Brigitte se dejó caer al suelo, y asomó la cabeza por el hueco, apuntando su pistola hacia la puerta que cerraba la cabina de mandos. Puerta que seguía cerrada. Y no había nadie allí, en la barquilla. Por los miradores laterales se veía el mar, muy abajo, quizás a más de dos mil metros…

Volvió a mirar la puerta de la cabina de mandos.

¿Cuántos hombres podía haber allí dentro? ¿O no estaban en la cabina de mandos? ¿Podía ser ésta una pantalla, algo simulado, y estar los mandos de la nave en otro lugar de ésta?

Se puso en pie de un salto.

Nadie en el pasillo, ningún ruido, nada.

Regresó corriendo a la sala donde Biggest había intentado matarla. En el suelo yacía Myron Culverson, pero se precipitó hacia donde había caído su maletín, que recogió. Sólo entonces se acercó a Culverson, que tenía los ojos abiertos.

Se arrodilló junto a él para hacerle preguntas, pero en aquel instante escapaba de los labios de Culverson el último aliento. En realidad, fue como si un cadáver expulsase aire, eso fue todo.

Se puso en pie rápidamente.

¿Dónde estaba Biggest?

Y sobre todo, ¿qué estaba tramando, dónde se escondía, por qué no aparecía con sus hombres? Por pocos que fuesen serían suficientes para acribillarla si aparecían ante ella a la vez, no podría defenderse de todos al mismo tiempo. Por eso precisamente había regresado en busca de su maletín. Podía recurrir al tubo-fusil, cargarlo con ampollas de gas y dispararlo a la menor señal de peligro. El gas era fulminante, por muchos hombres que apareciesen los derrotaría tan sólo disparando una vez el tubo-fusil.

Abrió el maletín, sacó en primer lugar una de las compresas antigás invento del nunca bastante alabado Mc Gee, el jefe de Armamentos Especiales de la CIA. Y en el momento en que se disponía a colocarse la compresa antigás que hacía las funciones de mascarilla, se irguió vivamente.

Las computadoras.

Biggest era un gran aficionado a las computadoras.

Lanzó una exclamación, dejó caer la compresa antigás en el maletín, cerró éste, y con él en la mano izquierda y la pistola en la derecha echó a correr de nuevo hacia la trampilla. La encontró abierta. El mismo silencio, la misma inactividad. Bajó rápidamente la escalerilla, fue ante la puerta de la cabina de mandos, y la empujó. Estaba cerrada. Apoyó la boca de la pistola en la cerradura, y disparó por tres veces. La puerta se movió. Brigitte la empujó, colocándose a un lado, pero nada sucedió.

Previniendo cualquier sorpresa, se asomó, pero después de acuclillarse, de modo que su cabeza aparecería por un lado bajo del marco, lo que sorprendería a cualquiera el tiempo suficiente para que cuando quisieran dispararle ella hubiera tenido tiempo de retirarse.

Pero el rápido vistazo la cercioró de algo que ya no la sorprendió demasiado: no había nadie en la cabina de mandos. Entró, y se quedó mirando el tablero…, que no era tal tablero.

Era una computadora.

Una computadora de vuelo.

Ante ella un alargado parabrisas que permitía ver la línea del horizonte hacia el este; un horizonte en el que flotaba el sol, refulgente, cegador.

A la izquierda de la computadora de vuelo había una escalerilla que ascendía y desaparecía por un hueco del techo. Brigitte sentía

cada vez con más intensidad el presentimiento. Subió rápidamente aquella escalerilla, a cuyo final había una trampilla que estaba abierta, y se encontró en un pequeño cuarto en el que había otra cabina de mandos, igualmente con computadora, pero también manual. Había otros aparatos, entre ellos una gran grabadora.

Brigitte no encontró salida alguna a aquella cabina, salvo la que comunicaba con la trampilla que se abría a la cabina de mandos. Pero tenía que haber otra salida, estaba segura de que debía haber una salida a la parte superior de la nave. Ésta debía de estar llena de compartimientos secretos, aparte de los destinados a combustible.

Puso en marcha la grabadora, se acercó a la pared que suponía daba al pasillo de la parte superior de la nave, y comenzó a palparla, deslizando la mano izquierda suavemente por la lisa superficie. En el mismo momento en que sonaba un chasquido y se abría una puerta, en efecto, al pasillo de la parte superior de la nave, comenzaba a sonar la voz masculina:

—Señor, se le requiere en la cabina de mandos.

Brigitte volvió la cabeza, y se quedó inmóvil. La gran cinta de la grabadora seguía girando.

Sonó otra voz, diferente:

—Acaba de llegar un mensaje de radio.

Brigitte salió al pasillo, donde todo seguía igual. Era como estar en un mundo de fantasmas.

—Viajamos con rumbo correcto, señor. ¿Desea comprobarlo? —dijo otra voz.

Lentamente, Brigitte regresó a aquella pequeña sala, y se quedó mirando la computadora, y luego la grabadora.

La verdad explotó por fin en su mente: estaba sola. Estaba completamente sola en la nave. Es decir, que durante todo el tiempo, Biggest había estado solo, no había tenido con él a ningún hombre, todo lo hacía él, todo lo programaba él: las llamadas, el vuelo con la computadora salvo los momentos de recogida, lo que hacía desde la cabina en que Brigitte se hallaba ahora. La cocina, todo, todo, todo lo había estado atendiendo él solo.

Pero… ¿dónde estaba ahora?

Girando lentamente, Brigitte vio en un rincón del cuarto tres grandes paquetes, que tardó apenas un segundo en identificar: eran

paracaídas. ¡Los paracaídas que había pensado utilizar para hacer descender los cadáveres de Nathan, Reagan y Breznev! Si estaban allí, significaba que había arrojado a los tres al mar, simplemente.

—Dios mío…

¿Había tenido Biggest más paracaídas? ¿Se había lanzado fuera del Zetacero con uno de ellos?

La voz comenzó a oírse de nuevo. Es decir, esta vez no era una voz desconocida, sino la del propio Biggest:

—Diez segundos, nueve segundos, ocho segundos, siete segundos, seis segundos, cinco segundos, cuatro segundos, tres segundos, dos segundos, un segundo… ¡Cero! Ignición. Adiós, señorita Montfort. ¡Feliz muerte!

Hubo una vibración en la nave. Brigitte consiguió reaccionar, agarró uno de los paracaídas, lo tiró a la cabina de mandos inferior, y se deslizó rápidamente por la escalerilla. Todavía estaba en ésta cuando se oyó el agudo silbido que pareció envolver el zepelín.

Por instinto, Brigitte miró hacia el parabrisas que antes le había permitido ver el sol… Y por allí vio aparecer de pronto, por debajo del Zetacero y adelantándolo rápidamente, la pequeña avioneta, mientras todo el zepelín se sacudía de nuevo.

La avioneta se elevó un poco por encima del zepelín, y viró, como emprendiendo el regreso hacia éste. Brigitte saltó la última sección de la escalerilla, y se acercó a la puerta de la barquilla, mirando por los visores laterales. Vio perfectamente la avioneta monoplaza, pequeña, veloz, de color azul.

Feliz muerte.

Feliz muerte.

Feliz muerte…

Brigitte volvió ante la computadora, y se quedó mirándola con ojos desorbitados. Alargó una mano hacia ella, pero no supo qué tocar, qué mando accionar…

Sonó de nuevo la voz de Biggest:

—Usted es muy inteligente, señorita Montfort. Supo comprender lo del minuto en la programación de mis computadoras de Texas. Adivine a qué corresponde el transcurso de este minuto: sesenta segundos, cincuenta y nueve segundos, cinc…

Brigitte ya no escuchaba. Metió la pistola en el maletín, dejó éste en el suelo, agarró el paracaídas, y comenzó a colocarse los

tirantes, respirando despacio, moviendo las manos sin apresuramiento. La prisa lo entorpece todo. Pálida, pero serena, la espía internacional fue abrochando atalaje tras atalaje.

—Treinta y cuatro segundos, treinta y tres segundos, treinta y dos seg…

No quería oír la voz, no quería que la obligara a ir más deprisa.

Terminó de colocarse el paracaídas, se pasó el asa del maletín por la muñeca izquierda, y abrió la puerta de la barquilla. El aire de la marcha agitó sus cabellos. Abajo, a dos mil metros quizá, la sobrecogedora belleza del mar. Por encima, la avioneta describía un amplio círculo, muy alta.

—Diecinue…

Brigitte Montfort se lanzó al vacío.

Abriendo brazos y piernas, formando una x, la espía emprendió el descenso, una espectacular e impresionante caída libre que tenía intención de mantener el máximo tiempo posible, para llegar cuanto antes al mar. Por encima de ella, el Zetacero, sin nadie a bordo, proseguía su vuelo. De la parte inferior de la popa pendía la compuerta que cerraba la rampa por la cual había salido disparada la avioneta, procedente de su pequeño y camuflado hangar aéreo.

El viento silbaba en los oídos de Brigitte, su cuerpo iba describiendo un lento movimiento horizontal de hélice. Abajo, el mar espumeaba en pequeñas olas. Arriba, la avioneta maniobró, y emprendió un rápido descenso.

A menos de quinientos metros de la superficie, Brigitte abrió el paracaídas. Sintió el tirón, que soportó con las manos asiendo fuertemente los atalajes. Ya estabilizada, buscó con la mirada la avioneta, que descendía en espiral, y que finalmente enfiló su ruta hacia ella.

Con ojos desorbitados, Brigitte vio acercarse la velocísima avioneta, y, de pronto, los pálidos fogonazos que aparecieron en los bordes delanteros de sus alas. A su alrededor todo se llenó de silbidos, de crujidos, el aire parecía gritar al ser perforado por las balas. El paracaídas fue sacudido un par de veces… La avioneta pasó como un meteoro por encima del paracaídas, y comenzó a virar d nuevo…

En aquel instante, a menos de media milla de allí, el Zetacero hizo explosión. Por un instante, pareció que la bola dorada del sol

aumentase la intensidad de su brillo. Apareció acto seguido una bola negra de humo, asombrosamente esférica, que ascendió rápidamente mientras los fragmentos del zepelín se esparcían violentamente alrededor de la explosión, en todas direcciones. Una andanada de aire caliente sacudió suavemente a Brigitte, que miraba ahora cómo el resto de la mole se precipitaba dando giros hacia el mar, donde cayó con estrépito, alzando un bello surtidor de blanca espuma.

Por un instante, el fragor del estruendo, el espectáculo, la caída del Zetacero, aturdió a Brigitte, pero enseguida buscó de nuevo la avioneta, que volvía hacia ella, disparando de nuevo. El mar se hallaba a menos de veinte metros de la espía. Ésta soltó el cierre, sacó un brazo de los atalajes, volvió a mirar la superficie espumeante. Quince metros, doce metros… De las alas de la avioneta comenzaron a brotar los nuevos disparos.

Ocho metros.

Brigitte sacó el otro brazo, aspiró hondo, y se soltó, cuando la distancia era ya apenas de seis metros.

Cayó de pie, hundiéndose fuertemente en el agua. Cuando salió a la superficie el paracaídas caía blandamente, como una enorme ala, sobre ella, y la avioneta ya había pasado. Alzó un brazo para formar una bolsa encima de ella con la seda del paracaídas, tomó aire y volvió a sumergirse, nadando para salir de debajo del paracaídas. Apareció por un borde, y rápidamente buscó con la mirada la avioneta que de nuevo maniobraba para regresar.

Esperó a que la enfilase, tomó aire, se hundió, y nadó bajo el agua alejándose del paracaídas, que sabía que iba a ser ametrallado. El agua le llevó, a los pocos segundos, el sonido de los impactos de las balas contra el agua y la tela del paracaídas, y hasta percibió, a través de ella, el fuerte zumbido de la avioneta al pasar por encima un instante después.

Sabiendo perfectamente que Biggest no se daría por satisfecho fácilmente, Brigitte volvió a la superficie, esperó a que la avioneta emprendiera el regreso una vez más, y volvió a hundirse, nadando siempre alejándose del paracaídas, que de nuevo fue ametrallado.

La operación se repitió todavía dos veces más antes de que Biggest se diese por satisfecho, diese una última vuelta de inspección… mientras Brigitte se sumergía de nuevo, y, finalmente,

lo diera todo por terminado.

Cuando Brigitte emergió aquella vez, la avioneta era un pequeño punto refulgente perdiéndose en dirección oeste. Entonces sí, la espía internacional nadó hacia la blanca mancha del paracaídas, que flotaba como una enorme, gigantesca medusa.

«—Dios mío —pensó de pronto, cuando llegaba al borde del paracaídas—… ¡Ahora sólo falta que vengan los tiburones!».

Pero no fueron los tiburones los que llegaron apenas veinte minutos más tarde, sino un pequeño y velocísimo helicóptero que se acercó a la mancha del paracaídas.

Y el rostro de Simón-Jamaica, que Brigitte todavía no conocía, apareció por el hueco de la portezuela.

—¡Hey! —gritó el espía—. ¡Adivine cómo me llamo!

—¡Sáqueme de aquí, pronto! —gritó Brigitte.

La recogida fue rudimentaria, simplísima y eficaz. El helicóptero, pilotado por otro Simón, descendió sobre Brigitte, ésta se asió a las manos de Simón-Jamaica, y éste la subió rápidamente a bordo, y la depositó en uno de los asientos.

—No me dé las gracias, no tenemos tiempo de hablar —dijo rápidamente Simón—… La explosión ha sido vista desde la isla, y varias embarcaciones vienen hacia aquí, así que será mejor que nos larguemos. ¡Gracias a Dios que la hemos encontrado viva! Casi estuvimos a punto de no molestarnos en venir…

—Ése es un mal chiste —jadeó la divina espía.

—Conozco uno mejor —dijo el piloto—: he ganado cien dólares en una apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Aposté a que, de un modo u otro, usted saldría viva del asunto. ¡Nunca he apostado tan sobre seguro!

—Pues le diré una cosa —dijo Brigitte, recuperándose rápidamente—: hace unos minutos yo no habría apostado ni un solo centavo por mi vida.

Capítulo XIII

Vida normal.

Las instrucciones habían sido muy claras desde el primer momento por el jefe: siempre vida normal pasara lo que pasara. Debían comportarse siempre de tal modo que nadie se fijara en ellos de modo especial, no debían destacar en nada.

Así que, como si la cosa no fuese con ellos, como si en todo el mundo y especialmente en Jamaica no se hablase de otra cosa que del final del Zetacero, y por consiguiente las muertes de los tres presidentes secuestrados, los hombres que se dedicaban a la holganza en la villa «Cañadulce» hacían vida normal. Poco importaba que los teletipos de todo el mundo estuvieran impartiendo la noticia, y que las consecuencias de lo sucedido fueran imprevisibles para el mundo.

Vida normal.

Y ello, más que nada, porque los hombres de la villa «Cañadulce» sabían que una veloz avioneta había sido avistada como procedente del lugar donde habían sido hallados los restos del zepelín flotando en el mar.

Vida normal.

La villa no era muy grande, ni siquiera nueva, pero resultaba agradable y confortable. Además, estaba en la playa, lo que contribuía a aumentar su encanto. Una playa con palmeras, en la que solían tomar el sol, y nadar. Buena vida, además de normal.

Y todo lo que tenían que hacer era permanecer allí, esperando instrucciones.

Había cinco hombres en la casa. Dos de ellos eran pilotos. Los otros tres, de tanto cuidado como los pilotos, salían muy poco. Eran los pilotos los que periódicamente se llegaban a Palisadoes para tener siempre a punto el aparato. Pero aquella mañana no habían salido de la villa. Demasiado jaleo en todas partes.

Y además, estaban los prisioneros, los tres hombres que la noche anterior, cerca de la madrugada, habían ido a recoger al mar, en el lugar convenido por la radio con el jefe. Desde el zepelín, los tres prisioneros habían pasado a la lancha, atadas las manos a la espalda.

Y las instrucciones del jefe habían sido claras y terminantes:

—Pase lo que pase, esperad mis siguientes instrucciones sin hacer nada ni complicaros la vida con nada. Y cuidad bien de estos tres, porque son mis rehenes para la última fase de emergencia de mi plan. ¿Está claro?

Le habían dicho que sí, que estaba claro, aunque no sabían a qué se refería Biggest con eso de la última fase de emergencia para su plan. Lo que sí entendieron fue que debían conservarlos con vida, pues en determinado momento, si algo le salía mal al jefe, los tres prisioneros servirían como rehenes para el canje. Esto sí estaba clarísimo.

De modo que los tres prisioneros permanecían encerrados y vigilados en la villa, a la que no debía acercarse nadie. Nadie, absolutamente nadie, por ningún concepto. No debían distraerse con nada, ni confiar en nada. En nadie. EN NADIE.

Claro que… tampoco hay que exagerar.

Al menos, eso pensó el jefe del grupo, Donald Farrell, al ver a la anciana. Y de pronto, recordó que la había visto hacía unos pocos minutos, cinco o seis como máximo. Sí, la había visto pasar por delante de la villa, conduciendo un vetusto automóvil que quizá tenía más años que ella. Y ahora, la veía aparecer a pie, caminando pesadamente, apoyándose en su bastón. Daba la impresión de que la anciana apenas podía sostenerse en pie, sí señor.

O sea, que no hay que exagerar.

La anciana se detuvo al otro lado de la vallita delantera de la villa, y se quedó mirando a Farrell, que, tumbado en una extensible a la sombra del porche, en bañador y albornoz, la miró a su vez amablemente, lata de cerveza en mano.

—Joven —llamó la anciana—… ¡Oiga, joven!

Farrell hizo como un gesto de resignación, pero se puso en pie y se acercó a la anciana, sonriendo casi amablemente. No había que exagerar. Además, si bien Rick estaba en la playa con la lancha, dentro de la casa estaban Peters y Downs; y Scrug, éste con los

maniatados prisioneros. Seguridad, ése era el lema. Pero no había que exagerar.

—Diga, señora.

—¿Hay teléfono en la casa? Se me ha estropeado el coche a poca distancia de aquí, y mis hijos me están esperando en Kingston. Hace tiempo que me están diciendo que no debo conducir, que mi vista no es muy buena, y si me retraso se van a alarmar. ¿Podría llamarlos?

Donald Farrell titubeó. La anciana parecía tener no menos de setenta años, llevaba lentes, y en verdad parecía que sin su bastón iba a rodar por el suelo de un momento a otro. Todo su cabello era blanco. Ofrecía una imagen tan candorosa, desvalida e inofensiva que enternecía incluso a un tipo como Farrell. Además, vida normal, todo natural, no debía olvidarlo. Y no habría sido normal negar una cosa tan simple como la que pedía la anciana.

—Por supuesto, señora. Pase.

Farrell abrió la puertecilla, y la anciana entró en el descuidado jardín, con su pasito temblequeante, apoyándose en el bastón de empuñadura de plata.

—Gracias, joven, es usted muy amable… ¡Muy amable!

—No hay para tanto —sonrió Farrell—. Cualquiera haría lo mismo, señora.

—¡Ay, hijo, queda tanta gente desconsiderada en el mundo!

—Eso también es verdad.

—Vaya que sí… ¡Caramba, qué jardín tan descuidado! ¿No le gusta a usted la jardinería?

—No mucho, la verdad —rió Farrell.

—En ese caso, su esposa debería cuidarse de él. Un jardín bien cuidado es un regalo para la vista… Incluso para la mía, que ya casi no me sirve de nada. ¡Caramba, qué buen mozo es usted!

—Muchas gracias —rió Farrell—… ¿La ayudo?

—Pues creo que podré sola… Sí, voy a poder, ya lo creo. Vamos a ver. —La anciana emprendió la «tremenda» ascensión de los tres escalones del porche—… ¿Se da cuenta? ¡No soy todavía una inútil! Y es lo que yo digo siempre: si uno se deja vencer por los achaques es cuando de verdad se convierte en un anciano. ¿No está de acuerdo?

—Supongo que sí. De todos modos, para conducir un automóvil

hay que estar en unas mínimas condiciones físicas. La vi pasar antes.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que no debería conducir?

—Mmm… Bueno, no. No, no. Pase, la llevaré al teléfono.

Entraron en la casa, y enseguida en la salita. Allá estaba Peters, dormitando tendido en el sofá. Abrió un ojo, vio a la anciana, y se sentó velozmente, mirando a Farrell.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—La señora necesita llamar por teléfono. Su coche se ha averiado.

Peters abrió la boca con un gesto agrio, pero Farrell le hizo una seña, y acabó por encoger los hombros. Alargó la mano hacia el paquete de cigarrillos y encendió uno. La anciana estaba mirándole fijamente, como desconcertada. Pero Farrell le señaló el teléfono, y fue hacia allá. Descolgó el auricular.

—¿Y Downs? —preguntó Farrell.

—En la cocina, preparando algo para el almuerzo.

Farrell asintió. La anciana estaba marcando el número. Luego, esperó. El silencio era tal que Farrell y Peters oyeron las llamadas al otro teléfono. La anciana comenzó a impacientarse.

—Dios mío —gimió—… ¡Ahora no están en casa! ¡Pues sí que la hemos hecho buena!

—Quizás haya marcado usted mal el número —sugirió Farrell.

—Podría ser… Bueno, no soy tan torpe, pero mi vista no es lo que era… Marcaré otra vez…

—¿Quiere que se lo marque yo?

—Oh, sí, por favor. ¡De verdad que es usted amable!

Farrell se acercó, tomó el auricular, todavía sonriendo…, y recibió en un lado del cuello el tremendo *atemi* de judo, cruzado, que lo fulminó, lo derrumbó como un saco, de lado, dejándolo tendido en el suelo.

La sorpresa fue tan grande para Peters que durante un segundo no pudo reaccionar en modo alguno. Cuando quiso hacerlo, iniciando un salto para ponerse en pie, la punta del estoque recién aparecido por el extremo del bastón de la anciana se apoyó en su garganta, hundiéndose unos milímetros. Peters respingó, y se apresuró a sentarse de nuevo, para escapar al estoque, pero la punta de éste le siguió, siempre hundido unos milímetros en su carne.

—Diga tan sólo una palabra —susurró la anciana— y será la última de su vida.

Los ojos de Peters estaban desorbitados. La anciana se había erguido, parecía de pronto más alta, y en absoluto vacilante. La mano que empuñaba el bastón era firme y segura. La mirada de Peters se desvió hacia el desvanecido Farrell. Luego, tragó saliva y volvió a mirar a la anciana.

—¿Cuántos son exactamente ustedes?

—Cin… cinco…

—Dos aquí, otro en la cocina… ¿Dónde están los dos restantes? ¿Con los prisioneros? Porque hay tres prisioneros aquí, ¿no es cierto? Ya sabe a quiénes me refiero.

Peters miró desesperado a todos lados. En aquel momento todavía era incapaz de asimilar el hecho de que una anciana le estuviese dominando, y su mente comenzó a dar la orden de resolver la situación. Tenía que ser fácil, ¡era sólo una anciana!

—No sea estúpido —susurró la anciana—: si se mueve le voy a matar, créame. ¿Dónde están los otros dos?

—En la playa… ¡En la playa!

—¿Los dos?

—Sí… Sí, sí.

La anciana ladeó la cabeza y entornó los párpados. A Peters le pareció un gesto de vacilación, de pérdida de fuerzas y de control sobre la situación, y aprovechó rápidamente la ocasión.

Con el brazo izquierdo, bruscamente, apartó el estoque de su garganta abriéndose una herida lateral hacia el borde del cuello, pero dejando el camino libre para saltar contra la anciana.

Lo hizo, con toda la potencia de su musculatura, de su cuerpo joven y fuerte, iniciando un grito de rabia y de llamada a la vez. Sólo lo inició. Ni siquiera vio el puño derecho de la anciana. Sólo sintió de pronto el tremendo impacto en la punta de la barbilla, que crujió. El golpe repercutió como un trueno en la cabeza de Peters, la barbilla se partió, la base del cráneo se partió… En un instante, Peters pasó de la vida a la muerte.

La anciana se apartó, se inclinó sobre Farrell, y lo examinó, convenciéndose de que tenía para varios minutos de sueño. Salió de la salita, y fue hacia el fondo de la casa, donde oyó rumor de cacharros de cocina. De entre los pliegues de su vestido la anciana

sacó con la mano izquierda la pistola, la pasó a la derecha, dejando el bastón en la izquierda, de nuevo oculto el estoque, y caminó hasta llegar a la puerta de la cocina, a la cual aplicó el oído. Pronto se convenció de que allí dentro había un solo hombre.

Empujó la puerta y entró.

Un hombre volvió la cabeza hacia la puerta, abriendo la boca para decir algo. Se quedó con la boca abierta. Sus ojos se abrieron por la sorpresa asimismo, y bajaron hasta la pistolita.

—Permanezca en silencio —susurró la anciana—. Todo lo que tiene que hacer es darse la vuelta. Y se lo advierto: si intenta atacarme lo mataré. ¿Me ha entendido?

Downs asintió, y dio la vuelta lentamente. En su cabeza todo estaba confuso. Se sentía como aturdido por la inesperada circunstancia, que le parecía absolutamente irreal… Sus confusiones terminaron de pronto, cuando la pistola le golpeó en la parte posterior de la cabeza. Su cabeza se llenó de luces, cayó hacia delante, ya sin sentido, se dio con la frente contra el fregadero, y se derrumbó hacia atrás.

La anciana dio la vuelta, salió de la cocina, y regresó hacia la salita, pero no llegó a ésta, sino que enfiló el pasillo de los dormitorios. Persistía el silencio. Un silencio de playa, de paz, de vacaciones.

Había seis puertas que daban al pasillo. La anciana escuchó tras la primera unos segundos, la desechó, y pasó a la segunda…, pero su cabeza se volvió vivamente hacia la que se hallaba al otro lado del pasillo, tras la cual había sonado una voz.

Se acercó a esta puerta, y estuvo escuchando diez o doce segundos. Ahora no se oía nada. La anciana se irguió, dejó el bastón apoyado en la pared, y con la mano izquierda agarró el pomo de la puerta, lo hizo girar, y la empujó.

Dentro de la habitación, Scrug, sentado en una silla con una revista en las manos, miró hacia la puerta con indiferencia. Estaba en mangas de camisa, y sobre ésta se veía la funda axilar con la pistola. El rostro de Scrug expresó en un instante toda una serie variadísima de expresiones, y al instante siguiente se puso en pie de un salto, llevando la mano derecha a la pistola y dejando caer la revista.

Plof, chascó la pistolita de la anciana.

Un diminuto agujero oscuro apareció en la frente de Scrug, que se tambaleó hacia atrás, dejó colgar los brazos, y regresó hacia delante. La anciana se adelantó rápidamente hacia él, y lo empujó de modo que quedó sentado en la silla.

Sentados en sendas butacas, con las manos atadas a la espalda y los pies sujetos por gruesas cuerdas, los señores Nathan, Reagan y Breznev miraban atónitos a la anciana, si bien, al mismo tiempo, en la expresión de Nathan hubo un destello diferente…

—No se muevan, no hagan nada —dijo la anciana.

Salió del cuarto, regresó a la cocina, y agarrando a Scrug por la ropa del cuello lo arrastró hacia la salita, donde Farrell comenzaba a recuperarse. Pero ni siquiera tuvo tiempo de volver a ver a la anciana, porque ésta lo fulminó de nuevo con un puntapié en la barbilla. Tres minutos más tarde, Downs y Farrell estaban sólidamente atados de pies y manos con varias vueltas de esparadrapo, procedente del rollo que la anciana sacó de un bolsillo. Necesitarían mucho más tiempo del que iban a disponer para poder liberarse ayudándose uno a otro con los dientes.

La anciana salió de la casa, pasó a la parte de atrás, y se encaminó hacia la playa, oculta la pistola, apoyándose de nuevo en su bastón. Unos cuarenta metros más allá, por entre las palmeras, vio la lancha, y en ella al hombre, haciendo algo en la cubierta. La anciana se quitó los zapatos, y sosteniéndolos en la mano izquierda se metió en la arena.

Apenas había dado media docena de pasos cuando Rick la vio, no poco sorprendido.

—Joven —llamó la anciana—. ¿Ha visto por aquí a mi perro?

Rick parpadeó y sacudió la cabeza. Saltó ágilmente de la lancha, mirando hacia la casa, que se veía fraccionada entre las palmeras. Todo estaba en calma. Todo normal.

—¿Es usted sordo?

—No, señora —masculló Rick—… Ni ciego. Por aquí no hay ningún perro.

—¡Pues en alguna parte tiene que estar!

Rick Potter se acercó a la anciana, entre irritado y divertido. Fue la irritación lo que hizo decir:

—Oiga, señora, esto es una propiedad privada, ¿sabe? Antes de meterse en ella…

El puntapié le acertó de lleno en los testículos. Potter lanzó un bramido, saltó en el aire encogido, y cayó de rodillas en la arena, con las manos en los genitales, sintiéndose traspasado por el atroz dolor. Otro puntapié, ahora en la barbilla, le alivió de más dolores. Tras rebotar sobre sus flexionadas piernas cayó de lado en la arena, sin sentido.

La anciana clavó el bastón en la arena, sacó el rollo de esparadrapo, y «empaquetó» a Potter con la misma rapidez y eficacia que a sus compañeros Farrell y Downs. Se irguió, miró alrededor, y sonrió encantadoramente.

—Bueno, parece que no hay más —dijo con tono satisfecho.

Si alguien hubiera visto lo que siguió se habría caído de espaldas debido a la sorpresa: la anciana se cargó a Potter en un hombro, recuperó el bastón y sus zapatos, y se encaminó hacia la casa, como si tal cosa.

Un minuto más tarde, Potter caía en el suelo de la salita junto a sus compañeros.

Y segundos después la anciana entraba de nuevo en el cuarto donde estaban los tres presidentes.

—Bueno, esto ya está —dijo alegremente—… ¿Están bien los tres?

—¿Quién es usted? —exclamó el señor Reagan.

—Natacha Smerenova, señor presidente.

—¿Quién? —saltó Breznev.

—He dicho que soy Natacha Smerenova —se dirigió la anciana al Premier ruso, en este idioma—… Agente de nuestra MVD, camarada presidente.

—¿Qué están hablando? —exigió Reagan—. ¡Hablen en inglés!

—Yo creo —dijo sosegadamente Nathan— que lo primordial sería que la señora nos soltara. Llevamos muchas horas en esta incómoda postura.

Natacha Smerenova clavó su mirada en el apuesto Nathan.

—No es una situación muy airosa para un hombre joven y fuerte como usted, señor.

—Es cierto —admitió sonriente Nathan—, pero… ¿qué otra cosa podía hacer? Si intentaba cualquier acto heroico dudo mucho que las condiciones físicas de mis invitados les hubieran permitido secundarme, dicho sea con todos los respetos. De modo que preferí

seguir con ellos en todo momento, compartiendo su suerte… con prudencia y fe.

—Fe… ¿en qué?

—Tenía el presentimiento de que tarde o temprano alguien haría las cosas con más oportunidad que yo, y con menos riesgo de muerte para ninguno de nosotros. ¿Cree que he hecho mal?

—No —sonrió la anciana.

Breznev y Reagan, que asistían pasmados a la conversación, comenzaron a hablar a la vez, el primero en ruso, el segundo en inglés. La anciana los miró, volvió a sonreír, y se dedicó a desatar a Nathan. Éste, en cuanto estuvo libre, procedió a liberar a los otros dos presidentes, que se pusieron en pie torpemente, anquilosadas sus articulaciones.

—¡Tenemos que salir…! —empezó Reagan.

—Calma, señor —lo miró apaciblemente Natacha—. Yo les diré cómo y cuándo saldrán de aquí.

—¡Usted es una espía rusa!

—¿Y qué?

Breznev y Nathan miraron irónicamente a Reagan, que se quedó sin saber qué decir. Leonides Breznev comenzó a hablar de nuevo en ruso con Natacha Smerenova, que le miraba con contenida socarronería.

—¡Exijo que hablen en inglés! —gritó Reagan.

—¿Por qué motivo? —Le miró Natacha—. ¿Teme usted alguna conspiración, algún complot entre el camarada Breznev y yo?

—Me parece que ustedes todavía no han comprendido la realidad —dijo amablemente Nathan—: estamos a salvo, y ello es gracias a la señora Smore… Samaro…

—Smerenova —contuvo a duras penas la carcajada Baby.

—Eso: Smerenova. Espero poder decirlo bien la próxima vez. Mientras tanto, me permito suponer que el resto de esta… operación rescate lo tiene usted previsto.

—Por supuesto. ¿Tienen apetito?

—Yo sí —aseguró Nathan.

Reagan ni siquiera pudo contestar. Breznev miraba con concentrada atención a Natacha Smerenova, que dijo:

—En la cocina estaban preparando almuerzo para cinco. Lo comeremos nosotros cuatro.

—Pero… ¿de qué habla usted? —exclamó Reagan—. ¡Lo que tenemos que hacer es marcharnos de aquí cuanto antes! Dios mío, no puedo creer lo que está pasando, todo esto es una pesadilla…

—Ya no, señor presidente —dijo Nathan.

—¡Pero pueden volver, pueden venir más hombres que…!

—Los únicos hombres que vendrán a esta casa dentro de poco serán unos cuantos agentes de la CIA y unos cuantos compañeros míos que me han apoyado en la operación. Por favor, relájense todos. Vamos a la sala, estaremos más cómodos. Si prefieren caminar, pueden hacerlo, pero no salgan de la casa… Perdonen.

Se había oído un suave zumbido en alguna parte bajo las ropas de la anciana, que sacó una pequeña radio, y admitió la llamada en el acto.

—¿Qué ocurre? —preguntó en inglés.

Le contestaron en ruso. Ella contestó del mismo modo, y la conversación de prolongó durante un par de minutos. Luego, la anciana la tradujo para el señor Reagan:

—Están habilitando una camioneta. Dentro de media hora vendrán a recogerlos a ustedes, y los llevarán en esa camioneta a Palisadoes, donde aguarda un avión especial que los conducirá a San Nataniel, escoltados por cazas de las flotas rusa y americana, que ya han sido avisadas de su rescate. Un minuto después de que ustedes aterricen en San Nataniel la noticia será dada a todo el mundo, y ustedes dos podrán regresar a Washington y Moscú…, o seguir con sus conversaciones de paz en San Nataniel.

—Dadas las circunstancias —dijo Breznev, en inglés—, creo que lo mejor sería que cada cual regresara a su país.

La anciana miró a Reagan.

—¿Opina usted igual, señor presidente?

—Sí —murmuró Reagan.

La anciana apretó los labios, y, sin más, salió del cuarto ágilmente, desentendiéndose de los tres hombres. Salió de la casa, se alejó hacia la playa, y volvió a recurrir a la radio.

—¿Simón?

—Hola. ¿Ellos no la oyen ahora?

—No. Les felicito por su charla en ruso. Envíen el helicóptero.

—Pero… No comprendo. ¿Se va a marchar?

—En cuanto llegue el helicóptero.

—Pe… pe-pero… ¡No puede hacerlo! ¡Ha rescatado usted a los dos hombres más significados del mundo, merece que todos sepan que usted!

—Vamos a darle un poco de gloria al espionaje ruso esta vez, Simón: para todos, la heroína ha sido una anciana llamada Natacha Smerenova. Mi helicóptero. Ahora.

—Enseguida. ¡Pero esto no es justo!

Baby cortó la comunicación, y regresó a la casa. Los señores Breznev y Reagan estaban en la salita, caminando, mirando de reojo los cuerpos tendidos en el suelo. Los dos se quedaron mirando a la anciana, que se acercó a ellos y les tendió sendos sobres.

—¿Qué es esto? —preguntó Reagan.

—Lo único bueno de Biggest, señor Presidente: la Declaración de Ocho Puntos para la Paz.

Reagan tomó el sobre, silencioso. Breznev también tomó el suyo, lo miró, y miró a la anciana.

—¿Dónde aprendió usted el idioma ruso? —preguntó de pronto, en este idioma—. Lo habla magníficamente.

—¿Dónde se puede aprender el ruso, sino en Rusia?

—Usted no es rusa.

—¿Qué soy, entonces?

—Eso ya no sabría decirlo, pero sé que usted no es rusa. Lo sé. Son muchos años oyendo y hablando el ruso. ¿Quién es usted?

—Natacha Smerenova.

—No.

—¿Quién soy, entonces? —sonrió la anciana.

Por los ojos del Premier soviético pasó un destello, una duda, la expresión de una idea. Por fin, dijo:

—Sea quien sea usted, gracias. Y si alguna vez puedo hacer algo por usted, hágamelo saber.

—Puede hacer algo ahora, camarada presidente. Reanuden las conversaciones de paz sobre estos ocho puntos.

—Mucho me temo que en esto no voy a poder complacerla. El señor Reagan y yo ya estamos de acuerdo en que son… que no son… factibles.

—¿Por qué no?

La anciana miraba fijamente a Breznev, que durante unos segundos sostuvo la mirada. Luego, la bajó. La anciana miró

entonces al señor Reagan, que la contemplaba con el ceño fruncido, sosteniendo en sus manos el sobre, que había arrugado.

Un lento suspiro de tristeza brotó de los labios de la anciana. Sin decir palabra, abandonó la salita. Afuera se oía el rumor de un helicóptero acercándose. Cuando salió de la casa, Baby se encontró allí a Nathan, esperándola. Nathan la tomó por los brazos, y la miró a los ojos. Vio en ellos el brillo de las lágrimas. Lágrimas de pena, de rabia, de decepción, de profunda frustración.

—Brigitte, lo siento —murmuró Nathan—… No pueden entenderse…, o lo que es peor, se entienden demasiado bien… en su desacuerdo oficial. Lo siento de verdad. Lo hemos intentado todo, pero ya ves… ¿Es ése tu helicóptero?

—Sí.

—¿No veremos pronto?

—Sí, pronto nos veremos. Adiós, Nathan. Tengo que volver al yate, para que la comedia siga adelante y la señorita Montfort quede liberada del comando suramericano que la secuestró…

—Sí, entiendo. Lo siento… ¡Lo siento de veras!

La anciana besó en los labios al presidente Nathan, y se encaminó hacia la playa, sobre la cual descendía el helicóptero recién aparecido. En pocas horas, en efecto, la señorita Montfort, que a todos los efectos había permanecido secuestrada en el yate, recuperaría la libertad, sin haber sufrido daño alguno, cuando el «comando suramericano» desalojara el yate que había estado navegando normalmente, sin causar preocupación a nadie.

De la Declaración de Ocho Puntos para la Paz el mundo no tuvo noticia, pero sí la tuvo del tranquilizador rescate de los tres presidentes, por obra y gracia de una espía rusa llamada Natacha Smerenova…, que por mucho que los rusos buscaron no encontraron en sus archivos, hasta que no tuvieron más remedio que comprender la verdad sobre la personalidad de Natacha Smerenova. Pero los rusos guardaron silencio al respecto…

Y mientras todo esto sucedía, la señorita Montfort, cuya custodia ya no tenía objeto, se las arregló para desaparecer en cuanto desembarcó del yate en el que había estado prisionera, lo que podían jurar agentes rusos y americanos.

Aquella misma noche, ya casi de madrugada, la señorita Montfort aterrizaba de nuevo en Texas, secretamente.

Un coche la estaba esperando. Dentro del coche, Simón-Texas, quien la puso rápidamente al corriente de la situación allí: se estaba utilizando el truco que ella había indicado para prolongar el proceso de las computadoras, y mientras tanto una docena de técnicos llegados de Houston y de Cabo Kennedy trabajaban prudentemente en ellas, con la esperanza de encontrar antes de cincuenta y ocho días la clave que evitase lo que por el momento el mundo ignoraba: la explosión de ocho bombas atómicas, cuatro sobre Nueva York y cuatro sobre Moscú…, o sobre cualquier otro lugar en el que los cuatro zepelines fuesen interceptados o atacados, cosa prácticamente imposible, pues la aviación rusa en Europa y la americana en Estados Unidos custodiaban los artefactos voladores.

—En definitiva —dijo Simón-Texas—, creo que no debemos preocuparnos, pues en cincuenta y ocho días esos hombres encontrarán el modo de controlar el proceso ideado y programado por Biggest.

—Pero… ¿cuánto tardarán?

—Bueno, tal vez una semana, tal vez dos, como máximo… En realidad, no valía la pena que usted se molestara en venir aquí otra vez: todo está bajo control.

—¿Eso cree usted?

Simón-Texas abrió la boca, miró a Brigitte Montfort, alzó las cejas…, y de pronto palideció.

—¿No? —susurró—. ¿No lo tenemos todo controlado?

—No. Si fuese así puede estar seguro de que yo no habría vuelto. ¡Estoy tan cansada…!

—Pe-pero… ¿qué… qué puede pasar? ¡Todo está controlado!

—Usted se olvida de una cosa, Simón: Biggest está vivo. Y le conozco lo suficiente para saber que él no se considera todavía derrotado.

—¡Pero no puede hacer nada…, absolutamente nada! Usted lo hirió, ¿no es cierto? Ese hombre debe de estar ahora escondido en alguna parte, quizá rumiando una venganza, pero eso es todo.

—Le conozco mejor que usted: él lo intentará. Por eso he vuelto. Pero no voy a presentarme como Brigitte Montfort, naturalmente, sino como una… Bueno, dirá usted que soy una compañera suya de la CIA llamada Lili Connors, sin más trascendencia. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, pero. ¡Ese hombre no podrá hacer nada!

Brigitte encogió los hombros.
No tenía ganas de discutir.
Ni siquiera de hablar.
Sencillamente, estaba agotada.

Este es el final

Comenzaba a sentirse como un gusano, después de casi dos días metida allí dentro, sin luz, con sólo un poco de agua y unos bocadillos que iba consumiendo desganadamente. La oscuridad era total, la humedad se había convertido en un frío suave y taimado que parecía haberse apoderado ya de sus huesos. Llevaba ropa interior térmica, y un grueso abrigo de piel, botas forradas también de piel, guantes… El equipo era bueno, pero no para permanecer prácticamente inmóvil en aquel maldito subterráneo horas y horas, sin poder hacer ruido, sin encender luz, haciendo sus deposiciones en la oscuridad, de cualquier manera.

Jamás en su vida se había sentido tan sucia, jamás había tenido tanto frío. Y sobre todo, nunca había sentido tanta desesperanza respecto al futuro, después de la reacción final de Breznev y Reagan al sugerirles que podían reanudar las conversaciones de paz.

¡Conversaciones de paz…!

Al parecer, Biggest había tenido razón. No eran auténticas conversaciones de paz, sino acuerdos especiales. Eso era todo: acuerdos especiales que…

El ruido, leve, alertó inmediatamente a Brigitte. Había llegado del fondo del subterráneo húmedo en el que llevaba metida en paciente y admirable espera casi cuarenta y ocho horas. Había erguido la cabeza, estaba escuchando atentamente, tendido su finísimo oído…

No. No se había engañado. El ruido volvió a oírse.

Luego, de pronto, apareció una mancha de luz en una de las paredes del subterráneo y pareció impactar en la de enfrente.

Brigitte aspiró profundamente, se quitó el guante de la mano derecha, y empuñó la pistolita de cachas de madreperla.

Había sucedido.

No podía ser de otra manera, tenía que ser así. Un subterráneo

no se construye por nada bajo un lugar donde se están fabricando bombas atómicas. Un hombre capaz de poner en marcha todo el plan que había impulsado Biggest no hace un agujero porque sí. Lo hace por algo.

Y allá, no en el fondo del túnel, sino tan sólo un poco más allá de la mitad, había aparecido la luz. Claro. Ingenioso como siempre. Biggest había hecho una derivación del túnel, pero no siguiendo su trayectoria recta, sino a un lado.

La enorme sombra se proyectó en la pared, se oyeron las pisadas.

El corpachón ocupaba como un monstruo la casi totalidad del pasillo subterráneo. Se oyó un seco golpe, y la luz desapareció. Había cerrado la puerta.

Luego, las recias pisadas comenzaron a oírse en la oscuridad, acercándose a Brigitte, que permanecía sentada en el húmedo suelo, acurrucada sobre las mantas. Dios mío, iba a poder salir de allí por fin, iba a poder volver a la luz, al sol, a la vida... ¡Por fin! Por fin, porque mientras afuera, el mundo vitoreaba a la inexistente Natacha Smerenova, la señorita Montfort llevaba dos días viviendo como un miserable gusano...

Las pisadas se iban acercando, siempre en la oscuridad. Él no quería encender ninguna luz, conocía el camino, estaba en su terreno. Debía de llevar armas... Quizás algunas granadas de mano, una buena cantidad de explosivos. Lo necesario para aparecer de pronto en la sala de las computadoras, destrozarlas con varias granadas de modo que su reparación requeriría mucho más de un minuto..., y provocar así el principio de la gran hecatombe siempre temida por la espía internacional.

Estaban ya tan cerca las pisadas que Brigitte no esperó más.

Encendió de pronto la linterna, que lanzó un poderoso chorro de luz hacia delante, iluminando de lleno a Biggest, que lanzó una exclamación y alzó los brazos para protegerse los ojos. Iba cargado con una enorme mochila.

La luz hirió también las pupilas de Brigitte, que tuvo que cerrar casi completamente los párpados. Pero allá lo tenía, lo estaba viendo perfectamente. En cambio, Biggest, por mucho que mirase no podría ver quién estaba detrás de la linterna, cegado por la luz de ésta.

Sin embargo, a los pocos segundos, Biggest bajó los brazos, intentó ver más allá de la linterna, y, sin conseguirlo, murmuró:

—¿Brigitte?

La espía se estremeció, y no contestó.

—Sé que eres tú —dijo Biggest—... Solamente puedes ser tú. Contesta: ¿eres tú?

—Sí, Biggest, soy yo —dijo suavemente Baby Montfort.

Extendió el brazo, apuntó un instante al centro de la frente de Biggest, y apretó el gatillo.

Lo vio derrumbarse lentamente, como una enorme mole, en silencio.

Cuando se puso en pie, Brigitte creyó que las piernas no iban a sostenerla. Pero la sostuvieron. Caminó hacia donde había caído Biggest, apenas a ocho metros, y pasó por encima de él. Cinco minutos más tarde, había encontrado y abierto la puerta. Había un pasillo. Unos veinte metros más allá, una pequeña sala con un lecho, un frigorífico, unos libros, armas..., y una computadora enorme fotografiada, pegada a la pared como un simpático póster. En un rincón había un sillón, y junto a él una mesita.

Brigitte se acercó a la mesita, y vio sobre ella la caja metálica.

El corazón le dio un vuelco cuando, al abrirla, vio en ella el disco magnético. Se acabó. Todo lo que tenía que hacer era llevar aquel disco arriba, entregarlo a los técnicos, y, en cuestión de segundos, todo habría terminado, la pesadilla terminaría en todos sus puntos, los cuatro zepelines emprenderían el regreso a la base para aterrizar suavemente en los campos petrolíferos de la H. H. Oil.

La espía metió el disco en la caja, se puso ésta bajo un brazo, y abandonó el escondrijo, sin molestarse en buscar la salida, que debía de estar muy lejos de allí, siguiendo otro subterráneo que ya encontrarían sus Simones.

Ella no podía hacer más.

Se sentía enferma.

Cuando pasó de nuevo por encima del cadáver de Biggest vio sus ojos abiertos.

Cuando siguió adelante, Baby todavía creía estar oyendo la voz de aquel hombre inteligente y fanático:

—Solamente puedes ser tú. Contesta: ¿eres tú?

—Sí, Biggest: soy yo.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Nin-Jitsu* (Viaje alrededor de la muerte). <<

[2] Nathan es un antiguo amigo de Baby Montfort que ha aparecido ocasionalmente en varias aventuras de ésta. Fue el personaje principal en la primera de ellas, titulada *Subasta en Capri*. <<

[3] Véase la aventura titulada *El dios dólar*. <<

[4] En inglés, *Biggest* significa «el más grande». < <

[5] Véase la aventura titulada *Brigitte for President!!!* < <

[6] Véase la aventura titulada *Los dueños del sol*. <<

[7] Véase la aventura titulada *Los espías viajan en ataúd*. < <